¿Abandonarías todo aquello que te pertenece por esa persona que sabe realmente cómo eres?
LA TIERRA... DONDE ESTAR CONTIGO
DO PONS RUIZ
RED PARADISE

LA TIERRA…

DONDE ESTAR CONTIGO

MARIA DEL DO PONS RUIZ

RED PARADISE
Editorial

Título: La tierra… donde estar contigo
Primera edición: febrero 2017

© Do Pons Ruiz, 2017

© Derechos de edición reservados.
Editorial Red Paradise, 2017
Carla Coronado Bermejo
www.editorialredparadise.com
info@editorialredparadise.com

Edición: Editorial Red Paradise
Corrección y maquetación: Amparo Bermejo
Diseño y composición de cubierta: Fabián Colomer Carrillo
Imagen de cubierta: ©Fotolia.es

ISBN: 978-84-947260-1-9

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

DO PONS RUIZ

Joven escritora de 38 años afincada en Alfafar, una entrañable población valenciana.

Desde muy pequeña, hereda de su madre, una lectora voraz, sus dos grandes pasiones: la lectura y la escritura. Es entonces cuando comienza a inventar cuentos que aún hoy sigue plasmando en papel.

Creativa, soñadora y autodidacta.

Casada y madre de dos niñas, compagina la escritura con el cuidado de su familia.

DEDICATORIA

A mis hijas,
Noelia y Erika.
Vosotras sois mi luz,
el motor de mi vida…
y las que me impulsan
a seguir adelante

OS AMO.

SINOPSIS

Durante el reinado de David I de Escocia y a petición de este, los clanes se alían unos con otros para restaurar la paz en su reino. Sin embargo, nunca faltaran aquellos que, decididos a acabar con cualquier heredad, deseen la suerte del prójimo. Lord O´Neill se verá, por tanto, obligado a acudir a tierras escocesas con toda su familia. De este modo, intentará ayudar a su clan a hacer frente a ofensas y agravios, producidos en nombre de la familia de su esposa. Así pues… ¿podrán los O´Neill sobreponerse a tan duro golpe? ¿Serán capaces de usar todas las armas de que disponen para acabar con tan cruel venganza? ¿Estarán preparados para aunar fuerzas con quien sea necesario para salir victoriosos de tan dura contienda? El amor a esas tierras y a los suyos hará que, tanto Sebastián como Lori, tomen decisiones importantes que cambiarán sus vidas de forma drástica.

PRÓLOGO

Escocia, año de gracia de 1148.

De todo lo que Lord y Lady O´Neill pensaban que había podido suceder en las antiguas tierras de Laird Wels, nada les había preparado para lo que estaban a punto de ver.

Aquel era un paraje desolador. La mitad de las casas habían ardido, el almacén de comida estaba destruido y la mitad oeste de la torre vigía del castillo había sido derrumbada.

Los hombres de la familia se pusieron de inmediato en alerta, espada en mano. Lori también salió del carruaje con su daga para ayudarlos, sin embargo, no parecía que hubiera ningún superviviente.

Kendrick susurró a su padre nuevas palabras de aviso pero Sebastian había sido momentáneamente transportado a otra época, décadas atrás, donde un paraje semejante al actual había calado hondo en su alma.

El miedo se apoderó en su alma.

Afortunadamente, un grito de Lori logró llamar su atención.

Con un leve movimiento de cabeza, Sebastian indicó a Kendrick que encabezara la marcha. Así mismo, hizo lo propio con Lori para que subiera al carruaje con sus dos hijas.

Habían de llegar al castillo cuanto antes y encontrar a alguien que les pudiera informar de lo sucedido.

Solo el cabeza de familia entró en la pequeña sala familiar, donde una tenue luz iluminaba el amor de la lumbre.

Una joven alta y de cabello rojizo se presentó ante él, daga en mano. El hombre dejó su espada en el suelo para hacerle entender que su intención no era causarle daño alguno. Ello hizo a la joven recomponer su postura y relajarse.

Una sencilla pregunta salió de los labios del señor: ¿En nombre de quién se habían ocasionado todos aquellos daños a sus tierras?

Y una simple respuesta escapó de los labios de la doncella: En nombre de la casta De Sunx.

Pero… ¿qué significaba aquello? ¿Alguien de su propia familia, de la familia de su mujer… se atrevía con semejante afrenta? No dejaría pasar mucho tiempo para resolver aquel entuerto. La ira

hizo mella en Sebastian y la mirada, que de joven llevaba cada día con él, había vuelto.

¡Venganza!

LA LLEGADA

Nada de lo que Lord O´Neill había podido llegar a imaginar que podía suceder en esas benditas tierras, lo había preparado para lo que habría de enfrentarse en aquellos precisos momentos.

Todo cuanto veía, le hacía pensar que no solo habían sufrido un ataque, sino que al parecer, los habían sometido a un gran asedio.

Únicamente alguien con una buena infraestructura y capacidad para ello habría podido hacer caer una torre tan firme como aquella.

Los guerreros, que habían acompañado a la familia O´Neill hasta tierras escocesas, esperaban con ansia que su líder saliera del castillo y les indicara su proceder.

Por el momento, tal como habían jurado hacer hasta la muerte, iban a defender a su señora e hijos.

Así pues… preparados ante un posible ataque, habían formado un circulo a su alrededor.

Lori estaba terriblemente asustada. No es que tuviera duda alguna de las habilidades de su marido pues ella misma había visto en repetidas ocasiones de cuánto era capaz, sin embargo, Sebastian estaba tardando demasiado. Quizá alguien podría haberle arrebatado la vida. Miró hacia el cielo, esperando que la oscuridad se cerniera sobre ellos, no obstante, fueron los cálidos rayos de sol los que respondieron.

Justo cuando Kendrick, que temía lo mismo que su madre, iba a mandar a sus hombres al castillo… Lord O´Neill apareció por la gigantesca puerta de madera maciza. Acto seguido, hizo una señal a todos para que lo siguieran. El rictus serio, que su semblante mostraba, no hacía presagiar nada bueno. Todos lo percibieron.

Encabezaba la marcha Lori seguida de sus hijas, Annabella y Meribeth. La escolta terminaba con Kendrick que, tras pasar el umbral del castillo, ordenó a sus guerreros que aguardaran a su llamada y permanecieran alerta.

Así pues, Bryan y Logan aguardarían fuera con su destacamento de hombres, los más experimentados, a la espera de cualquier ataque sorpresa. Malcom y James cubrirían la entrada principal.

En el interior del castillo, la oscuridad y el desasosiego podían palparse en el ambiente. Había poca luz solar y el calor no era suficiente para atender una sala tan grande.

Alrededor del amor de la lumbre, se habían dispuesto dos sillas. Hacía frío y quienes, en esos momentos se encargaban del castillo, querían que, fueran quienes fuesen, se resguardaran un poco y descansaran de tan largo viaje.

La muchacha pelirroja, al parecer a cargo del castillo, se había afanado en prepararles una buena taza de té caliente.

Sebastian había ordenado que todo aquel que pudiera caminar por su propio pie, se presentara ante su esposa y ante él mismo, a pesar de no haberles informado todavía de quiénes eran.

La verdad saldría a la luz en el momento indicado.

Lori observó, visiblemente asombrada, el mal estado en que se encontraba el castillo. No había luz interior, quedaba muy poca lumbre y al parecer solo disponían ya de las dos sillas en las que ellos estaban sentados.

Sebastian sentía que todo ese daño había sido realizado por pura venganza. Pero… ¿venganza de un De Sunx? Le costaba mucho creer eso. Daría su vida por Allen y por Gabriel, así pues, estaba seguro… ellos no podían haber sido.

Pero entonces… ¿quién? No entendía. ¿Por qué habían actuado en nombre de la familia de su mujer? Y… ¿dónde estaban todos esos aliados suyos que juraron ayudarlo en casos como este?

Eran muchísimas cosas en qué pensar. Y muchas más por averiguar.

Por la estrecha y oscura puerta que daba a la cocina, salió nuevamente la doncella pelirroja acompañada por una treintena de habitantes. Ella encabezaba la comitiva. Al parecer había sido erigida líder y los demás la seguían.

Kendrick, que todavía no la había visto, se cuadró al quedar sorprendido por la belleza de dicha muchacha. Una mirada de arriba a abajo recorrió una y otra vez el cuerpo de la pelirroja. Quedó boquiabierto al contemplar las sinuosas curvas que tenía tan dulce joven ya que casi se trasparentaban debido a su ajada ropa. Tenía unos potentes y magníficos ojos verdes y, aunque todo su pelo estaba enmarañado y suelto, no habría podido pasar desapercibida a la vista del joven muchacho ni aunque veinte doncellas más se hubieran puesto delante. Cierto era que había estado con otras muchachas, pero debía admitir que ninguna con ese porte y semblante. La piel nacarada, con algún rasguño en las mejillas, y esas deliciosas pecas que salteaban su nariz, le hicieron desear poseerla en su propio dormitorio, esa misma noche.

Afortunadamente, sus hermanas estaban allí a su lado para hacerlo volver a la realidad de un codazo.

—Así pues muchacha, ¿puedes decirme al menos tu nombre? —preguntó directamente Sebastian.

—Puedo hacer más que eso… si me aseguráis que ninguno de nosotros correrá riesgo alguno mientras estéis en nuestras tierras. Y siempre que me dejéis explicarme hasta el final.

—¡Vaya! La muchachita tiene agallas pero no pelos en la lengua! —pensó Sebastian.

Le recordaba a alguien. Sutilmente, miró a su mujer de soslayo y vio cómo esta escondía una sonrisa.

—No debes temernos. Mientras estemos aquí, nada puede sucederos. ¡Habla!

—Me llamo Iona. Soy la nieta de Angus Laren. Vivimos aquí desde siempre. Fuimos una de las pocas familias que permanecieron en estos hermosos dominios cuando todos fueron tras nuestro señor a tierras inglesas. Pocos hemos quedado después de los ataques sufridos. Algunos fallecieron en este último y muchos mayores están enfermos y viven apiñados en los barracones. Hacemos cuanto podemos pero, como podéis apreciar, estamos en la miseria. Todos los asaltos han sido realizados, uno tras otro, en nombre de la familia De Sunx. Algo que no entendemos porque, las últimas noticias recibidas de nuestro señor, indicaban que su mujer es miembro de dicha familia. Cierto es que no los conocemos, nunca han venido por estos lares —reprochó la joven, mientras el matrimonio compartía miradas de tanto en tanto—, sin embargo, no nos dejamos acobardar. Intentamos luchar y salvar nuestras vidas.

—¿Podrías describirme a los que os atacaron? —preguntó Sebastian

—Un hombre joven, alto, entrenado para la lucha.

—¿Dónde estaban los clanes amigos para ayudaros en las contiendas?

—Las tres primeras veces vinieron a ayudarnos sin dudar. Las dos últimas enviaron mensajeros, indicándonos que ellos también estaban bajo amenaza. De hecho habían tenido un par de incursiones sorpresa, reduciendo bastante su población. Es por ello que no pudimos pedirles más —enfatizó la joven—. Enviamos mensajes en repetidas ocasiones a Lord Sebastian pero… queremos suponer que nunca llegaron a su destino, él habría venido de inmediato al saberlo. —La sorpresa iluminó el rostro de Sebastian. Sin conocerlo, su fe en él y en su ayuda era inquebrantable. Lori no pudo soportar un instante más el malestar de la joven muchacha y se levantó de su sitio, se dirigió hacia ella y le dio un fuerte abrazo. Algo completamente inapropiado, por supuesto, pero necesario para

ella.

Justo en ese momento, Sebastian se incorporó de su silla y decidió hablar por primera vez como líder.

—Habría venido, no te quepa la menor duda. Yo soy vuestro señor, yo soy Lord Sebastian O´Neill —dijo enmudeciendo a la multitud—. Cierto es que nunca recibimos ningún aviso. De hecho, el que nos encontremos aquí hoy es justo por la escasez de noticias vuestras y la alerta que nos llegó, por otros caminos, de las irracionales embestidas sufridas por las tierras altas. No os quepa la menor duda… descubriré quién está detrás de todo esto, averiguaré qué es lo que quiere y haré que lamente haber desatado mi ira.

Vítores y palabras de algarabía resonaron en el interior de la pequeña sala común. Entonces fue Iona quien abrazó con fuerza a Lori, rompiendo cualquier tipo de protocolo. El momento no requería de normas preestablecidas, necesitaba consuelo.

Pronto Kendrick avisó a Darwin, su segundo al mando, para que sin más tardar fueran a las tierras de los O´Neill en Londres en busca de un gran ejército. Sebastian no tenía la menor duda, pronto volverían a sufrir un nuevo ataque. Estaba tan seguro de ello como del aire que respiraba cada día. Sin duda, el propósito del atacante era liquidar a todos los miembros de su comunidad y quedarse con las tierras para sí.

Tanto Annabella como Meribeth se hicieron cargo del castillo en el momento en que su madre les indicó con la barbilla. Una, seguida por una escolta de dos hombres, se dirigió a inspeccionar todas y cada una de las estancias, y la otra a las cocinas a ver con qué alimentos contaban. Lori, viendo las ajadas ropas de aquella gente, decidió reunir al menos una muda para cada uno de ellos, tanto de hombres como de mujeres. No eran los mismos estilos pero al menos, hasta que pudieran permitirse el lujo de obtener telas nuevas, esa pobre gente no pasaría frío.

Las habitaciones estaban vacías. No había una sola cama en ninguna de ellas, nada de madera que quemar, nada donde dormir y nada donde sentarse a comer. Tampoco importaba demasiado esto último pues tampoco había víveres que tomar.

Los cazadores habían sido abatidos en la última contienda y, con el cuidado de los enfermos, la escasa población había tenido trabajo más que suficiente.

Sebastian se hizo cargo de la situación de inmediato y, gracias a que había traído consigo a un gran número de guerreros experimentados, puso a todos a trabajar.

Bryan y tres de sus muchachos se encargarían de la guardia y

custodia de los barracones donde estaban los enfermos. Así lo había decidido porque este tenía nociones de curandero, aprendidas gracias a las habilidades de su abuela. Con sus gráciles manos, en un santiamén, estarían todos fuertes y sanos.

Malcom y dos jóvenes escuderos buscarían leña, estaban rodeados de frondosos bosques y por lo tanto no deberían tener problema alguno en conseguirla. Habrían de hacer varios viajes porque, como mínimo, tenían que traer suficiente para los fogones de la cocina y para alumbrar la parte baja del castillo, donde Lori había decidido acampar como si a la intemperie estuvieran.

Logan y su aprendiz fueron enviados al lago cercano. Un lago que, según recuerdos de Sebastian, estaba repleto de peces. De ser así, servirían para una buena cena. Logan tenía experiencia en el arte de la pesca ya que, de pequeño, había vivido en un pueblo costero cuya única dedicación para la supervivencia era esa.

James y otros tres fuertes combatientes fueron escogidos para ir de caza. Cualquier animal valía: conejos, jabalíes, ciervos, corzos, cualquier ave pero, eso sí, necesitaban una cantidad lo suficientemente grande como para abastecerlos al menos hasta la mañana siguiente.

El resto de jóvenes guerreros fue encargado de retirar los escombros y de intentar recomponer las piedras de la entrada al castillo. En días sucesivos restaurarían la estructura de defensa. No había tiempo que perder.

Afortunadamente, la caza y la pesca habían sido ventajosas.

Para esa noche habría comida, sobre todo para los enfermos. Al día siguiente ya se reorganizarían.

II

EL ORIGEN DEL CAOS

Kendrick necesitaba hablar con esa doncella pelirroja, quería saber todo pero más aún deseaba tenerla en su cama. Cada vez que pensaba en ella y en su forma de caminar, se le erizaba el vello de la nuca. En su vida le había sucedido nada semejante. Él era experto en ocultar sus sentimientos y en coartar sus expresiones de amor, incluyendo en sus limitaciones a sus padres y hermanas.

Desafortunadamente no encontraba el momento. O él estaba ocupado en aquello que su padre requería, o bien la joven se encontraba enredada en sus quehaceres.

Dos días después de su llegada, ya habían conseguido volver a almacenar algo de comida en la despensa. La gran mayoría de los enfermos se habían recuperado y las habitaciones del castillo estaban perfectamente limpias aunque, por el momento, dormirían en cómodos lechos de paja. No había tiempo que perder en la fabricación de lujosas camas de madera para los señores.

Afortunadamente, Lori y Sebastian no habían tenido a bien educar a sus hijos en la opulencia, por tanto no eran escrupulosos y sabían respetar cuanto tenían.

Las mujeres de la familia pronto se hicieron con el manejo del castillo. Ello permitió que Iona volviera a tener algún momento de paz y descanso. Ella era pues una simple doncella, nunca la señora. Rol que había adquirido por las circunstancias.

Ya habían hablado con todas las mujeres que vivían en esos lares. Quince habían sobrevivido a toda la barbarie. Entre ellas, dos ancianas que necesitaban cuidados y cinco demasiado jóvenes. Lori dispuso que esas muchachas serían las encargadas de ayudar con la limpieza del castillo y de las cinco casas que habían quedado en pie fuera de él. Así, nadie dormiría jamás a la intemperie.

Intentarían poner en pie de nuevo el mayor número posible de casas derruidas, debían volver a ser el mismo pueblo fructífero y fuerte de antaño.

La caza afortunadamente era abundante y los hombres, que no dedicaban su vida a la lucha, ayudaban a recomponer los cultivos de frutas y hortalizas.

Ya hacía una semana que habían enviado al mensajero a tierras londinenses y aún no habían obtenido respuesta alguna. Sebastian decidió que, si en breve no llegaba nadie, él mismo junto con tres

de sus hombres partiría a ver qué estaba sucediendo.

Nueve días después de partir el mensajero, asomó por la pequeña colina, situada justo frente al castillo, un batallón de hombres con el blasón de los O´Neill.

El vigía, que desafortunadamente no conocía dicho blasón, se asustó pensando que sufrían un nuevo ataque y corrió a avisar a su señor. El sudor de su rostro y el miedo hacían mella en sus ojos y, pese a estar cercano a los cuarenta, parecía a punto de llorar. Sebastian no pudo más que apenarse por todo el sufrimiento al que habían sido sometidos durante su ausencia. Seguidamente, montó su hermoso corcel y se acercó a las faldas de la colina.

¡No era un ataque! ¡Eran sus hombres!

El grito de alegría lleno de energía y confianza, que emitió Sebastian, alertó a la población que, grata y felizmente esperanzada, siguió las voces de alegría y vitoreó a los recién llegados.

Nunca se había alegrado tanto Sebastian de ver a sus hombres como aquel día. Galopó hasta ellos y, desmontando de un salto al igual que su primero al mando, se acercó presto a este.

—Dereck, amigo mío, ¿porque habéis tardado tanto? Os esperábamos hace días —dijo, abrazándolo.

—Los hombres y yo hemos estado dándole vueltas y lamento decirte que no te va a gustar demasiado lo que hemos averiguado.

—Entremos. Cuéntamelo todo.

Lori salió de las cocinas y fue directamente a los brazos de su viejo amigo. Tras preguntar brevemente por su mujer, Nina, sus hijos y las demás doncellas del castillo, se sentó sobre uno de los pequeños taburetes que se habían construido ese mismo día para comer con más comodidad. Había decidido estar presente cuando se dieran las noticias, lo quisieran los hombres o no.

—Y bien, ¿qué puedes decirnos? —solicitó Sebastian.

—Hace unos tres días, no muy lejos de aquí, capturamos a un hombre. Al parecer, un vigía perteneciente a una avanzadilla. Estaba bastante bien adiestrado en la lucha y sabía a qué podía responder y a qué no. Sin embargo, tengo un poder de persuasión bastante alto —dijo enardeciéndose a sí mismo—. Lo que me explicó… me dejó bastante confuso.

—¿Qué te dijo?

—Estaba a las órdenes de Alex De Sunx.

—Pero… ¡eso es imposible! —dijo Lori incorporándose de un salto—. Mi tío está muerto.

—Ese no es tu tío, Lori —dedujo Sebastian, frunciendo el ceño.

—Tenéis razón, mi señor. Es su nieto —confirmó Dereck.

Todos los que estaban en ese momento en el comedor y conocían a la perfección toda la historia de la familia, sabían que Alex había muerto y además como traidor a su propia familia.

Al parecer, el vigía de Alex De Sunx, sabiéndose muerto tras ser atrapado y aún sin saber el origen de sus captores, decidió contarles la historia de cómo el tío de Lori había huido a Escocia para evitar acudir a una de las contiendas requeridas por su rey. En esa huida encontró a una buena mujer que le dio un hijo varón al que, por orden de su padre, llamaron Alex.

Tras el rapto de los bebés en tierras de los De Sunx, se estableció en aquella zona, intentando apropiarse por la fuerza de todas las tierras posibles y adiestrando a su propio hijo en la lucha, el odio y el rencor hacia los suyos. Este joven formó muy pronto una familia. De nuevo un hijo varón y de nuevo un Alex De Sunx. Desgraciadamente para el recién nacido y su madre, el cabeza de familia falleció también en una cruel contienda, dejando solos a todos sus seguidores.

Con su muerte, el último Alex De Sunx heredaba, junto con el nombre, el odio hacia la familia de su abuelo. Se decía que contando con solo veintiséis años ya era uno de los más temidos guerreros de la comarca. Hasta ahora, nadie ha podido detenerlo.

Según había explicado el vigía, su misión estaba clara: arrebatar a sus tíos cuanto pudiera para vengar a su abuelo.

La misión de Sebastian también estaba clara entonces. Lucharía contra quien fuera para salvaguardar el honor y la vida de los suyos. Al menos ahora ya sabían a qué atenerse y podrían estar preparados para un ataque que, sin duda y tras conocer el cabecilla la muerte de su vigía, no tardaría mucho en llegar.

Dada la cercanía de edad con Iona, la muchacha se había abierto con las gemelas.

Una noche oscura y fría, mientras las tres jóvenes hablaban en el comedor del castillo y se resguardaban envueltas en mantas junto a la lumbre, pudieron conocer mejor a su nueva amiga.

—Mi abuelo… —comenzó a decir la joven para narrar su historia— luchó a las órdenes de Laird Wels. Era muy joven, apenas un niño, sin embargo lo ayudó a entrenar y lo escogió como escudero. Estaba a su lado cuando Alex De Sunx acabó con su vida sin que él pudiera hacer nada, entonces consagró su existencia y la de sus hijos y nietos a Lord Sebastian. Mi abuelo consideró que más

que un sobrino de Lady Wels, mi señor se había comportado en todo momento como si fuera hijo suyo, por lo que no dudó un solo instante en anteponer su vida a la de sí mismo. Cuando Lord Sebastian marchó, lo dejó a cargo de todo con apenas treinta años, sin duda era el más capacitado para hacerlo. Mi abuelo, mi padre y mi hermano pequeño fallecieron en este último ataque. Habían pasado solo dos días desde el anterior y nos pilló completamente desprevenidos. Juré que jamás abandonaría estas tierras. Cuando muera, me enterrarán junto a ellos.

—Mi padre no dejará que mueras —dijo Annabella.

—Y mi madre tampoco —enfatizó Meribeth.

—Muchas gracias, señoras. Creo que va siendo hora de irnos a descansar. Es una noche muy fría para estar aquí todavía y si los señores nos sorprenden, las regañaran.

—No sufras. Ve y descansa.

En ese momento, apareció Kendrick de entre las sombras. Intentaba asustar a sus hermanas, sin embargo, ya hacía mucho tiempo que no lograba hacerlo. Sin duda… el adiestramiento que su madre había ejercido en ellas, había servido para que no fueran fácilmente sorprendidas. Ni en la lucha, ni en la vida cotidiana.

—Kendrick —aprovechó Meribeth—, sabemos que te interesa esa mujer. No es necesario que lo niegues, te conocemos y sabemos cuándo miras a una joven, como también sabemos para qué la precisas.

—Desde ahora te alertamos. Iona no pertenece a la clase de mujeres que tú anhelas. Como has escuchado, es noble, atenta y buena… y ha sufrido mucho. Intenta mantenerte alejado de ella hermano.

—Justo lo que necesito, atender consejos de dos mocosas que no saben nada de la vida. Yo soy el hombre aquí y soy quien aconseja. Haré cuanto me plazca con mi vida.

—Hermano… —dijo Meribeth fríamente— con tu vida haz cuanto te plazca, pero no hagas lo mismo con la de los demás.

Dicho esto y sin intercambiar una sola palabra más, las gemelas se levantaron y se marcharon, dejando a su hermano mayor solo con sus pensamientos.

III

SIMPLEMENTE DESEO

Esa mañana, con el sol resplandeciente sobre sus cabezas, Annabella corrió hasta Dereck. Estaba entrenando a parte de sus hombres mientras vigilaba que el resto cumpliera con las especificaciones de su señor, recuperar la torre vigía para estar alerta ante las amenazas.

—Dereck —dijo alertándolo de su llegada—. ¿Devlan no ha venido contigo? Ayer no lo vi entre la multitud de guerreros.

—No. Ya sabes que los días de paz están a medio camino, alguien ha de estar allí para que nada malo ocurra. Pero no sufras, niña —dijo viendo la tristeza en sus ojos—, Devlan esperará por ti. Te lo prometió… y él siempre cumple sus promesas.

—Lo echo tremendamente en falta —dijo la joven.

—Lo sé, y me consta que a él le sucede lo mismo, pero ya habrá tiempo para todo. Ahora lo más importante es ayudar en todo cuanto podamos a tu padre en esta nueva contienda. Él te necesita alerta y no llorando por los rincones del castillo. Verás que pronto estáis juntos de nuevo. —La joven asintió con la cabeza y se dirigió hacia las cocinas donde estaba su madre vigilando como siempre a sus tres hijos, precisamente por este motivo la había visto hablar con Derek por la pequeña ventana de la despensa. Obviamente no había escuchado nada de lo que decían pero, por los gestos y el semblante de su hija, sabía perfectamente que se trataba de su prometido.

Dado que Dereck y Nina vivían y trabajaban en el castillo, juntos habían compartido los embarazos de las mujeres así como los partos y juegos de los primogénitos.

Con la llegada de las niñas, el dúo se convirtió en cuarteto y pronto se vio claramente cómo, a pesar de la semejanza física de las gemelas, su comportamiento distaba mucho de serlo.

Meribeth era mucho más resuelta y atrevida y Annabella buscaba la protección ante cualquier juego o discusión. Devlan se había erigido paladín de esta última y la pasión por los caballos de la muchacha hizo que visitara las caballerizas mucho más de lo que a Lori le hubiera gustado. Trabajar con caballos era muy peligroso para una dulce niña de seis años, sin embargo, eso no la detenía en su empeño por ayudar a Devlan. Pronto percibirían que, allá donde iba uno, el otro lo seguía.

A medida que pasaban los años, esa joven y pequeña amistad había anidado en los corazones de ambos, dando paso a un dulce y puro sentimiento.

Hacía ya muchos años que los padres de ambos habían descubierto el amor que ambos jóvenes se profesaban y lo habían aceptado de buen grado. Lori y Sebastian no podrían haber elegido nadie mejor para su hija que el hijo mayor de su mejor amigo y primero al mando.

Así pues, tras años de intentar esconder esos sentimientos, ambos padres habían decidido concederles permiso para casarse. Estaban prometidos desde hacía ya tres años y en cuanto el conflicto de tierras escocesas estuviese resuelto, se convertirían en marido y mujer.

Lori sabía del sufrimiento de su hija por estar separada de su gran amor, ella misma lo vivió en sus carnes cuando fue a conocer a su verdadero padre. Lo sentía muchísimo por Annabella pero Sebastian los quería a todos juntos para evitar cualquier desastre. La protectora madre no pudo sino apoyarlo en tal decisión. Bajo ningún concepto consintieron que Annabella se quedara en el castillo O´Neill.

Tras varios días, la puerta de acceso a las murallas ya había sido reconstruida. Fue entonces cuando un grupo de personas se presentaron pidiendo cobijo y auxilio. Eran pocas y en su gran mayoría chicos de corta edad.

De inmediato entraron al amparo de las tierras del señor y tanto Lori como Sebastian se personaron en el campo de entrenamiento donde permanecían callados y asustados.

—Amigos… pero ¿qué os ha sucedido…? ¿De dónde venís? —preguntó Lori.

—Somos gente pobre, venimos de las tierras de Laird Byron Degan.

—Buen amigo mío, ¿qué os sucedió? ¿Que ha sido de mi aliado?

—Mi señor, está muerto. Nosotros somos los únicos que pudimos sobrevivir al ataque que sufrimos hace escasamente una semana —aclaró el anciano del grupo—. Las mujeres cogieron a los pequeños y salimos por la parte de atrás del castillo. Todas las casas fueron quemadas y los habitantes asesinados. Nos atacaron de noche y nadie previó semejante ofensa. Cuando nos quisimos dar cuenta… habían entrado en el castillo y llegado a los aposentos de mi señor, acabando así con su vida. Yo mismo fui testigo antes de escapar.

Como bien sabéis… nuestro señor no tuvo descendencia, así pues, nos encontramos sin hogar y sin nadie que guíe y defienda nuestras vidas.

—Un ataque nocturno es la peor fechoría que una persona puede cometer —bramó Sebastian—. Atacar a traición a un pueblo no solo refleja debilidad en su corazón, sino también en sus aptitudes como guerrero. Es un gran deshonor para su apellido.

—Mi señor siempre nos decía que si la muerte le sorprendía, viniéramos a vuestras tierras, que aquí seríamos siempre bien recibidos. Así pues, no lo dudamos un instante. Recogimos cuanto pudimos de entre los escombros y nos dirigimos hacia aquí con la esperanza de poder quedarnos y serviros. ¿Podemos sentirnos seguros, mi señor? —De pronto, Sebastian percibió que una veintena de personas esperaban su consentimiento para permanecer en sus tierras. Rostros de niños pequeños… sucios, harapientos y asustados, escudándose en las dos mujeres que se hallaban frente a él y suplicaban por sus vidas. Un par de muchachos jóvenes cargaban con las pocas pertenencias que les había quedado.

—Por supuesto que podéis —dijo Sebastian, apretando fuertemente la mandíbula. La ira se iba fortaleciendo cada vez más en su cuerpo. No pararía hasta hacerse con ese hombre y matarlo con sus propias manos—. Lori, que todos reciban comida y bebida, acomodadlos donde podáis. —Tras el asentimiento de su mujer, prosiguió—. A partir de hoy, ya no luciréis esos tartanes, vestiréis los míos. Sin embargo, podéis conservarlos, pues son vuestra herencia.

—Por supuesto mi señor —aclaró, visiblemente feliz, el portavoz del grupo mientras se dirigían hacia el portón del castillo. Los viejos tartanes de poco les servían tal como estaban, pero ciertamente eran su legado. Lori se encargaría de proporcionarles unos nuevos. Las mujeres del castillo trabajaban duro para confeccionarlos todos, la encargada de explicar cómo se colocaban cuidadosamente sobre el cuerpo seria Iona. Lori había decidido que, mientras permanecieran en esas tierras, serían ellos los que se adaptaran a sus costumbres y no al contrario. Para que no hubiera confusión alguna por los colores de los tartanes o los kilt, Sebastian decidió que las telas portarían cuadrados de colores verdes y azules, uniendo así los colores de los O´Neill con los del clan de los Wels. Aunque antaño fue granate el color de estos últimos, Sebastian fue conquistando nuevos territorios y decidió cambiar el color de las ropas al azul. De este modo, todo el mundo sabría quién era el verdadero dueño de esas maravillosas tierras. Una nueva era y un

nuevo comienzo había llegado para todos ellos, atrás dejarían las desdichas. Y nada mejor para eso que comenzar todos juntos como un nuevo clan cuyos colores fueran los azules claros del cielo y el lago que los rodeaba.

Todos y cada uno de los habitantes aceptaron sin problemas el nuevo tartán, que lucirían con orgullo en el torso y en el corazón.

—Hoy mismo parto hacia las tierras de Laird Degan —dijo Sebastian, tomando a su mujer de la mano para retenerla un momento a su lado—. Necesito ver qué ha sucedido, qué podemos recuperar y cómo podemos hacer que esas tierras no caigan en malas manos. —Lori hizo un mal gesto, no le gustaba la idea, aun así entendía que lo hiciera—. Serán solo un par de días amor. Las tierras no están muy lejos, lindan con las nuestras al sur y a caballo es un viaje rápido. Me llevaré una carreta por si han quedado víveres y todo aquello que podamos usar en las casas.

—Prométeme que tendrás cuidado —suplicó Lori que, cabizbaja, volvería en breve al castillo para acomodar a la gente.

—Mujer, ¿todavía no sabes que soy invencible? —intentó sacarle una sonrisa.

—Nadie está a salvo. Vuelve pronto y sano. Te esperamos.

Sebastian tomó en sus brazos a su mujer y la apretó fuertemente contra su pecho. La pareja se separó tras un largo beso. Tantos años juntos y la pasión no había desaparecido, ni de sus cuerpos ni de sus corazones.

Seguidamente, ambos se ocuparon de sus respectivas funciones pues Sebastian y su guardia partirían en breve.

Debido a que eran las tierras más cercanas a las suyas y al férreo adiestramiento de sus pura sangre, no les había costado mucho llegar, así pues, al anochecer ya estaban en tierras vecinas. Sebastian se estremeció al contemplar aquella barbarie. ¿Era posible que el odio infundado de una persona, pudiera desembocar en toda esa masacre?

Sus guerreros dieron sepultura a todos los cuerpos aunque sin grandes liturgias pues, al andar escasos de clero, no podían permitirse el lujo de esperar para que aquellas pobres almas obtuvieran el descanso merecido.

El castillo había sido destrozado y quemado. Poco podían usar ya de él. Quizá algunos bancos, un par de mesas…

Afortunadamente, en la despensa sí habían alimentos: varios sacos de grano acumulado, algunos barriles de cerveza y de vino y

varias cajas de verduras; algunas estaban empezando a ponerse malas pero, sin duda, podrían cocinar con ellas.

Sebastian indicó que subieran todo a las dos carretas que habían llevado para tal fin y, sin parar a descansar, partieron de nuevo hacia sus tierras.

El miedo a que eso mismo sucediera a los suyos y no estar allí para protegerlos, les hizo trabajar a destajo y correr de un lado para otro. Así pues, sin dar tregua a sus corceles, al medio día de la siguiente jornada ya estaban de nuevo con los suyos.

Sebastian decidió enviar una notificación de su puño y letra al rey, David I de Escocia, para que conociera los hechos. En ella solicitaba que, dado que había tomado a toda aquella gente bajo su amparo y sin descendientes que reclamaran aquellos lares para sí, las tierras del viejo Laird Degan pasaran a él de forma inmediata.

El mensajero salió esa misma noche y Sebastian rezó para que llegara sano y salvo. El rey debía saber lo acontecido en aquellas zonas.

Su majestad estaba muy ocupado con sus problemas pero, sin duda, haría caso a la llamada de Sebastian.

Confiaba con todas sus fuerzas que los problemas de su gente y de los habitantes de aquellas zonas fueran erradicados cuanto antes. Él lucharía para recuperar todo cuanto se había perdido y lograría restablecer el orden en las Highlands y las Lowlands.

Iba a ser tarea difícil, sin duda alguna, pero habían recorrido un largo camino hasta esas tierras y ni él ni su familia se rendirían con facilidad.

IV

CORDURA Y LEALTAD

Siempre había sido Sebastian quien, en su núcleo familiar y sus tierras, había tenido la sensatez y cordura suficiente como para hacer las cosas bien, sin embargo… todo lo que hasta ahora había pasado, estaba resultando demasiado duro y doloroso.

Debía enfrentarse a un pasado al que no quería regresar y debía abordar y recomponer de nuevo el legado de su tío.

Entonces le costó años hacerlo pero esperaba que ahora resultara mucho más rápido, dado que contaba con muchísima más ayuda al respecto. Sobre todo tenía a su familia de su lado. Esta vez no era aquel joven inexperto y desamparado.

Lori, muchísimo más calmada y centrada, aprovechaba cada momento para recomponer las estancias del castillo y hacer de él un hogar para su familia.

Afortunadamente, todos los víveres que Sebastian había traído de las otras tierras habían sido esplendidos. Sin duda les servirían para alimentarlos hasta que pudieran volver a comerciar o a conseguir los suyos propios.

Una tarde en el huerto, Kendrick logró hablar con Iona a solas. Quería saber todo acerca de ella. Se estaba obsesionando. Necesitaba comprender por qué su cuerpo se tensaba cuando la veía. Le daban escalofríos y la buscaba con la mirada, ansiando una sonrisa de sus carnosos labios, en cuanto escuchaba su nombre. Con ninguna otra doncella de ese lugar le sucedía lo mismo y no lograba calmar sus ansias con las caricias o besos de esas otras. Iona, ella era la única que ocupaba una y otra vez su cabeza.

—Hace días que quiero hablar contigo a solas —dijo el joven, llegando sigilosamente hasta la muchacha y situándose justo a su espalda.

—Me ha asustado, señor. —La muchacha reaccionó de un salto —. No le esperaba, ¿para qué me necesitáis?

—Tengo curiosidad por saber más de ti —se justificó Kendrick. La joven, instintivamente, había retrocedido unos pasos.

—No creo que haya nada más que deba conocer de mí. Soy una de las más leales súbditas de su padre y supongo que con eso es suficiente.

—¿Estás comprometida con alguien? —preguntó a bocajarro y sin pensar.

—No, mi señor. —La joven frunció el ceño. No entendía el porqué de esa pregunta tan personal.

—Pero tendrás intención de asentarte y tener tu propia familia —se aventuró de nuevo el joven muchacho.

—Sin duda, mi señor —dijo la muchacha asintiendo con la cabeza—. Desafortunadamente para mí, no tengo ningún familiar que pueda pedir, para mí, un marido. Siempre puedo esperar que sea mi señor el que me encuentre uno —indicó sin hacer demasiado caso a la conversación.

—¿Estás interesada en algún otro tipo de relación que no sea el matrimonio? —Kendrick se acercó todavía más a la joven. Sus alientos se fundían en uno y tentado estuvo de tocar, con su mano, el dulce y suave rostro de aquella muchacha que lo observaba con sorpresa.

—No sé si os entiendo bien, mi señor —su voz sonaba entrecortada. No le desagradaba la proximidad del cuerpo del hombre pero, al ser la primera vez que experimentaba esas sensaciones respecto a un caballero, estaba un poco asustada a la par que asombrada.

—Te estoy dando la oportunidad de convertirte en mi amante, Iona —dijo el joven cruzándose de brazos a la espera de una respuesta.

—¿En vuestra amante, mi señor? —preguntó la joven más sorprendida todavía. De repente recompuso la mirada y la pose, y se enfrentó al osado muchacho—. Ni en un millón de años. ¿Acaso os habéis creído con derecho sobre mí porque soy huérfana? ¿O creéis que correré a vuestros brazos porque me siento sola? Pues sabed una cosa —añadió la joven con cierto rin tintín—, ni me siento sola, ni necesito compartir vuestro lecho para sentirme mejor. El día que me entregue a alguien será porque es mi marido y porque así lo desee. —Ahora era la joven quien se cruzaba de brazos—. Por vuestro rostro, acierto al decir que seguramente soy la primera de muchas damas que no corren a vuestros brazos en cuanto se les ofrece semejante trato. Algunas de nosotras, sin embargo, tenemos cordura y una conducta impecable. ¿Acaso pensabais que por tener esos hermosos ojos grises y ese porte tan elegante, voy a caer rendida a vuestros pies?

—¿Opinas que tengo un porte elegante? —enfatizó él.

—De todo lo que os he dicho, mi señor, ¿solo habéis prestado atención a esas últimas palabras? Dejadme repetíroslo una vez más. Ni en un millón de años. —Emitió un gruñido impropio de una dama y, soltando un bufido, pasó por su lado murmurando por lo

bajo y dirigiéndose hacia las cocinas del castillo.

Nunca nadie le había hablado con tanta franqueza y, por supuesto, ninguna mujer había rechazado el placer de yacer con él. Se juró entonces a sí mismo que esa mujer sería suya. Haría cuanto fuera para tenerla en su lecho. La volvería loca con sus palabras y sus actos y, por supuesto, no cesaría en su empeño hasta envolverla entre sus brazos.

Ella había dispuesto la batalla pero él ganaría la guerra. No en vano era uno de los mejores guerreros de su padre.

Con ese pensamiento y una enorme sonrisa de satisfacción plena, salió en busca de sus hombres para realizar el habitual entrenamiento.

Habían de estar preparados, en cualquier momento podrían sorprenderles. Los hombres hacían guardias continuas. Algo que podía ser agotador pero completamente necesario. Durante el día… un grupo vigilaba las torres y la entrada desde el exterior, incluyendo el bosque y los caminos de alrededor; y en la noche… otro grupo hacía guardia, doblando las fuerzas para que no los sorprendieran. Atendiendo al carácter volátil de aquel bastardo, podían ser atacados en cualquier momento. Por el contrario, él no iba a permitir una baja más entre sus queridos seguidores.

Afortunadamente para Sebastian, entre sus hombres y los que Dereck había traído consigo, contaban ya con más de cincuenta buenos guerreros preparados para todo cuanto pudiera avecinarse.

Alex De Sunx no se hizo esperar demasiado. Poco más de dos semanas después de llegar a sus tierras, ya se preparaban para recibir a sus atacantes. Esta vez no les resultaría tan fácil. No ganarían esta batalla, por mucho que se empeñaran. Sebastian era mucho más experimentado.

Apresaría al pariente de su mujer sin lugar a dudas.

La torre vigía alertaba, a voz en grito, de la presencia de un grupo de guerreros. No portaban blasón ni nada que los identificase. Imaginaron que serían ellos.

—Lori… —gritó Sebastian—, ha llegado el momento. Nos atacan. Reúne a las mujeres y a los niños.

Con el tiempo había aprendido que era mucho mejor no replicar a su marido, además, en aquellos momentos era muchísimo más importante salvar vidas que alimentar su propio ego. Así pues, rápidamente se dirigió hacia las cocinas para realizar lo acordado previamente.

—Padre ¿puedo quedarme a ayudaros? —preguntó Meribeth, emocionada por lo que estaba sucediendo. Tal vez podría ayudar en la batalla, tal vez podría demostrar su valía frente a todos. El ímpetu corría por sus venas y su respiración sonaba entrecortada por la emoción del momento.

—No. Vuelve dentro con las demás mujeres y acuérdate de seguir al pie de la letra tu cometido —ordenó Sebastian sin prestar demasiada atención.

—Pero padre, sabéis que puedo seros de ayuda.

—No volveré a repetirlo —gritó.

La muchacha quedó defraudada al saber que no combatiría junto a él. Ella era buena con su pequeña daga, su madre le había enseñado puntos estratégicos donde clavarla y poder así acabar con sus vidas sin usar demasiada fuerza bruta. Para ellas resultaba verdaderamente difícil utilizar un arma tan pesada como era la espada que portaban los guerreros. Aun así, Meribeth insistía en instruirse en la lucha, llegando incluso a descubrir que era mucho más buena con el arco y las flechas. Aunque jamás lo admitieran, y menos aún ante ella, la mejor sin duda alguna de entre todos los valientes guerreros de su padre.

Dado su carácter, no se daría por vencida tan pronto. Lucharía, a escondidas, pero lucharía. Ya le habían arrebatado el placer de la lucha cuerpo a cuerpo con su hermosa y afilada daga pero cogería su arco largo y sus recién afiladas flechas y estaría alerta para que nadie lastimara a ninguno de sus hombres.

Decidió observar cuanto aconteciera desde la minúscula ventana de la escalera delantera de la torre vigía. Los nervios recorrían su cuerpo y, al escuchar el ir y venir de los guerreros, su respiración se tornó entrecortada. Estaban preparados ya para la lucha y ella todavía no había llegado a su destino. Debía llegar rápida o sería descubierta, quién sabe si por uno de los hombres de su padre o por el contrario por uno de los atacantes. Sin pensarlo dos veces, se colocó el carcaj en la espalda y corrió escaleras arriba en la oscuridad del atardecer.

La lealtad para con su padre era inquebrantable y, si todo salía como ella esperaba, nadie sabría que había participado en la contienda. Nadie excepto aquellos desgraciados que perecieran por la mortalidad de sus certeras flechas.

Se recogió el cabello rápidamente para poder trabajar mejor y se dispuso a serenarse para un buen ejercicio.

Sebastian se encontraba en la primera fila del batallón junto a su hijo, que lo flanqueaba por la derecha, y su querido amigo, que

hacía lo propio por la izquierda. Todos se dispusieron en mitad del pequeño patio de armas.

Solo tres hombres más los acompañaban. Bryan, Logan y Malcom habían sido los elegidos por ser los más capacitados para ayudar a su comandante en este duro trance.

El resto esperaba en sus posiciones a que su líder diera la voz, una vez comenzado el ataque.

En el interior del castillo… Lori, con mucha rapidez, escondió a todas las mujeres y niños en el pasadizo que su marido les había enseñado. A través de él, podrían huir sin ningún problema en busca de ayuda.

El pánico no estaba instalado en Lori, no todavía. Confiaba ciegamente en la destreza de su marido y su hijo. Los sabía vencedores desde el momento en que pisaron aquellas tierras, confiaba en ellos.

Con la mirada buscó a sus hijas pero solo halló a Annabella que, con un gesto de negación, indicó a su madre la ausencia de su gemela.

Lori alzó los ojos al cielo, implorando que su joven hija no hubiera hecho alguna locura. Estaba claro que Meribeth había heredado de su padre la pasión por la lucha y de su madre la afición por meterse en problemas. Solo esperaba que él no la descubriera justo en esos momentos.

La mujer sabía que debía estar completamente concentrado en la lucha y que, de saber que desconocía el paradero de su hija, pondría en peligro toda la operación.

HONOR EN EL HOMBRE

Estaba claro que si algo movía a los hombres a luchar, siempre había sido cuestión de honor.

Habían de arreglar con las manos, aquello que las palabras no eran capaces de solucionar. Y en ambos bandos de la contienda, estaban decididos a luchar por el suyo.

Sebastian indicó, con un ligero gesto de cabeza a su hijo, que se retrasara un poco más con su corcel. De ser embestido alguien, no permitiría que fuera su heredero. No sería Kendrick la vana esperanza de su hueste.

La mandíbula tensa de su padre, hizo obedecer al muchacho sin replicar. Hasta el relinchar de los caballos indicaban el nerviosismo de los guerreros. Los pobres animales así lo interpretaban y, sin saber qué sucedía, sudaban con la respiración agitada.

Para colmo, Sebastian aún no se había puesto en la cabeza la cota de malla, ahora mejorada y más ligera. Complacería a su mujer llevándola pero necesitaba ver claramente a sus atacantes y saber prontamente cuál iba a ser su estrategia. Cualquier cosa que le cubriera la vista, lo dificultaría en gran medida.

Por los poros de la blanca y joven piel de Kendrick, un sudor fino transpiraba y hacía brillar su vello rubio. Su corta cota de malla dejaba ver más piel de la que su madre hubiera querido, pero no disponía de ninguna otra. Su respiración se intensificaba por momentos y su aliento creaba una tenue nube por el frío del momento al ser expulsado por sus finos labios. Al mirar de nuevo a su padre, lo halló con los ojos cerrados y levantando la cara hacia el cielo completamente concentrado. En ese mismo momento contemplaba al guerrero, no al hombre, no a su padre. Supo entonces que todo estaba dispuesto.

De repente comenzaron a escucharse espeluznantes ruidos de espadas y mazas, golpeando el portón, y gritos de hombres que se envalentonaban y esforzaban por acceder al castillo. Seguidamente, vítores animando a su comandante en jefe, Alex De Sunx, comenzaron a resonar por todo el patio.

Sebastian miró fijamente la parte central de la muralla donde se hallaba dicho portón.

Una tromba de hombres destrozó, con dificultad, la puerta de entrada que recientemente habían logrado restituir.

Este, que esperaba un gran ejército de rudos guerreros ataviados con sus mejores armaduras y provistos de sus mejores armas, se sorprendió al contar rápidamente unos veinte a lo sumo. Todos eran jóvenes, demasiado jóvenes quizá —pensó Sebastian—. De ellos, tan solo unos pocos montaban caballo.

Todos vestían el kilt y tartán rojo descolorido y ajado de su clan y ninguno de ellos parecía provisto para la lucha. No era eso lo que esperaban y no podía ser que aquel grupo joven e inexperto de chicos hubiera derrotado a tantos clanes amigos y destruido fortalezas y casas. Algo turbio había detrás de todo ello.

Desde lo alto, vio cómo una flecha volaba y aterrizaba en el cuello de uno de esos jóvenes que se había acercado demasiado a él. Ni cuenta se había dado por lo absorto que se encontraba en sus pensamientos. Miró hacia arriba para ver quién había sido dispuesto en aquella zona, pues no recordaba que se estableciera a nadie en las alturas. Esa flecha lo había salvado de un ataque sorpresa, fuera de quien fuese.

Dio la vuelta a su corcel y bajó de un salto. El animal, entrenado para la batalla como estaba, supo que debía encaminarse hacia las caballerizas y ponerse a salvo. Por el momento su dueño no lo necesitaba.

Sabiamente, Sebastian pensó que sería mejor la defensa cuerpo a cuerpo para debilitar cuanto antes las filas de su oponente.

Tanto Kendrick como Dereck imitaron el gesto de su señor y se dispusieron para la lucha.

Los recién llegados entraron, cegados por el esfuerzo y cansados ya en primera instancia. Intentaron localizar a sus oponentes y, para su sorpresa, se encontraron con solo seis personas en el centro del patio de armas. Pocos eran, acabarían pronto.

Sebastian sonrió, no creía ni mucho menos que alguien ilustrado en combates tuviera un ejército tan pequeño, por lo tanto, no daría la voz a sus hombres hasta que no fuera preciso. Ese momento aún no había llegado.

El grupo de atacantes estaba parado, todos en la misma posición y todos a la espera de las órdenes que en breve llegarían de su líder.

Sebastian dio un paso adelante y señaló a uno de los jóvenes que estaban frente a él. Intentó que el aludido le respondiera, haciéndole un gesto con su mano enguantada pero este no se movió.

Dio otro paso hacia él, levantando la espada para que el otro se defendiera.

El golpe quedó en el aire, las espadas no llegaron a chocar.

Sonrió.

De repente los atacantes allí congregados hicieron una fila en horizontal, poniendo sus armas a la vista. Tras escuchar un leve silbido proveniente de sus espaldas, se lanzaron al ataque.

Ninguno de los hombres del lord había bajado la guardia en ningún momento, al contrario, estaban totalmente concentrados en la lucha.

Los recién llegados, al ver a tan pocos combatientes y siendo dos de ellos ya entrados en años, se confiaron. Las espadas afiladas y las mazas sobrevolaban el cielo cortando el aire a su paso, sin embargo, ninguna de ellas logró acertar en sus atacantes.

Las caras de asombro de algunos indicaban claramente que no esperaban a gente tan diestra en la lucha ya que sin mucho trabajo y tras una primera embestida, la mitad de ellos cayeron al suelo malheridos… o incluso muertos.

Otras tres certeras flechas acabaron con la vida de los valientes, aún antes de acercarse lo suficiente.

De las puertas de la muralla, de repente y sin emitir sonido alguno, entraron otros veinte hombres. Esta vez a caballo, bien equipados y perfectamente estructurados. Tampoco ellos llevaban armadura y el tartán y las braceras de cuero solo cubrían su torso y brazos.

El ojo de Sebastian no le había fallado. Estaba claro que los primeros habían sido un sacrificio por parte de su comandante en jefe para entrar sin sufrir bajas importantes. Su vana esperanza, el sacrificio de su hueste.

De nuevo una flecha derribó al primer guerrero que se cruzó en su mirada. Otro siguió a este.

Sebastian aprovechó la sorpresa para alertar a los suyos a voz en grito e, inmediatamente, estos los superaron con creces. El cuerpo a cuerpo de sus hombres era claramente superior al de los atacantes y unos cuantos más fueron derribados sin mayor problema. Sin embargo y bajo previa petición del lord, no habían acabado con sus miserables vidas. Simplemente les habían ocasionado heridas graves.

Un inmenso círculo de guerreros, espada en mano, dejó atrapados a los caballeros atacantes sin que pudieran darse a la fuga.

La sorpresa inicial dio paso al asombro y al descontento. No había duda alguna, en este nuevo ataque no habían sido tan previsores. No esperaban tal ejército y, desgraciadamente, su avanzadilla no les había notificado ningún tipo de cambio en esas

tierras desde hacía quince días. Lo cierto era que había hablado con Lonel, su vigía, pero no le había dicho que habían formado tal ejército. Desde entonces no había acudido al campamento, cosa que no les sorprendió porque solía visitarlos una vez al mes con las novedades. Seguramente, ya estaría de vuelta en sus tierras.

Pero… ¿cuándo habían reunido semejante ejercito? ¿Quiénes eran? ¿De dónde habían salido todos esos guerreros?

—¡Levantaos! —gritó una voz a lo lejos.

Todos los guerreros, aún heridos, obedecieron prestos.

—¿Dónde está Alex De Sunx? —gritó de nuevo la voz.

—Muerto —dijo una voz al fondo.

—No —dijo Sebastian que estaba situado justo en el centro del patio—. No está muerto, aunque quizá en estos momentos desearía estarlo.

Silencio. Nada más que silencio. Meribeth permanecía oculta pero en guardia tras la ventana de la torre. Los guerreros se miraban los unos a los otros, ninguno había bajado la guardia y todos alzaban su espada.

Ninguno de los ahora apresados quería mirar a su señor, ninguno fue capaz de descubrir su posición.

Sebastian mantenía la mirada fija en un punto a causa de su concentración, sabía que Alex estaba entre aquellos guerreros. Su piel hormigueaba por la emoción al saberlo retenido al fin en sus tierras. Sin embargo, no era capaz de perder a ninguno de los primeros de vista. Sabía que sus hombres darían su vida por él y no quería sorpresas.

De repente, otra flecha atravesó el torso de uno de los guerreros atacantes. Nadie se había percatado pero ese joven escudero alzaba en sus manos una daga, apuntando al corazón de Lord Sebastian.

Algunos atrevidos miraron hacia arriba para intentar vislumbrar de dónde podía haber salido aquella flecha pero, salvo el movimiento de los arboles por el viento, ningún otro acompasó la situación.

Sebastian se acercó y miró fijamente a ese hombre que yacía muerto en el suelo y fue la primera vez que vio claramente la flecha. De inmediato supo su procedencia y apretó fuertemente las mandíbulas.

—¿Algún otro que quiera probar suerte? —preguntó en voz alta.

De nuevo silencio. Ahora alguno giraba un poco la cabeza o miraba de reojo al centro de los atacantes, sin duda esperando órdenes de su líder.

Sebastian sonrió. De hecho, emitió tal carcajada que resonó en

todo el campo de batalla.

¡Lo tenía! ¡Sabía quién era!

Había pasado desapercibido al principio ya que sus hombres lo cubrían, pero ya era suyo.

Lentamente guardó su espada en el cinto y se acercó al joven. Permanecía con la mirada oculta tras el yelmo y sujetaba fuertemente con la mano derecha su hombro izquierdo. Orgullosamente, vio que había sido abatido por una de las flechas de su hija. Intentando extraerla de su musculoso brazo, la había partido y la parte de la punta y un trozo de astil había quedado dentro. Estaba perdiendo mucha sangre, debía ser tratado de inmediato.

Frente a frente, Sebastian volvió a reír. Esta vez con socarronería. Alzó un brazo y rápidamente le quitó el yelmo, haciendo que una inmensa mata de cabello rizado rubio cayera sobre sus hombros. Este levantó la cabeza orgulloso y su mirada se vio reflejada en los ojos grises de su apresado. De inmediato, los rasgos de los De Sunx. Podría haber sido hijo de su propia mujer. De hecho, era casi igual que su hijo.

—¡Vaya, vaya! No puedes negar la sangre que corre por tus venas, muchacho.

—Nunca la he negado —dijo Alex con altivez.

—No tienes miedo y eres demasiado orgulloso. Otro rasgo familiar.

—Me complace que al fin alguien confíe en mi palabra y se dirija a mí como un De Sunx.

—Discúlpame muchacho por no haber venido corriendo a conocerte. Soy Sebastian O´Neill, dueño de estas tierras. Por lo que veo, ahora cuento con un sobrino más al que reunir en las buenas nuevas —dijo Sebastian burlándose del joven.

—No me llaméis así. Yo no soy vuestro sobrino —dijo visiblemente enfadado.

—No temas. No te llamaré de modo alguno. De momento, tus hombres y tú permaneceréis encarcelados en mis tierras hasta que decida qué hacer con vosotros. ¡Lleváoslos! —ordenó en voz alta.

A la orden de Sebastian, los pocos jóvenes que habían sobrevivido al ataque, malheridos o no, fueron llevados hasta la parte inferior del castillo. Allí permanecerían hasta que, tanto él como su familia, se hubieran calmado.

Para el lord, habría sido mucho más fácil matarlo en ese mismo momento, de ese modo no podría hacer más daño a la gente que tanto quería. Sin embargo, sabía que ese no era el mejor proceder.

No, habiendo avisado a su rey de los ataques sufridos. Matarlo después de haberlo apresado, haría que cayese en deshonra.

El campo de entrenamiento era un caos. Los hombres iban y venían apilando a muertos, recogiendo heridos y llevando supervivientes a los calabozos.

Ante la confusión del momento… Meribeth aprovechó para salir corriendo hasta el castillo, entrar por la puerta lateral de la cocina y mantenerse en la penumbra. Aparecería en el momento oportuno junto al resto de mujeres. Tal vez nadie la hubiera echado en falta. Sebastian entró en el salón familiar, seguido de su hijo y su amigo, y habló en alto para que las mujeres pudieran salir de su escondite.

Lori salió rápidamente a abrazarlo con fuerza. La incertidumbre la había consumido de preocupación. Sebastian miró alrededor y vio a sus dos hijas entre las mujeres. Sonrió a Annabella y frunció el ceño cuando vio a Meribeth junto a ella. Esta agachó la cabeza. Sin duda, su padre lo sabía. Claro, era imposible que no reconociera sus flechas. Él mismo la había enseñado a hacerlas. Aun así, no pediría perdón. Ella había obrado en consecuencia a las necesidades de él y su lealtad estaba por encima de todo.

Ahora que todo había terminado, solo quedaba escuchar la enorme reprimenda que, tan segura como que vivía, le llegaría.

VI

NO ES ORO TODO LO QUE RELUCE

Los señores hablaban quedamente en el salón familiar. Una vez calmados los ánimos, debían decidir qué hacer al respecto.

Sebastian pensaba que enviarlo con su rey y que él decidiera qué hacer con su miserable vida, sería lo mejor.

Si de él hubiera dependido, en ese mismo momento la muerte era la única salida que encontraba a tal situación.

Lori, por el contrario, opinaba que hablar con él y conocer sus acciones antes de tomar una decisión, era lo más apropiado. Ella, que sin pestañear había matado en nombre de una madre fallecida a la que no llegó a conocer, ahora pedía a su marido clemencia por un joven del que nada sabían y del que, de hacer caso a los comentarios que sobre él circulaban, nada podían esperar.

Dereck ya les había comunicado la grave situación de salud en la que se encontraba, debido a la flecha que lo había alcanzado, pero Sebastian no sintió la más mínima compasión por él. Lo que sí recordó… fue la conversación que tenía pendiente con una de sus hijas.

La muchacha en esos momentos recorría los últimos escalones que daban al sótano donde estaban dispuestos los calabozos.

A escondidas, había oído claramente la información de Dereck y, a sabiendas de la intención de su padre de mantenerlo con vida al no suponer su flecha una muerte inmediata, quería ver cómo se encontraba y darle una oportunidad de salvarse por pequeña que fuera. Tal como su madre requería, debía explicar el porqué de sus fechorías.

Eso sí, debía hacerlo sin que se enteraran sus progenitores, de lo contrario, se vería en un grave problema.

No había luz, ni una mísera vela habían dejado encendida a los hombres apiñados en esa fría y húmeda zona del castillo. Sabía que su padre podía ser muy cruel, cuando la situación así lo requería, pero allí había muchas vidas pendientes de un hilo.

De no enjuiciarlos y matarlos, ¿por qué hacerles sufrir una muerte tan lenta y dolorosa como era el desangrarse por una herida sufrida en el campo de batalla?

Cada vez estaba más de acuerdo con su madre en mantener una conversación con el muchacho y así saber el porqué de sus actos.

Cuando llegó a la mazmorra, alumbró como pudo con su pequeña vela blanca para poder reconocerlo.

Sus compañeros de celda le dijeron que estaba encendido en fiebre y que, triste y desafortunadamente, había perdido el conocimiento.

Ella ya suponía de esa gravedad, así pues, les facilitó unos paños y un ungüento que ella misma preparaba a base de tomillo y corteza de sauce. Eso lo ayudaría a calmar el dolor y eliminar la infección del brazo. Más tarde ya le aplicaría algo para la cicatrización. La joven dijo que había más que suficiente para todos aquellos que necesitaran del producto y que, en un par de días, les llevaría más.

Fue necesario discutir enérgicamente con los allí presentes para que procedieran a administrarle la primera dosis, pues ninguno se fiaba de las intenciones de la mujer. Solo cuando vio con sus propios ojos que lo hacían, volvió rápidamente a las escaleras para acudir donde seguro le aguardaba una larga y dura conversación con el cabeza de familia.

Para sorpresa de Meribeth, cuando llegó al salón, su familia estaba ocupada. Unos desconocidos ocupaban el centro de la sala y su madre sollozaba quedamente en un rincón. ¿Qué podría haber sucedido?

Rápidamente se acercó y se arrodilló a su lado para tomarle de la mano.

Su padre hablaba con el mensajero. Decían algo acerca de las tierras de su tío Gabriel. ¿Algo malo sucedía allí? Tras intentar serenarse y respirar hondo en repetidas ocasiones, acertó a escuchar parte de la conversación.

—¿Y decís que Gabriel vendrá en cuanto pueda?

—Así es, mi señor. Pide que por favor cuidéis de sus hijos como si fueran los vuestros. Os envía esta carta de su puño y letra. —Meribeth miró por detrás del grupo, intentando localizar a sus primos Donnald y Mary pero no halló a ninguno de ellos. Con quince y doce años, eran demasiado jóvenes para viajar solos, tío Gabriel no los hubiera dejado salir de sus tierras tan fácilmente. Allí sin embargo, en pie en mitad del salón, se encontraban dos desconocidos. Meribeth odiaba enterarse de las cosas a medias y, por un momento, maldijo en voz baja por haber ido a visitar a los enfermos justo en el momento en que todo había discurrido en la parte alta del castillo.

—Muy bien. Puedes retirarte. La doncella te acompañará a las cocinas, mientras, prepararemos una estancia para que descanses. Puedes permanecer con nosotros unos días —dijo Sebastian.

Lori se sobrepuso como pudo y llamó a Iona para que acompañara al joven. Sin pensarlo dos veces, se acercó a los dos jóvenes que se habían quedado de pie en el centro de la sala y les dio un fuerte abrazo. Meribeth supo que, desgraciadamente, se había perdido la parte más importante de aquella representación.

—Madre ¿qué sucede? —preguntó cuando el mensajero y la doncella salieron del salón.

—Hija mía, familia —añadió en voz alta para que todos la oyeran—. Tengo a bien presentaros a vuestros primos, Duncan y Martha De Sunx.

Todos miraron a la pareja de forasteros que estaban frente a ellos. Ni una sola voz más alta que otra inundó la estancia. Meribeth no entendía nada. Su tío Gabriel había tenido dos hijos pero… ¿con quién? ¿Cuándo? Eran claramente de la familia, esas facciones en el rostro tan parecidas a su abuelo paterno y esos ojos grises como los de su hermano, hacían imposible que se pusiera en duda una sola palabra de lo que allí se había dicho. Sin embargo, nadie salía de su asombro. Los mellizos esperaban a que alguien dijera algo.

Fue Kendrick el primero en darles una calurosa bienvenida. Se acercó primero al varón y le tendió la mano. Sus ojos grises miraban a otros exactamente iguales, era como mirarse en un espejo, incluso el pelo era de un tono parecido al suyo.

Tal como Lori había dicho en tono de chanza una vez en una reunión familiar, al parecer los ojos grises eran heredados por los hijos primogénitos del clan De Sunx. En aquel momento, todos rieron por su gracioso comentario, sin embargo, ahora se confirmaba tal percepción.

Su primogénito, Kendrick había nacido con unos ojos grises resplandecientes y podía verse la luz de la luna a través de ellos.

La hija mayor de Allen y Nora, Matti, los tenía exactamente igual y así también su primogénito, el recién nacido Eduardo.

Las risas hacia el comentario de la hermana vinieron cuando el heredero de Gabriel, Donnald, nació con unos ojos verdes como esmeraldas, iguales a los de su madre.

Ahora que todos estaban viendo a aquellos mellizos, no había risas por aquel alegre comentario. Estaba claro que ambos eran los primogénitos de Gabriel.

Kendrick y Duncan podrían haber sido hermanos. Sin embargo, el último era unos años mayor. El fuerte apretón entre ambos, logró dibujar una sonrisa en sus rostros pero sobre todo en el de Lori. Después, el heredero se acercó a su prima y, muy cortésmente y con

sumo respeto, le dio un fuerte abrazo. No cabían en ese momento reglas ni objeciones, lo importante era la familia. Ahora ellos eran parte de la suya. Annabella secundó a su hermano y, tras un leve empujón por parte de Lori a Meribeth, esta hizo lo propio.

—Acomodémonos en el salón familiar, por favor. Necesito que me contéis lo sucedido. Quiero saber por qué no hemos tenido noticias vuestras hasta ahora —dijo Lori.

Cuando la familia iba camino del comedor, Sebastian aprovechó para tomar del brazo a su hija. Discretamente le dijo al oído que en cuanto el tema de sus primos estuviera aclarado, ellos dos tendrían una conversación.

El momento que Meribeth había temido, ya le había sido anunciado por su padre. Aun así, ella seguiría defendiéndose pese a todo.

Los mellizos, sentados juntos a un lado de la mesa, comenzaron a explicar brevemente lo poco que sabían.

Justo antes de fallecer su madre, aún sin saber de qué se trataba, les hizo prometer a ambos que llevarían a cabo lo que les iba a encomendar. La pobre mujer les relató cómo el amor entre ella y su padre había sido desgraciado. Sin duda lo amaría hasta la muerte pero sus posiciones sociales distaban demasiado y ello lo había hecho imposible. Liri, cuyo estado de salud siempre había sido frágil, cuando informó a sus padres de su embarazo, fue expulsada de su casa por haber caído en deshonra. Para ella sin embargo, ese embarazo era algo maravilloso, una magnífica forma de culminar todo el amor que sentía por Gabriel. Decidió por tanto que saldría adelante por sí misma.

Probó suerte yendo hacia Escocia. Allí tenía una tía, hermana de su padre, que vivía sola. Pediría refugio y atenciones para ella y el hijo que llevaba en su vientre e intentaría labrarse un buen futuro. Afortunadamente, su tía no le dio en ningún momento la espalda, por el contrario, la acogió en su seno como si de una hija se tratara. Le enseño a pescar y a limpiar y vender los peces para ganarse la vida dignamente. Desafortunadamente, dos años después… fallecería en alta mar, al quedar atrapada por una terrible tormenta. Liri entonces salió adelante sola con sus hijos y con su enfermedad que, muy a su pesar, le sobrevino a los dos meses de dar a luz y que le acompañaría toda su vida.

Hacía pocos meses que había quedado postrada en cama, a expensas del cuidado de su hija, y ahora ya no estaba entre ellos.

Afortunadamente, los muchachos se habían forjado una buena posición en su pueblo y su reputación era impecable. Poseían un par

de barcos pesqueros y trabajaban diariamente en el mercado con el pescado que, por cierto, se vendía íntegro. Gracias a eso, tenían a su cargo cuatro trabajadores con sus respectivas familias. No estaban desamparados y tendrían una buena vida pero, aun así, Liri quiso que conocieran a su verdadero padre y que, a su vez, él supiera de su existencia. No habría ningún reproche hacia su persona puesto que ya no estaría con ellos para recibirlas pero… su deseo, su último deseo, había sido que Gabriel se encargara de ellos.

Dada su avanzada edad y el haberse consagrado al cuidado de su madre y de la empresa familiar, Martha no contempló nunca la posibilidad de hacer un buen matrimonio. Al igual que ahora seguía sin contemplarlo. Además, con veinticuatro años… ¿quién iba a querer desposarse con ella? Ambos hermanos fueron a conocer a su padre, tal como habían prometido pero, prestamente, volverían a su vida.

No habían contado en ningún momento con el entusiasmo de Gabriel al enterarse de su descendencia. No habían contemplado que este quisiera tratarlos y seguir viéndolos. Ellos volverían a su lugar, había muchos quehaceres y sobre todo personas que los esperaban y necesitaban.

Duncan tenía allí una prometida que le aguardaba para convertirse en su esposa y todo el trabajo se acumularía sin ellos allí para atenderlo.

—Así pues… ¿mi hermano quedó complacido al conoceros? —preguntó Lori, luciendo una hermosa sonrisa, una vez Duncan concluyó la narración de los hechos.

—Sí, mi señora. Me atrevería a decir que mucho —explicó Martha.

—Y… ¿porqué no os ha acompañado él mismo, al menos hasta mis tierras? —preguntó Sebastian.

—Mi señor… —Los mellizos se miraron de reojo, sin saber si hablar o no del tema. Al final Duncan decidió explicarles lo sucedido—. Mi señora Elisse sufrió un ataque de nervios y un posterior desvanecimiento. Nuestro padre quedó a su cuidado unos días, preocupado por cuanto pudiera sucederle.

—¿Un desvanecimiento? ¿Qué pudo causarlo? —preguntó Lori con visible preocupación.

—Mi señora… vuestro hermano insinuó algo respecto a la heredad de sus tierras —anunció Martha con voz queda.

—¡Mi hermano debió volverse loco! —dijo Lori, llevándose la mano al pecho—. Yo sé la adoración que tenía mi hermano por vuestra madre. Quedó desolado cuando ella se marchó sin

despedirse siquiera y a punto estuvo de no contraer matrimonio con Elisse. De no ser por mi hermano Allen, sin duda alguna, habría salido corriendo tras ella aquel día en la iglesia. Seguramente teniéndoos a vosotros, querrá recuperar el recuerdo de Liri. Conociéndole como le conozco, también querrá daros la posición que merecéis. Sin embargo, habéis de entender que su verdadero primogénito a los ojos de Dios y de todo el mundo es Donnald. Mi hermano no debe, en ningún caso, cambiar eso.

—Mi señora, no debéis preocuparos. Nosotros acudimos a él por la promesa realizada a mi madre. Nada queremos de su heredad o su dinero. Nuestro porvenir está más que asegurado —aclaró Duncan

—Aun así, el insistió en hacer las cosas a su manera —dijo Martha.

—Típico en Gabriel —sentenció Sebastian—. Bien, os quedareis aquí hasta que llegue mi cuñado y dé el visto bueno a vuestra partida. No voy a ofenderlo por un par de días.

—Pero mi señor, nosotros tenemos trabajo esperándonos en nuestro hogar —contravino el muchacho.

—Ya sabía yo, hermano, que esto no podía deparar nada bueno —dijo Martha tomándole de la mano.

—Mi señor —dijo Logan, entrando presuroso por la puerta que daba a la cocina—. Os necesitamos en el patio de armas.

—Voy ahora mismo —dijo Sebastian sin dudar un instante.

Cuando el joven guerrero se dio la vuelta para acceder a la puerta de entrada al castillo, siguiendo a su señor, quedó estupefacto al ver a los mellizos en aquel salón.

—¡Martha! ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó inmerso en su asombro.

—Logan —dijo la muchacha que, sorprendida y titubeando, miró de reojo a su hermano—. No sabía que estabas a las órdenes de Lord Sebastian

—Como te dije, mi padre, al encontrarse solo y no saber qué hacer conmigo, me envió a las tierras de un pariente para forjarme como caballero. —Martha hizo un gesto de asombro y abandonó la habitación sin decir una sola palabra. Logan, sin decir más, siguió a Sebastian hasta la zona de entrenamiento de sus hombres. Ninguno de los dos hizo aclaración alguna respecto a esa última conversación que había quedado en el aire.

Estaba claro que se conocían. Es más, por lo que habían dicho, ambos vivían en el mismo poblado y formaban parte del mismo clan. Lori no sabía a ciencia cierta si esa hermosa casualidad entre

ellos, iba a ser algo beneficioso para la joven o no. Al salir de la sala familiar, había visto perfectamente unas lágrimas rodando por sus hermosas mejillas.

Algo más había pasado entre esos dos jóvenes. De ser meros conocidos, se habrían saludado cortésmente y Martha no se hubiera retirado de ese modo.

Lori hablaría con la muchacha. Ella conoció muy bien a su madre y, a falta de esta, intentaría que se abriera un poco y despejara su corazón y su mente.

Había habido muchos cambios seguidos en su vida y eso, para cualquier persona era motivo más que suficiente para estar sensible. Lori no fallaría a su querida amiga. Hablaría con Martha y la ayudaría en cuanto fuera menester.

Duncan no había entendido el proceder de su hermana. Jamás la había visto así de perturbada. Conocían a Logan desde siempre. ¿Por qué había huido de esa forma del salón? Debía hablar con ella. Le había costado salir de su hogar después de la muerte de su madre y el viaje había sido largo y pesado. Seguramente, todo ello le estaba pasando factura en esos momentos. Duncan se dirigió hacia su habitación y entró sin llamar a la puerta. Entre ellos no había secretos y nunca habían estado cerradas las puertas de sus cuartos. Se sorprendió mucho al encontrar a la muchacha sollozando sobre su lecho de paja. Solo en ese momento percibió que algo andaba realmente mal. Se acercó con rapidez a ella y sin esperar a que se levantara de la cama, se acostó a su lado y la envolvió en un abrazo. Martha lo agradeció en silencio. Supo que sería hora de contarle a su hermano la verdad acerca de su relación con Logan. Esperaba que no la juzgara con dureza cuando le hablara de él.

—Hermana. No me gusta verte en este estado. No es propio de ti. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ver a Logan te ha perturbado tanto?

—Duncan… —La joven se incorporó en la cama, invitando a su hermano a sentarse junto a ella. Lo miró a los ojos y se dispuso a contarle su verdad—. Hay muchas cosas que no te he contado.

—Martha, nunca hemos tenido secretos el uno para el otro. ¿Qué tan grave puede haber sido para que no me lo contaras?

—Escúchame y, por favor, no me juzgues duramente, querido hermano. —La joven retiró una lágrima de su mejilla y respiró profundamente antes de hablar—. Conocemos a Logan desde siempre. Ha sido un buen amigo para la familia, sin embargo, he de decirte que él y yo fuimos algo más que amigos. Me prometí a él a

la temprana edad de doce años. Lo sé, hermano —reconoció antes incluso de que pudiera hablar—. Es algo impensable, pero con nuestras madres enfermas temíamos pecar de imprudentes. Duncan, hermano, he de decirte que Logan ha sido y es el único hombre en mi vida. Fui su mujer poco tiempo antes de que se marchara. No lo juzgues… yo me entregué a él por propia voluntad, lo amaba con todo mi corazón y jamás me he arrepentido de ese hecho. Podrían haber salido muchas cosas mal, pero nunca pensamos que estaríamos separados para siempre. Todavía no sé qué sucedió. No he vuelto a saber nada de él en todos estos años pero cuando lo he visto en el salón, algo estalló dentro de mí y temí desvanecerme al instante. Salir huyendo, era lo único posible en ese momento.

—Estoy realmente decepcionado contigo, Martha —dijo Duncan apesadumbrado.

—Por favor hermano, no me juzgues duramente.

—Creí que nuestra confianza superaría cualquier problema. Mi decepción es por el mero hecho de tu desconfianza. ¿Por qué no confiaste en mí? Martha… eres todo lo que tengo en esta vida. Tú eres mi familia y deberías saber que haré cuanto esté en mi mano para hacerte feliz. Todos estos años sacrificándote por madre y viéndote sufrir, y yo creyendo que era por su enfermedad. Ahora sé que tu corazón estaba roto. Hermana, debiste confiar en mí. Yo te habría ayudado en todo cuanto hubiera sido menester.

—Gracias por comprenderme. No he sido feliz en todos estos años y ahora, cuando madre ya no está, ver nuevamente a Logan me deja completamente confundida.

—Hablaré con él —dijo firmemente el muchacho.

—No, por favor hermano. Te lo ruego. No muevas más las cosas. En estos momentos no podría soportar que os enfrentaseis. Por favor… déjame pensar y descansar. Necesito poner en orden mis ideas.

—Está bien. Por el momento no mediaré, pero no consentiré verte en esa situación por mucho tiempo.

Duncan salió de la habitación, dejando nuevamente a Martha sola con sus pensamientos.

VII

MALOS TIEMPOS

PARA LA LIBERTAD

Una vez las mujeres hubieron distribuido en el viejo castillo a todos los nuevos habitantes, dieron paso a la cena. Lo hicieron de forma taimada y se retiraron pronto a descansar. Había sido un día muy largo y todos merecían un descanso.

Al alba, Meribeth ya se encontraba en el centro del salón y cabizbaja mientras su padre, con semblante absorto, miraba por la ventana cómo sus incansables guerreros entrenaban.

A Sebastian siempre le había dolido regañar a sus hijos debido a su mala experiencia. Había intentado hacerlo lo menos posible y eso que las gemelas, de pequeñas, solían intercambiar sus personalidades para que no pudieran reconocerlas ya que eran muy propensas a meterse en líos.

—Meribeth —dijo Sebastian sin moverse—. ¿Eres consciente…? No solo hiciste caso omiso a una orden directa mía, además pusiste tu vida en peligro.

—Padre, mi vida nunca estuvo en peligro. Nadie me vio llegar hasta la torre y siempre estuve escondida —se defendió con rapidez.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando —dijo, girándose a mirarla.

—De verdad padre, nadie me vio. Ni vos mismo sabíais que estaba allí escondida. Es cierto, no alcéis la mirada al cielo. Vos solo lo supisteis cuando reconocisteis mi flecha en el cuerpo de mi presa, no hasta entonces.

—Meribeth…

—Padre, debéis entender que yo no soy como las otras mujeres. A mí me gusta la lucha. Soy buena con el arco. Vos lo habéis visto, puedo ganar a cualquiera de vuestros guerreros más experimentados.

—No a cualquiera.

—Padre, solo os pido que me dejéis salir del castillo para que pueda ayudaros en la lucha.

—Seguirás mis órdenes, y estas son claras. No vas a luchar contra nadie. No volverás a poner tu vida en peligro nunca más. Está bien que practiques con tu arco, por deporte o por placer si así lo quieres, pero te prohíbo tajantemente que vuelvas a participar en

una contienda. Es mi última palabra.

—No es justo. Yo…

—Justo o no, es lo que vas a hacer.

—Algún día las mujeres podremos luchar igual que los hombres. Algún día yo seré reconocida por mis logros en las batallas y no por saberme conducir con propiedad en una corte. Algún día…

—¿Acaso ahora tienes el don de la visión, como la vieja Adeen?

—Padre, no es cuestión de chanza.

—Puede que como tú dices esos días lleguen, cosa que pongo en duda, pero desde luego no va a ser ahora y no contigo. Es muy simple lo que te estoy diciendo. ¡Obedece!

Sebastian salió del salón sin dirigirle la mirada, dejando a su hija completamente vacía con esas palabras. Si no le dejaban entrar en ninguna lucha… ¿en qué iba a emplear sus días? En el castillo se aburría sobremanera, no podía permanecer entre cuatro paredes todo el día. Eso no era para ella, necesitaba más.

Un pensamiento inundó entonces su mente. Huiría, eso podía hacer. Pero, ¿dónde? ¿Con quién? Debía pensar en muchas cosas y decidió visitar de nuevo a los heridos. Necesitaba ocupar su mente en otras cosas.

Encontró a la joven sentada en su improvisado lecho de paja, mirando hacia el infinito. Estaba completamente absorta y no percibió que Lori entraba en su cuarto, a pesar de haber golpeado varias veces la puerta.

—Martha… —dijo, sobresaltando un poco a la joven.

—Disculpad mi señora, me asustasteis.

—No te disculpes. He llamado en repetidas ocasiones y, al no recibir respuesta, me preocupé. Solo quería saber cómo te encontrabas. Ayer me pareció que algo te perturbaba.

—Sí, es cierto. Creo que merecéis una disculpa por mi comportamiento, una disculpa y una explicación.

—Si quieres hablar, estoy aquí para cuanto necesites. No sabía que conocieras a Logan.

—Nos conocemos, y mucho. Como ya sabéis, crecimos en una población costera. Justo en la casa de al lado vivía Logan con sus padres. —La joven respiró profundamente antes de continuar con su historia—. Crecimos juntos y vivíamos enamorados el uno del otro desde bien pequeños. Ni sus padres lo supieron jamás, ni mi madre tuvo oportunidad de conocer nuestra historia. Cuando él contaba unos diez años… su madre falleció y su padre, varios años después

y sin saber qué hacer con él, lo envió a vivir con un pariente suyo. Desde ese momento, nunca más supe de él. Pregunté a su padre en numerosas ocasiones pero jamás quiso decirme dónde podía encontrarlo. Mi madre enfermaba cada vez de mayor gravedad, así pues, decidí consagrarme a ella y a nuestro comercio. Ayer fue el primer día que lo vi después de doce años.

—Querida, has debido de pasarlo realmente mal —lamentó Lori, tendiéndole la mano.

—Al principio fue todo muy duro. Las circunstancias de nuestra separación. Verme sin él, sin su apoyo, sin su amor. Pero poco a poco, logré superarlo y entender que mi vida no iba a ser jamás como tantas veces habíamos soñado.

—Creo, hija mía, que deberías de hablar con ese muchacho. No debéis dejar las cosas de ese modo. Ambos erais demasiado jóvenes. Ahora las circunstancias han cambiado.

—No sé qué decirle, señora. No sé qué podría unirnos ahora. Todo lo que pudo haber sido, murió hace tiempo.

—Eso no lo sabréis hasta que decidáis dar el paso —dijo, levantándose de su lado—. Ahora he de dejarte y volver a mis quehaceres. Cuando quieras, puedes bajar y reunirte con nosotras. Han venido muchachas nuevas al castillo para ayudarnos. Debemos reparar y arreglar el mayor número posible de casas y todavía no sabemos demasiado bien cómo organizarnos. Sebastian quiere saber si puede contar con un herrero o un carpintero pero todavía no hemos localizado ningún taller, si es que había alguno. Entretenerte te hará bien y tu ayuda sería beneficiosa para nosotras. —Cerró la puerta tras de sí, dejando a la joven taciturna y pensativa. ¿Tendría razón al decirle que debía hablar con él? ¿Sería oportuno seguir huyendo de él por el resto de sus días?

En la oscuridad de los calabozos, Meribeth preguntaba de nuevo por los enfermos. Afortunadamente, todos ellos presentaban una clara mejoría. Al indagar si habían logrado sacarle a Alex la punta de la flecha del brazo, uno de los confinados explicó que aprovechando un desmayo por la fiebre… se la habían arrancado y suturado la herida. Le dieron las gracias por el ungüento y la muchacha, amablemente, preguntó por los alimentos y las bebidas. Ventajosamente, su padre había demostrado ser piadoso y les habían bajado tanto la noche anterior como esa misma mañana, comida y bebida para todos.

Saciada su sed de respuesta, prometió volver al día siguiente con

más medicinas. Tenía ganas de conocer a Alex De Sunx y, mientras sus padres no descubrieran sus viajes al sótano, no habría problema.

Dos días más tarde y sin novedad alguna en el castillo, Meribeth fue a verlo de nuevo y se lo encontró con muchísimo mejor aspecto y hablando con sus seguidores.

—Me alegra veros despierto, mi señor De Sunx.

—Y yo me alegro de estarlo —dijo en tono seco y distante—. Sé que sois vos la que afortunadamente habéis salvado mi vida.

—Sí, mi señor. Sin embargo, he de deciros que también soy la causante de que casi la perdierais.

—¿Vos fuisteis quien disparó la flecha? —La miró fijamente y Meribeth pudo ver admiración en sus ojos. El joven no supo qué decir. La muchacha no supo cómo reaccionar. Era la primera vez que alguien la miraba de esa forma y su cuerpo fue recorrido por un escalofrío que la hizo sonrojarse levemente.

—Sí, mi señor —atinó a decir—. Discúlpenme, he de volver a mis obligaciones. En cuanto me sea posible volveré a visitaros.

La joven subió los escalones de dos en dos, su corazón latía fuera de control y su respiración era acelerada. Logró llegar hasta su habitación sin ser vista y se apoyó de espaldas a la puerta. Poco a poco, intentó regular su ritmo cardíaco y su respiración.

¿Todo eso por una mirada de un hombre? Una sonrisa se instaló en sus labios por el resto del día.

VIII

A SOLAS

Por fin Kendrick logró acorralar de nuevo a Iona, estaba volviendo loca a la joven con sus persecuciones. En uno de sus encuentros furtivos, ya le había avisado que no cejaría en su empeño hasta que cayera en sus brazos. Aquello era una promesa y hasta ese momento la estaba cumpliendo. Sin embargo… sus continuos flirteos y coqueteos con las nuevas muchachas que acompañaban a su madre, no habían pasado desapercibidos para ella.

A pesar de ser esto así, Kendrick la seguía con la mirada dondequiera que estuviera. Para la joven, estaba empezando a resultar evidente el hecho de su inseguridad, no le iba a costar demasiado caer en las redes del joven señor del castillo. Debió haber huido de su lado y escapar de su proximidad cuando tuvo oportunidad para hacerlo. Ahora ya era tarde y sus encuentros y sus roces ya empezaban a ser necesarios para ella. Había veces que lo intuía cerca y su cuerpo respondía involuntariamente. Sentía el estómago revuelto y notaba cómo sus mejillas se sonrojaban.

Cuando podía, pasaba por su lado y suavemente le rozaba la espalda o la tomaba de la mano. La muchacha se retiraba de inmediato, por supuesto, pero al mismo tiempo miraba por encima de su hombro, buscándolo.

Kendrick no había mentido, pues al principio de sus encuentros ya le había advertido que iba a hacer que lo deseara, que necesitara de su proximidad, de sus roces, de sus miradas… Y así, con el paso de los días, la muchacha caería en sus brazos.

Muy a su pesar, Iona estaba sucumbiendo a los encantos de aquel apuesto hombre. Tenía algo que la hacía suspirar por él. Tanto Annabella como Meribeth ya le habían advertido del proceder de su hermano con otras mujeres pero se sentía atraída hacia él irremediablemente. No era ciega y sabía que, si no era ella, otra afortunada acabaría entre sus brazos. Ese solo pensamiento la perturbaba en demasía. ¿Sentiría acaso celos de las demás? ¿Estaría dispuesta ella a entregarse a ese joven sin ser antes su esposa?

La buscó y halló en la cocina, dejando las verduras que acababa de recolectar en el huerto.

Esta vez la había cogido de la mano y le había gesticulado con su dedo. La joven había obedecido sin rechistar, no se veía capaz de

decirle que no. Para ser sincera con ella misma… tampoco quería decirle que no.

Acorralada en la cocina, los fornidos brazos de su señor se posaban sobre la pared, alrededor de su rostro. No la estaba tocando, ni siquiera la estaba reteniendo contra su voluntad. La muchacha era libre de irse en cuanto quisiera, sin embargo, permanecía absorta mirando los ojos grises de aquel hombre.

De nuevo aquel escalofrío recorrió el cuello de Kendrick y de nuevo deseó ver envuelta a esa joven entre sus brazos y sobre su cama. Por el momento, el juego de la seducción estaba funcionando. La muchacha permanecía a la espera de cuanto él quisiera hacer con ella. El hermoso guerrero acercó su rostro al de ella lentamente. Vio cómo ella cerraba los ojos, sin embargo, un dulce y casto beso depositado en la mejilla era todo cuanto iba a obtener ese mismo día de él. Cuando la joven los abrió de nuevo, se hallaba sola en aquel recinto. ¿Acaso se había tratado de un sueño? ¿Tan fuerte era la influencia que Kendrick ejercía sobre ella que hasta imaginaba momentos a solas con él? No, el calor del casto beso depositado en su mejilla no podía ser un sueño. Ella había sentido y su piel había reaccionado a ese contacto. Inconscientemente, se envolvió a sí misma en un abrazo y se recompuso para volver a sus quehaceres.

Martha odiaba la ociosidad de su cuarto y, siguiendo el consejo de su tía, bajó a ayudar. No tenía miedo al trabajo duro, toda la vida lo había realizado y se sentía especialmente feliz al ver que podría serles de utilidad en aquellos momentos. Habían localizado dos talleres diferentes entre los escombros de las casas y no sabían a ciencia cierta de qué se trataría. Sin duda uno sería el del herrero, pero… ¿y el otro? Ahora que se había puesto en plena tarea, no quería dejarlo todo a medias. Descubriría de qué se trataba ese otro taller.

Nerviosa, volvió a visitar al detenido y lo halló mucho mejor que días anteriores. Se encontraba tranquilo.

Esta vez le llevó una tisana a base de alfalfa, cuyas propiedades vitamínicas eran utilizadas para purificar la sangre, y flor de caléndula, que le ayudaría a cerrar el corte y las lesiones de la piel y le beneficiaría gracias a su gran poder antiinflamatorio. Tomando unos cuantos días más esas tisanas y aplicándose unos ungüentos, sus fuerzas se repondrían con mayor rapidez.

Sus hombres estaban muy satisfechos con ella y le sonreían con ferviente admiración. Parecían estar hechizados por esa mujer y se mostraban sumamente agradecidos por haberle devuelto la vida a su líder. Alex tomó la tisana sin dejar de mirar a la joven.

—Mi señora, he de haceros una pregunta —dijo él, apurando rápidamente el contenido de la taza y devolviéndosela antes de que se marchara para proseguir con sus obligaciones.

—Sí, mi señor —dijo tomando la taza de las manos del enorme guerrero y rozando sus dedos sin querer. La muchacha abrió desmesuradamente los ojos, había sentido calor con ese roce. La piel de ese apuesto guerrero quemando su piel. Alex se volvió lentamente y caminó los escasos pasos que habían hasta un destartalado banco y tomó asiento.

—¿Sería acertado decir que vuestras flechas fueron las causantes de la muerte de algunos de mis muchachos? —Se tocó cuidadosamente la herida. Había sentido una punzada de dolor.

—Desgraciadamente para vos, y afortunadamente para mi padre, sí… fueron mis flechas. —De nuevo esa mirada de admiración y de nuevo esa falta de aire en los pulmones de la muchacha.

—No sé si debo sentir miedo o admiración —dijo finalmente el muchacho. Meribeth enrojeció.

—Me alegra que estéis mejor, señor.

—Sí, mucho mejor. —Se levantó de nuevo y se acercó a la puerta. Se cruzó de brazos ante ella y mirándola directamente a los ojos por el pequeño cuadrado que había a modo de ventana, formuló la pregunta que rondaba su cabeza—. Decidme, ¿quién os ha entrenado?

—Mi madre —dijo con orgullo.

—¿Una mujer, entrenando a otra mujer? —Ahora era el turno de Alex De Sunx de abrir desmesuradamente los ojos por la sorpresa.

—Y no solo soy diestra con el arco, mi señor. Ponedme a prueba cuando queráis con un ejercicio cuerpo a cuerpo. Siempre llevo prendida mi daga en mi cinto. Cualquier día estaré feliz de presentárosla. —Por detrás del joven muchacho, varios de sus seguidores rieron por lo bajo. Tales bravuconerías no eran propias de una dama de cuna. Sin duda esa joven había pasado tiempo escuchando conversaciones ajenas a los soldados de su padre—. Yo de vos no me reiría, no hace falta que os recuerde que esas flechas han sido de lo más certeras. No lo olvidéis.

—¿De verdad os creéis tan buena y capaz? —preguntó Alex, incorporándose y mirándola fijamente a la vez que volvía a cruzarse

de brazos en un intento de superioridad.

La joven respondió, levantando el mentón y apretando fuertemente las mandíbulas. Ahora ya no estaba tan segura de haber hecho bien sanando sus heridas. Sin duda ese caballero era del mismo pensamiento que su padre.

—¿Acaso en vuestras tierras, no tenéis mujeres diestras en la lucha? —preguntó, enfrentándose a su mirada. Esta vez, la joven estaba resuelta a no dejarse amilanar, ni tan siquiera con pensamientos. Sus ojos azules desprendían calor al hablar de batallas.

—En nuestras tierras —dijo el joven, ensombreciendo un poco su mirada—, únicamente tenemos mujeres.

—Si queréis insultarme, sabed que no voy a dejar que vuestras palabras me afecten. Yo sé de cuánto soy capaz y estaré gustosa de enseñároslo, si es que algún día salís de estas mazmorras. —Airada, la joven se dio media vuelta y regresó a sus aposentos. Esta vez retorcía sus manos, presa del nerviosismo. Habría querido decirle muchas más cosas a esa sabandija pero ante todo era una señorita como tantas veces se encargaba su padre de recordarle. Por ello mismo no debía de extralimitarse. Sin embargo… esos ojos grises, seguían mirándola de la misma forma. ¡Admiración!

Alex quedó largo rato pensando en la conversación mantenida con la joven y, ya no solo en eso, no era capaz de quitarse de la cabeza esos labios rosados con ese diminuto lunar en la comisura. Al haberla importunado, había observado la tensión en el cuerpo de la joven. Se estaba conteniendo, de eso estaba seguro. Esos ojos tan azules habían desprendido mucho fervor al hablar del tema… Tenía carácter, era visiblemente hermosa y lucía un cuerpo escultural perdiéndose entre todas esas ropas. En sus sueños la había imaginado alguna que otra vez. Por si todo ello fuera poco, entendía de curas y era buena guerrera.

La respuesta que le había dado… había sido exactamente igual a la que habría dado él, si su palabra hubiese quedado en entredicho. No en vano corría la misma sangre por sus venas. Eran primos, lejanos, pero parientes al fin y al cabo.

Nunca en su vida había conocido a una mujer de esas características, sería un buen partido para cualquier hombre que estuviera dispuesto a casarse. Él lo estaba, por supuesto, algún día se casaría. Debía asegurar una descendencia para que guiara a su clan, sin embargo, no precisaba de una mujer tan completa. La vida con ella sería muy complicada. Eran demasiado iguales. Aun así, no le gustaba nada la idea de verla en brazos de otro hombre, no, esa

idea lo hacía enfurecer.

La joven Martha tuvo tiempo de pensar en Logan y en ella durante la reconstrucción de aquellas tierras. Así pues, siguiendo los consejos de Lori, decidió pedir permiso a Sebastian para poder mantener una agradable conversación con Logan.

Ella sabía que los guerreros no debían ser molestados, bajo ningún concepto, y no deseaba empezar con mal pie con sus nuevos familiares. Su instinto le decía que no hallaría mejor momento que aquel para aclarar las cosas, después podrían seguir sus caminos… separados como hasta entonces.

Sebastian había accedido a su proposición y le había dicho que lo esperara en el salón pues lo haría llegar hasta ella. Así pues, la joven lo aguardaba allí, sentada y nerviosa. Envuelta en una vieja manta de su madre. El calor y el olor a ella la hacían sentir mejor, más segura, más querida.

Logan entró sigilosamente en la sala común y, al ver que Martha no lo había visto llegar, aprovechó para observarla en silencio.

—Buenas tardes tengáis —saludó secamente, dirigiéndose a ella como su posición ahora requería.

—Buenas tardes sean las tuyas también —respondió Martha incorporándose de la silla y obviando dicho trato.

—Lord Sebastian me ha dicho que me precisabais. —El tono de su voz sonó un poco molesto.

—En efecto. —La joven señaló una silla que había justo delante de ella para que se sentara. Si el decoro y las normas dictaban que no era buena idea lo que allí sucediera, estando los dos solos y sin nadie que supervisara la conversación, no le importaba lo más mínimo—. Pienso que deberíamos conversar. No quiero seguir pasando aquí mis días, intentando evitarte. Después de todo, no tenemos nada de qué avergonzarnos.

—Por supuesto —dijo el guerrero, sentándose a su lado. Se le notaba ansioso, preocupado y nada dispuesto a la charla con Martha. Temía que llegaran los reproches acerca de su comportamiento. ¿Qué otra cosa podía esperar de ella?

—¿Qué pasó? —preguntó directamente. Odiaba ir con rodeos y prefirió hablar con franqueza. Ya había suficiente formalidad con el resto del mundo. Entre ellos habían pasado muchas cosas y ella quería hablar con Logan, con su Logan.

—Tal como os dije aquella mañana, mi padre no sabía qué hacer conmigo. Mi madre era la que llevaba las riendas de la casa y de nuestras vidas, así pues, él poco pudo hacer salvo darse a la bebida y faltar a menudo en nuestro hogar. Lo más fácil fue enviarme con

su hermano, que por aquel entonces ya vivía en las tierras de Lord Sebastian O´Neill. Tuve muchísima suerte al entrar a formar parte de las filas de los guerreros de mi señor. De este modo, tengo el futuro ciertamente asegurado.

—Lo entiendo. Pero… ¿por qué nunca me enviaste una misiva para decirme dónde estabas? ¿Por qué nunca un simple mensaje para hacerme saber que estabas sano y que si te necesitaba podía venir a tu lado?

—Martha… —dijo, saltándose ahora el protocolo y pasándose las manos por el cabello. Ahí estaban los reproches. Debía decirle la verdad, era lo mínimo que la joven merecía tras su cobarde comportamiento—. Pensé que lo mejor sería distanciarnos. Dejar que hicieras tu vida, que tuvieras tu propia familia, un marido y unos hijos maravillosos por quien vivir y por quien luchar.

—Tal como te dije ese mismo día, he esperado por ti doce años y seguiría esperando el resto de mis días. Después de ti, no ha habido ningún otro hombre —dijo la joven, al tiempo que una lágrima escapaba de sus ojos, lágrima esta que se apresuró a retirar con la mano pues no deseaba que la viera llorar. No había sido jamás una mujer que utilizara el llanto en su propio beneficio. Logan se levantó en un salto al escuchar esa confesión, no sabía hasta qué punto sería cierta—. Éramos muy jóvenes. Tal vez con trece años se es demasiado joven para muchas cosas, sin embargo, no he querido ni podido olvidar ninguna de las noches y los días que pasamos juntos. Tú has sido el único hombre en mi vida. Lo supiste aquella mañana como lo sabes ahora.

—No sé qué decirte —se avergonzó. Desde luego, no había contemplado esa posibilidad en su vida. Él la hacía casada y con un montón de niños pegados a su falda.

—Actuaste de forma egoísta. En ningún momento pensaste en mí, en lo que podría haberme sucedido. Tengo veinticinco años, he perdido la mitad de mi vida esperándote. No me malinterpretes, fue mi decisión. Te amaba con todo mi corazón y la idea de compartir mi vida con otro hombre que no fueras tú, me resultaba algo espantoso. —La joven hizo un parón para respirar hondo. Temía que, de seguir así, podría vencerle el desasosiego y no era ese su deseo. Que Logan la viera llorar solo delataría debilidad en su carácter y hacía ya mucho tiempo que se había prometido a sí misma que este sentimiento no iba a formar parte de sí misma—. No es preciso que digas nada. Soy yo la que necesitaba sacar esas palabras de dentro. Necesitaba que supieras que, pese a todo, he seguido esperándote.

El joven guerrero no estaba preparado para escuchar todas aquellas cosas. Estaba claro que él tampoco la había olvidado, siempre la llevaba consigo prendida en el pecho y jamás se le ocurrió manchar su recuerdo casándose con otra mujer. Él la amaba, la deseaba como siempre lo había hecho… sin embargo, no sabía cómo explicarle esos sentimientos. Era un guerrero, un rudo y basto guerrero. No entendía de emociones o de sentimientos pero debía pensar en algo que le hiciera redimirse a ojos de su querida Martha. Él también seguía necesitándola. Después de todo, ella era la única familia que siempre había tenido y deseado. De repente recordó el medallón de cobre que llevaba al cuello, batalla tras batalla había tenido sumo cuidado de no perderlo porque eso hubiera significado perderla a ella también. Lentamente se acercó a ella. Rebuscó y lo sacó de entre su camisola y pieles de entrenamiento. Entonces vio un espectacular cambio en el el rostro de la joven. Ahora una sonrisa lucía en sus labios. No la había olvidado. Ella seguía viviendo en él. Su medallón iba colgado de su cuello tal cual lo había depositado años atrás. Rápidamente sacó el que Logan le había regalado a ella, mostrándole así que las palabras que había dicho anteriormente eran únicas y verdaderas.

Un nuevo grito de alarma sacó a la joven pareja de su letargo. Deberían posponer todo aquello para más tarde.

—¡Nos atacan! —dijo él casi en un grito—. ¡Quédate a salvo en el castillo! —le instó.

—Pero Logan, yo…

—Por favor te lo pido —suplicó, mirándola a los ojos—, no podré concentrarme si estoy pensando que tu vida puede correr peligro.

—Está bien, me quedaré aquí dentro. Y si puedo ser de ayuda…

—No creo que sea posible amor, no estás adiestrada para la lucha. Tú quédate aquí dentro y cuida de ti misma. Yo buscaré a tu hermano, aunque está entrenándose con nosotros no está preparado para la batalla, yo le haré llegar hasta ti.

—Logan, por favor, cuídate. Acabo de recuperarte, no deseo volver a perderte. —La joven apretó fuertemente su brazo para que no se moviera de su lado hasta que la promesa estuviera formalmente realizada.

—Lo haré. Siempre lo he hecho. Hasta ahora no lo he sabido pero, si siempre he salido victorioso y sin un solo rasguño, era porque estaba esperándote. Ahora que te he recuperado… no te dejaré marchar jamás. Allá donde yo vaya, tú vendrás conmigo.

—Logan...

—He de cumplir con mi trabajo… cuando todo esto se haya calmado, tú y yo volveremos a hablar.

El joven no pudo soportar un instante más sin probar de nuevo esos labios rosados que tantas veces habían sido suyos. Cogió a Martha por la cintura y, tomándola rápidamente entre sus brazos, la beso con ternura, la beso con pasión y la besó con todo ese amor que había guardado por ella durante años y años en su corazón. Dios mediante, todo cambiaría y podría volver a tener una vida completa y feliz al lado de su querida Martha.

IX

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

Justo al llegar el ocaso, cuando todos estaban cansados y habían terminado sus tareas, se presentó una nueva batalla. ¿Quién podía atacarlos en ese momento? ¿Acaso no habían apresado al bárbaro que había matado a sangre fría a tantos inocentes? ¿Qué demonios estaba sucediendo?

Afortunadamente para Sebastian, los suyos siempre estaban preparados para la batalla.

De ello dependía la supervivencia del clan. El caos se apoderó de la pequeña población. Las mujeres corrían hacia el castillo para volver a guarecerse, donde antes ya lo habían hecho, y los hombres se disponían para la batalla. Dos de los jóvenes, bajo las órdenes de Logan, habían sido enviados a las mazmorras. Debían estar preparados para cuanto pudiera suceder. No los iban a soltar aunque Alex De Sunx pidiera por su honor que lo dejaran combatir pero, al menos, estarían avisados de la nueva contienda que los ocupaba.

Alex supo de inmediato quién estaba aprovechando su encarcelamiento para causar más estragos en aquellas hermosas tierras altas.

Se le encendía la sangre al no poder estar arriba combatiendo contra esos descastados que lo único que querían era sembrar el caos y dejar muerte a su paso. No se preocupaban por las tierras, no las necesitaban, no tenían una residencia fija y el bosque o las montañas eran donde usualmente se escondían.

La falta de comunicación con Sebastian estaba acusando esta nueva contienda y no tenía forma de avisarle del proceder de esos nuevos atacantes. ¡Por mil demonios! La rabia y la impotencia se apoderaban de él en esos momentos. Lo único bueno que podía sacar de todo aquello era que entonces comprenderían que la cantidad de cosas que se decían, sobre él, no eran verdad.

Del otro lado de las murallas, decenas de flechas con las puntas encendidas en fuego surcaban los aires para aterrizar sobre el techo de las pocas cabañas que quedaban en pie y que aún no habían terminado de ser reconstruidas. Eso no lo esperaban, no había problema en defenderse de un ataque cuerpo a cuerpo, pero un asedio de tal magnitud requería de planificación y refuerzos.

Sebastian supo que debía ser rápido y tomar las decisiones más

acertadas. Por lo pronto, debían apagar el fuego de inmediato si no quería que las llamas se tragaran todo cuanto quedaba de su feudo, así pues, gran parte de los guerreros dejarían de lado las armas por un momento para dirigirse a tales menesteres. Los más capacitados para la lucha quedarían en la entrada para resistir la primera embestida.

Sebastian gritaba órdenes a diestro y siniestro, no se dejaría vencer con facilidad. Había luchado suficientes veces en su vida como para saber encauzar un ataque tan agresivo como el que les ocupaba.

Kendrick aseguraría los flancos laterales para que estuvieran cubiertos, por allí no iba a pasar nadie. Con su vida defendería el legado de sus ancestros si era necesario y ni una sola gota de sangre más caería en ese patio de armas, no de sus seguidores al menos.

Dereck se encargaría de la guardia y custodia del castillo. Nadie rompería sus filas ni pasaría por encima de él. Bajo ningún concepto permitiría que llegaran hasta los bienes más preciados de aquellos lares, las mujeres y los niños.

Afortunadamente, las flechas prendidas de fuego no pudieron apoderarse de las casas y la pronta reacción de los caballeros salvaron nuevamente las propiedades, sin embargo, lo que llovía entonces eran flechas con puntas de acero destinadas a los hombres que se hallaban dispuestos en la puerta de acceso. Desgraciadamente, sin sus armaduras, alguno de ellos cayó abatido. Una veintena de hombres entraron por la puerta, acabando con todo aquel que a su paso se imponía, no obstante, los hombres de Sebastian les harían frente.

Flechas desde la parte frontal del castillo, a través de las ventanas del salón común y la cocina, fueron lanzadas contra los atacantes, acabando con algunas de sus miserables vidas.

Para Sebastian y Kendrick estaba claro quién vigilaba su retaguardia. ¡Las mujeres de la familia! Sin duda, estas no iban a quedarse mirando cómo eran brutalmente embestidos sin hacer lo propio para ayudar y mantener a salvo a quienes pudieran. Las tres eran muy hábiles con el arco y, dado que no podían permanecer a su lado en un cuerpo a cuerpo, usarían todos sus recursos y registros militares para oponer una buena resistencia. Duncan se retorcía nervioso, su deber era apoyar a los hombres de fuera y, sin embargo, se encontraba en el salón con las mujeres. La vergüenza se apoderó de él en aquellos momentos. No era capaz siquiera de coger un arco y ayudar como las mujeres de la familia O´Neill. Debería ponerse en forma y comenzar a entrenar seriamente. Él no

sería una vergüenza para su padre. Cuando este llegara para verlos, le demostraría de qué era capaz.

Afortunadamente, los atacantes no eran conocedores del aumento de habitantes en la fortaleza, por ello no esperaban dificultades para entrar, conquistar y marcharse.

Las otras ocasiones en las que habían accedido a ese recinto amurallado, había sido extremadamente fácil. Sin embargo, los problemas con los que se encontraban ahora, habían de ser solucionados. Una nueva tromba de hombres, espada en mano, llegó de la nada y se dispusieron a la lucha.

Cada embestida suponía un cambio de ritmo en las acciones allí realizadas y, pese a que eran muy buenos en la lucha, el factor sorpresa del ataque y el verse reducidos por el fuego, hizo tambalear las tropas del señor del castillo.

Sebastian animó a seguir a los suyos y a recomponer las filas con fuertes palabras de ánimo. Mazas, espadas y hachas cortaban el viento sobre las cabezas de los contrincantes. Esos malnacidos eran fuertes y buenos en la lucha pero el clan O´Neill no estaba dispuesto a dejarse amedrentar y volvieron más fuertes a la lucha. Su señor los requería y ellos estarían a su lado para cuanto fuera menester, así lo habían jurado, hasta el día de su muerte.

Varias estocadas fuertes, provenientes del batallón de Kendrick, neutralizaron el ataque en la puerta e hicieron retirarse a esos pocos que habían sobrevivido a su primera embestida.

De repente, un sonido fuerte de corno inglés se escuchó por la llanura frontal del castillo. Un nuevo batallón se acercaba al galope. Los atacantes, al verse sorprendidos también en la retaguardia, decidieron tocar retirada.

Desde su posición, Sebastian y Kendrick intercambiaron severas miradas. Al acercarse más al portón de entrada, pudieron vislumbrar dos estandartes diferentes. El estandarte gris de Gabriel De Sunx y el rojo perteneciente a la casa de Allen De Sunx.

Bienvenidos fueran todos ellos. Sin haberlo imaginado siquiera, acababan de librarles de una contienda difícil y peligrosa a la par.

De repente… silencio, nada más que silencio. Nadie era capaz de emitir una sola palabra. Sebastian pidió que todas las armas, que habían quedado esparcidas por el suelo, fueran llevadas a casa del herrero. Él las repararía o fundiría, lo que viera más conveniente.

Los heridos fueron llevados al interior del castillo donde las mujeres se afanaban en limpiar, curar y suturar las heridas. Ninguna de ellas, por fortuna, de muerte. Aunque algún hombre había tenido la fatalidad de encontrarse con alguna de las flechas en

el brazo o en el muslo. Esas heridas eran más difíciles de tratar. Debían cortar la flecha por la punta y sacar rápidamente el astil para evitarle el mayor sufrimiento posible al herido, curar y tratar la herida desde dentro hacia fuera. Después de una buena limpieza, unos emplastes y ungüentos a base de manzanilla y romero… coserían la herida y controlarían que no se infectase.

Sebastian pidió a su hija Annabella que tratase a los cuatro caballos que habían quedado sin dueño, pues los pobres presentaban crueles heridas en los laterales del cuello y en los cuartos traseros. Además, dos de ellos no llevaban las herraduras necesarias para proteger sus sensibles patas. Si había alguien capacitado para llevar a cabo dicho trabajo, esa era ella. Tranquilamente se acercó a los pobres animales para brindarles todo el consuelo y cariño que necesitaban y, cuando las bestias se hubieron calmado, la joven cogió sus bridas y los acompañó lentamente a los establos. Necesitaban estar resguardados y en compañía de otros animales.

La joven muchacha deseó fervientemente que su hermana Meribeth hubiera alcanzado de lleno a uno de esos desgraciados, ¿cómo se habían atrevido a tratar de semejante forma a tan bellos animales? Dos blancos, un castaño y uno negro de pura raza. Ella conseguiría que sanaran por dentro y por fuera, pues las heridas que presentaban sencillamente se curaban con mucho linimento y el cariño de una buena cuidadora. Esa sería ella misma.

La embestida sufrida dejaba muchas preguntas por responder. Sin duda el que debía aclararlo todo era Alex De Sunx. Solo ahora se daba cuenta… debió hacer caso a su mujer e interrogar a ese muchacho en cuanto tuvo oportunidad, sin embargo, había dejado pasar el tiempo y ahora las consecuencias eran culpa única y exclusivamente suya.

LA VERDAD

Ya era hora de una buena reunión familiar. ¿Rodarían cabezas aquel día? ¿Habría alguna explicación lógica para todo cuanto estaba aconteciendo en aquellos momentos?

—¿Estabais ocupados, Sebastian? —dijo Allen, burlándose de su cuñado mientras se apeaba del caballo.

—Únicamente una reunión de amigos al atardecer —alegó con fanfarronería, mientras se dirigía hacia él para darle un fuerte abrazo.

—No me pareció eso —indicó furioso Gabriel.

—¿Y qué te pareció? —dijo, acercándose esta vez al heredero de los De Sunx.

—A quien no he visto… es a mis hijos —dijo, cruzándose de brazos a la espera de una respuesta.

—Tal vez sea porque están los dos dentro con las mujeres. Vayamos al comedor, allí hablaremos de cuanto tenemos pendiente. Vuestra hermana estará deseando veros, sin duda ya le habrán notificado vuestra llegada.

De repente, la puerta del castillo se abrió de golpe y Lori salió corriendo con las faldas levantadas hasta las rodillas y sin piel alguna que la protegiera del frío anochecer. Todavía quedaba un poco de sol pero obviamente no calentaba el cuerpo. Era tal la alegría que tenía, por ver a sus hermanos, que olvidó todo decoro. Se lanzó a los brazos de Allen que, entusiasmado exactamente igual que ella por verla, comenzó a darle vueltas en el aire como cuando eran niños. Los embarazos no habían cambiado la forma menuda de Lori y desde luego tampoco su delgada constitución. Una vez que fue depositada en el suelo, llegó el turno de su otro hermano. Pasado un momento, que a Sebastian le pareció eterno, Gabriel la soltó y este de inmediato la acogió en un abrazo. Por muy hermanos suyos que fueran, ella era su esposa y ante eso se mostraba claramente receloso. Nadie iba a jugar con ella como si de una niña se tratase.

—¡Qué alegría teneros aquí a los dos! —dijo Lori, mirándolos con visible y notable adoración. Sebastian sonrió instintivamente al ver la alegría de su mujer. Siempre le encantaba verla con esa hermosa sonrisa suya instalada en los labios.

—No hemos venido solos —dijo Allen, dando una cabezada

hacia atrás para que se fijaran en quién más había viajado con ellos.

—¡Devlan! —gritó Annabella desde la puerta del castillo. Presa de la alegría, rompió a llorar en dirección a su prometido. Al llegar a su lado, lo abrazó con fuerza sollozando quedamente en el cuello del joven muchacho. Su intención era no volver a separarse de él jamás. Había pasado mucho miedo, debía reconocer que ella no tenía la fortaleza de su hermana y no era capaz de llevar esas acciones con calma. El joven recién llegado, cuando sintió que los lloros de su prometida iban remitiendo, levantó la cara de la muchacha y depositó un suave y rápido beso en sus labios.

—De camino hacia aquí hicimos noche en tu casa, Sebastian. Cuando volvimos a reanudar la marcha al día siguiente, este muchacho se nos pegó a los talones sin que pudiéramos hacer nada al respecto —dijo Allen, emitiendo una sonora carcajada.

—Devlan, te pedí que te hicieras cargo de todo en mi ausencia —dijo Dereck enfadado.

—No os molestéis con el muchacho, ha dejado vuestras tierras a buen recaudo —dijo Allen con una sonrisa bailando en sus labios.

—Sí, padre. Owen se ofreció a ocupar mi sitio. Y si vais a decir algo referente a su edad, os aconsejo que no lo hagáis. No acepta demasiado bien las críticas a ese respecto. —Lori sonrió, su padre no admitía referencias respecto a su edad y mucho menos si en las mismas se ponía en duda sus aptitudes físicas o guerreras. Las tierras de los O´Neill estaban a salvo, de eso no había duda.

—Será mejor que entremos a tomar una buena taza de té caliente —dijo Lori encabezando la marcha hacia el salón familiar.

—Yo preferiría un buen brandi —argumentó Gabriel.

—Por todo lo que vamos a hablar, cuñado, lo vas a necesitar —dijo Sebastian, riendo a mandíbula abierta.

El interior del castillo, ahora bien iluminado y caldeado por una buena lumbre, tenía un aspecto agradable y familiar. La familia llevaba ya un mes instalada en aquellas tierras y los progresos realizados era abrumadores. Iona entró de inmediato por la puerta para ver qué podía hacer por sus señores. Lori le explicó con sumo detalle que debía traer té caliente y alguna comida fría, pan y fruta, o tal vez… tal vez algo de carne de las sobras de la mañana sería lo más adecuado. No había tiempo para sentarse formalmente a la mesa, así pues, esperaba que con eso fuera suficiente. De cualquier manera, ella tenía el estómago cerrado, no podría probar bocado en esos momentos ni aunque se forzara a ello.

Kendrick no fue capaz de quitarle la vista de encima a la joven muchacha desde el preciso momento en que había entrado en la

estancia. Entre la ansiedad de la batalla vivida y su necesidad de ella, el primogénito de los O´Neill dudaba de si sería capaz de poder pasar algún día más sin su compañía. ¿Acaso la idea de hacerla caer rendida a sus pies, iba a volverse en su contra? ¿Acaso sería él, al final, quien hubiera de rogarle un poco de cariño?

Todos se sentaron aparentando calma pero… la embestida acontecida y la tensión acumulada en esos momentos, hacían que el nerviosismo se apoderara de cada una de las miradas de los que allí se habían congregado.

Las mujeres del castillo se habían instalado cerca de la lumbre. Martha permanecía al lado de su hermano con ambos brazos cruzados sobre su cuerpo. Ver nuevamente a su padre, la había alterado y necesitaba la paz y la calma que su hermano le infundía.

Annabella se había quedado a la vera de su prometido y nada ni nadie haría que se alejara. Tenía muchas ganas de estar con él y había pasado mucho tiempo desde la última vez que habían conversado.

Meribeth se hallaba sentada entre los hombres. Quería, esta vez, saber todo lo referente a las historias de los cabezas de familia y creía que, estando a su lado, todo le llegaría de primera mano.

—Deberíamos acostarnos y descansar. Mañana, cuando amanezca un nuevo día, hablaremos tranquilamente —propuso Lori.

—Yo no sería capaz de dormir ahora, amor —dijo Sebastian.

—Bien pues. ¿Gabriel te importaría explicarnos? —le animó su hermana, emitiendo un sonoro suspiro de resignación.

—Supongo que mis hijos ya os habrán explicado —dedujo Gabriel, paladeando otro sorbo de uno de los mejores brandis escoceses.

—Supones bien —dijo Sebastian—. Sin embargo, agradeceríamos alguna que otra aclaración por tu parte.

Gabriel miró fijamente a sus dos hijos antes de responder a dicha cuestión y Martha, que iba a hablar para evitarle a su padre más remordimientos o penas, fue acotada por su hermano. Con un apretón de mano, la instó a permanecer en silencio. Lord De Sunx debía explicarse y todos debían permanecer a la espera de sus palabras.

—Me he equivocado en muchas cosas a lo largo de mi vida. —Comenzó a explicar—. Y cuando vinisteis a mí, cometí el error más grande de todos, algo que supuso una grave afrenta para mi esposa y mis hijos. Me vi en la obligación de permanecer en mi hogar para enmendar mis malogradas palabras. Elisse sufrió un

desvanecimiento importante, estuvo postrada en cama varios días. Patty dijo que su corazón es débil y que, por tanto, debíamos permanecer a su lado… por lo que le pudiera… suceder. —Gabriel frenó a su hermana, esta se había llevado la mano al pecho y tenía intenciones de entrar a formar parte activa en la conversación, sin embargo, el mayor de los tres hermanos necesitaba acabar con su historia antes de pasar a lo que sería, sin ninguna duda, una rueda de preguntas sin tregua—. Ya hacía algunos meses que la veíamos más taciturna y debilitada pero pensábamos que era por la llegada del invierno, simplemente. Ahora debemos estar más pendientes de ella y de su salud. He venido a veros y a acompañaros a vuestro hogar, tal como os lo prometí, porque quiero comprobar con mis propios ojos lo bien asentados que, como decís, estáis. —Inspiró hondo y continuó—. Mis palabras para con vosotros no fueron nada acertadas, hijos. Tal como os dije, es cierto que amé a vuestra madre en cuerpo y alma pero también es cierto que cuando me abandonó, contraje nupcias con mi señora Elisse. Poco a poco, aprendí a amarla hasta que fue ella quien ocupó mi corazón al completo. Por tanto, es mi deseo no causarle más daño del que ya le ha causado saber de vuestra existencia. No os reprocho nada hijos. Vosotros habéis hecho lo correcto… acudir a mí tal como prometisteis a vuestra madre, si bien es cierto que debería haber sabido de vosotros hace mucho tiempo. Como os dije en su día, cuidaré de vosotros y os ayudaré cuanto me sea posible. Seréis reconocidos como miembros de la casa De Sunx pero es mi deseo que mi hijo Donnald sea quien siga mis pasos y complete, con sus actos, la vigencia de la heredad de nuestras tierras. Espero que sepáis perdonarme si os causo dolor con mis palabras o mis actos, pero no puedo arrebatarle lo que es legítimamente suyo.

—Señor, es cierto que podríamos haber permanecido en nuestro hogar sin ir a conoceros, al fin y al cabo hemos pasado toda la vida sin vos y no os hemos echado en falta —dijo poco acertado—. Fue la promesa a mi madre lo que nos instó a acudir a vuestras tierras y conoceros. No quisimos dañar su memoria faltando a ella —dijo Duncan.

—Tal como os dijimos en su momento, no necesitamos de vuestra fortuna. Afortunadamente… en nuestras tierras tenemos una buena posición y nos ganamos la vida dignamente —recalcó Martha.

—Lo sé y por ello os estoy agradecido. Cualquier otro, en vuestro lugar, hubiera exigido derechos y bienes materiales pero claro… —reconoció— vuestra madre os educó a su imagen y

semejanza. Ella no comulgaba con esa forma de pensar o actuar.

—Señor, lo único que nosotros deseamos es volver a nuestro hogar —apostilló el muchacho.

—¿No deseáis pasar un tiempo más conmigo y vuestros hermanos? —preguntó Gabriel, un tanto apesadumbrado. Si bien era cierto que en su hogar tenía toda la dicha que un hombre podía tener en su vida, esos vástagos eran fruto de su amor por Liri y no deseaba perderlos.

—No es que no lo deseemos, mi señor —dijo Martha quedamente—. Es que en casa nos aguardan quehaceres y Duncan tiene allí a su prometida. Debemos volver.

—¿Y a ti no te espera nadie, hija? —preguntó Gabriel.

—Solo el duro trabajo. Hace años decidí dedicarme a cuidar de mi madre enferma y no he vuelto a pensar en compartir mi vida con nadie.

—¿Quieres decir que alguien ocupó tu vida tiempo atrás?

—Señor, si vos me lo permitís… preferiría no hablar del tema. —Era muy personal y, aunque en esa sala solo estaba su familia, no creía oportuno tratar aquello delante de todos. Más aún cuando la conversación con Logan todavía estaba pendiente. Antes de tomar una decisión tan importante en su vida, debían aclarar ciertas cosas.

—Está bien hija, pero recordad… si me necesitáis, me tendréis. En unos días, cuando lo crea oportuno, yo mismo os acompañaré a vuestro hogar.

Gabriel contuvo la necesidad de un abrazo a su hija. Era su deseo acogerla y murmurarle al oído que, pese a todo y pese a todos, él era su padre y como tal lo tendría por siempre. Sin embargo, faltaba confianza entre ambos y, de haberlo hecho, hubiera resultado demasiado forzado.

Lo mejor sería dejar pasar el tiempo. Poco a poco irían conociéndose y, pese a que vivían muy lejos unos de otros, intentaría visitarlos siempre que sus tareas así se lo permitieran.

Tampoco quería dejar a su familia sola. En aquellos tiempos había altibajos en la corte y debía prestar atención a su pueblo. Sobre todo a su rey, por si era requerido en cualquier momento para ayudar en una nueva contienda contra su prima Matilde. Enfrentamiento este, que duraba ya demasiado tiempo. Pensó que, dado que no había solución al respecto, lo mejor sería que las cosas permanecieran tal cual estaban. Además, estaba muy ocupado con su hijo Donnald y con su instrucción como caballero. Debía trasmitirle todo aquello que Owen le había enseñado de pequeño y todo lo que Lord Donnald le había instruido ya en edad adulta. Él

sería el siguiente De Sunx en ocupar su lugar como señor de un territorio muy grande y eso pesaba mucho en sus hombros. Tenía mucha gente a la que cuidar y por la que luchar. Haría de su hijo Donnald un buen guerrero.

Ya era bien entrada la noche cuando decidieron dejar el resto de la conversación para la mañana siguiente. El día empezaba muy pronto para todos y ya era hora de retirarse. Lo único que importaba entonces era pensar bien en cómo enfrentarse a Alex y a todas las dudas que se les presentaran.

Rápidamente, y haciendo gala de sus habilidades como señoras del castillo, Annabella y Lori dispusieron unas cuantas habitaciones más para los recién llegados. Estos, así mismo, dieron orden de acampar en el patio de armas a todos los fornidos guerreros que habían traído consigo. Una hoguera los mantendría calientes y cada uno dispondría de sus propias pieles para cubrir sus cuerpos de noche. Ya estaban sobradamente acostumbrados al frío y el suelo era ya un aliado de los huesos. De cualquier forma, el castillo y los barracones no tenían tanto espacio para albergar a esa cantidad de hombres.

Lo único que deseaba Sebastian en esos momentos era llevar a su mujer a su alcoba y envolverla entre sus brazos. Solo el calor que emanaba de su cuerpo lo dejaría descansar en una noche como aquella.

A la mañana siguiente comprobaría que Gabriel estuviera bien, anímicamente hablando. Lo necesitaba con la cabeza despejada por completo pues su habilidad para las estrategias seguramente sería lo que les ayudaría a ganar la contienda que se avecinaba.

XI

VALOR

Una vez aclarado ese punto con su cuñado, Sebastian estaba deseando entablar al fin una agradable conversación con el joven detenido en sus mazmorras.

Ya era tiempo de sacar cosas en claro, ya había llegado el momento de enfrentarse a la realidad y ya debían saber a qué atenerse. Si realmente estaba equivocado en lo referente a ese joven muchacho, lo primero que debía hacer era enviar un comunicado al rey escocés para informarle de todo cuanto estaba sucediendo.

Por el momento solucionaría las cosas a su manera. Rápidamente lo hizo llamar. Uno de los guardias, que custodiaban las mazmorras, lo llevó maniatado hasta donde estaba la familia esperando.

Meribeth vio al joven caminar con paso seguro y altivo, intentaba mostrarse libre a pesar de las finas cuerdas que lo sujetaban. Al pasar por su lado, la miró fijamente a los ojos y se atrevió a lanzarle una fugaz sonrisa. Había algo en él que irremediablemente la atraía. Ella tampoco pasó desapercibida para él. Notó cómo las mejillas de Meribeth se sonrojaban y cómo aguantaba la respiración.

Cara a cara con Sebastian, únicamente pudo contemplar a su alrededor la gente que allí se había congregado. Le llamó mucho la atención ver su propio rostro en otras dos personas. Tanto Kendrick como Duncan eran rubios como él y tenían exactamente el mismo tono grisáceo de sus ojos, las mandíbulas bien perfiladas y los pómulos altos. No había duda alguna, eran sus parientes. De haberse conocido en un lugar diferente, habría llegado a pensar que sus padres habían tenido más descendencia. Afortunadamente… el asomo de barba que Alex lucía en esos momentos, el pelo más largo rozando sus hombros y el estado desaliñado en que se encontraba, lo diferenciaba de los otros dos. Duncan tenía la piel mucho mas curtida y bronceada por el sol y Kendrick tenía la piel blanca, casi nacarada como sus hermanas. Pese a la diferencia de edad entre los tres jóvenes, la altura era la misma y todos ellos mostraban la misma robustez en sus hombros. Los genes De Sunx eran visibles en todos ellos.

El silencio reinó en la sala por unos instantes. No era posible que tres miembros de una familia, que no eran conocidos los unos por

los otros, tuvieran un semblante tan idéntico. Ahora todos miraban de reojo a Lori y entendían perfectamente el comentario de la "bendita maldición de los De Sunx". Ella sonreía con altivez, al fin sus palabras tomaban forma.

—¿Creéis vos que esto es necesario? —argumentó Alex, levantando sus manos atadas.

—Así lo creía muchacho. Sin embargo… ya no estoy tan seguro —reconoció Sebastian—. Me alegra verte tan recuperado de tu herida.

—Yo también me alegro, señor. He recibido buenos cuidados en la oscuridad de vuestras mazmorras. —Un ligero tono de reproche teñía esa frase.

—Meribeth siempre fue buena con sus curas —dijo Sebastian, causando sorpresa en el rostro de la joven, que abrió desmesuradamente sus ojos—. ¿Te sorprendes hija? No deberías. Sabía de sobra que no podrías dejar pasar la oportunidad de sanar a aquel que necesitara de tus cuidados, aún más sabiendo que tú habías sido la causante de su mal. ¿Acaso pensabas, hija mía, que cada vez que bajabas a las mazmorras a ver a tus heridos… yo no era rápidamente informado? No has estado sola en ningún momento, siempre había alguien siguiéndote los talones. Como comprenderás, no podía permitir que una hija mía se expusiera de esa manera a cualquier peligro, y menos en mi propia casa.

Una sonrisa socarrona bailaba en los labios de Sebastian y cuando se dio la vuelta para enfrentarse de nuevo a Alex, pudo atisbar una mirada de orgullo dirigida a su hija Meribeth. Algo había sucedido entre esos dos jóvenes y él se lo había perdido entre tanta ida y venida a las partes oscuras del castillo. Sin duda alguna, su hija y ese joven muchacho tenían algún secreto que atesorar entre ellos. Eso lo averiguaría posteriormente, por el momento debía saber qué ocurría exactamente en aquellas maravillosas tierras.

Con una señal, dio orden al guardia de la puerta para que fuera a buscar a los primeros al mando de cada uno de los nobles allí representados.

—Si no os importa, he decidido llamarlos porque creo que lo más oportuno es que estén informados de todo cuanto aquí vayamos a hablar en este día. —Sebastian se dirigió a Gabriel y Allen, se acercó a ellos y se colocó a su lado—. Cuñados, sé que esto va a asombraros mucho y sé que no paráis de darle vueltas pensando quién puede ser este joven tan parecido a nuestros hijos. Pues bien. Os diré que él es Alex De Sunx. Nieto de vuestro tío.

—Por todos los demonios —estalló Allen, con una carcajada.

—Creía que me había vuelto loco. Ya no sabía si mi padre se había reencarnado en un muchacho de las tierras altas o nos habíamos perdido parte de la historia —dijo Gabriel.

—Hasta ahora solo sabemos un par de cosas sobre este joven. Y he de decir que pequé de conocedor de los hechos y rehusé hablar con él las veces que mi esposa me indicó que así procediera. Me disculpo por la tardanza sobrino —dijo llevándose la mano al pecho y realizando una leve reverencia de cortesía—. Después de los hechos acontecidos, tengo unas cuantas preguntas que aguardan respuesta.

—¿Que deseáis saber? —dijo el muchacho, cruzándose de brazos al tiempo que separaba sus piernas para tener una postura más cómoda.

—¿Qué podéis explicarnos de vuestra procedencia?

—Me extraña que todavía no lo sepáis. Tal como ha dicho mi señor, un acierto seguro, soy nieto de Alex De Sunx. De hecho, soy el tercer Alex De Sunx de la historia.

—Diré en vuestra defensa, que esos datos que nos confiáis, Dereck se los sonsacó a quien debo suponer era vuestro vigía. Debéis perdonarlo. El pobre hombre, sabiendo su muerte cerca, tuvo a bien informarle de vuestra ascendencia. No sé si esperando perdón hacia vuestra persona por los lazos familiares que nos unían, o por el contrario, para que nos armáramos y protegiéramos de vos. De cualquier manera y volviendo a vuestras raíces, queda claro que no pudisteis ser criado por ninguno de los dos que os precedieron. El primero porque murió a mis manos y el segundo porque no fue lo suficientemente bien adiestrado en la lucha como para sobrevivir en una autentica batalla. —La ofensa había sido lanzada, la mandíbula apretada del joven muchacho así lo indicaba.

—¿Así pues, vuestro primero al mando dice que habló con nuestro vigía? El pobre y viejo Lonel hace más de dos semanas que debería estar de vuelta en nuestras tierras. Dudo que fuera él a quien conocierais. Sin embargo, siempre seguíamos a los vigías de los laird de la zona. Necesitábamos estar al tanto de cuanto se tramara. Por lo que veo, vuestro primero es el culpable de que no nos llegaran avisos sobre las novedades acontecidas en estos lares. Ahora me lo explico todo. En cuanto a mis ancestros, poco puedo decir yo al respecto puesto que, como bien señaláis, no llegué a conocer a ninguno de ellos. Sin embargo, me consta que ambos fueron grandes con la espada y diestros en la lucha.

—De ser como decís, ambos seguirían vivos —dijo Allen sin

poder evitar cierto tono socarrón. No había motivo alguno para poner en duda aquello que todos pensaban, pero él no podía dejar pasar la oportunidad de provocar al joven y conocer así hasta dónde llegaba su bravura.

—Está bien, dejemos el tema por el momento —dijo Sebastian, al ver cómo el joven avanzaba visiblemente enfadado hacia su tío. Siendo verdad o no sus palabras, no iba a permitir que nadie faltara a la memoria de sus familiares. —Decidnos, ¿donde vivís? ¿Sois un clan muy grande? ¿A qué os dedicáis?

—Señor, soy el laird de nuestras tierras. Mi deber es ocuparme del bienestar de todos los que vivimos en nuestro clan. Nuestra vida no es fácil, vivimos muy al norte de estas tierras, donde el frío y la lluvia curte hasta las pieles mas blancas y perfectas —explicó, dirigiendo su mirada hacia Meribeth.

Sebastian ladeó un poco la cara para mirar en dirección a su hija y ver cuál era su reacción al respecto. El enrojecimiento de sus mejillas era una clara señal de que hasta la joven había reconocido el mensaje enviado por el recién incorporado.

—Ya veo —dijo Sebastian, acariciando su mandíbula pensativamente—. ¿Quién os ha criado? ¿Quién os ha instruido? ¿Quién os espera de regreso?

—Muchas preguntas seguidas mi señor. Os aclararé que fueron mi abuela y mi madre las encargadas de criarme y que ellas dos me hablaron de mi familia De Sunx, no de muy buenos modos si he de seros sincero. Sin embargo, en ningún momento creyeron oportuno haceros llegar conocimiento de mi existencia. No estaban muy contentas con mi abuelo y con sus acciones y desde luego que, el que se despreocupara de su familia para seguir con sus planes, no hizo que sus pensamientos se volvieran más bondadosos en cuanto a su persona. No he querido recurrir a mi lado De Sunx hasta ahora. Por otro lado, nadie me ha instruido, he aprendido yo solo y me he esforzado al máximo por hacerlo lo mejor posible. No contaba con nadie que me diera pauta alguna a seguir o que pudiera corregir mis errores. Y, desgraciadamente, no hay nadie esperándome en mi hogar. Tanto mi abuela como mi madre fallecieron hace ya tiempo. Somos un clan pequeño que ha sufrido mucho y ha mermado con cada ataque recibido. Nosotros no nos dedicamos a la guerra, fue mi abuelo el que quiso crear en vano y a la fuerza un imperio. Mi padre no tuvo tiempo de decantarse por ninguna forma de subsistencia, así pues, estuvieron muchos años solas y se ganaron la vida como pudieron para poder sobrevivir. Cuando me eligieron jefe de su clan, decidí seguir con esas buenas costumbres y así es

como subsistimos, gracias a nuestros pobres cultivos y a nuestros ganados. No es mi deseo luchar contra todos los clanes escoceses y mucho menos luchar en contra vuestra, mi señor. Hace tiempo que aprendí a dejar de lado el rencor y el odio por mi apellido y a conseguir que mi gente viviera en calma y feliz.

—¿Entonces qué está sucediendo aquí? ¿Quién nos ha atacado? Es obvio que vos no habéis sido, sé que sabéis de quién se trata. Mis hombres me han explicado que pedisteis que os soltaran en cuanto supisteis que estábamos siendo atacados.

—Sí, mi señor. Así es.

—¿Y bien? —increpó Gabriel

—Su nombre es Igor McKenzi, más conocido como "El Bárbaro".

—Y… ¿qué estamos haciendo aquí nosotros? —preguntó Sebastian.

—Necesitaba de vuestra ayuda y no sabía cómo hacer para que vinierais sin levantar sospechas.

—¿Necesitabais de nuestra ayuda? —repitió Lori que, hasta ese momento, se había mantenido completamente al margen de todo.

—Mi señor, hay muchas cosas que explicar. Es todo muy complicado. Soy sincero cuando os digo que os necesitábamos urgentemente. Hemos formado una alianza entre todos los clanes escoceses para acabar con Igor pero… no somos capaces de acabar con ese desgraciado, que manipula y acaba con la vida de gente inocente sin importarle. Parece que por cada seguidor suyo que conseguimos matar, aparecen otros diez. No sabemos de dónde reflota sus batallones y tampoco logramos dar con su escondite. Únicamente sabemos que está en las montañas pero, señor, estamos rodeados de ellas y no tenemos idea de por dónde comenzar. Tenéis razón cuando decís que no he sido debidamente adiestrado en la lucha. De hecho, sé que hay todavía muchas cosas que debo aprender pero os diré, en mi defensa y en la de los míos, que hemos hecho cuanto nos ha sido posible para no caer en cada embestida y que seguimos pensando que podemos salir victoriosos de esta contienda. Además os diré que cualquier aviso que saliera de nuestras fronteras, dirigido a nuestro rey o a vos mismo, era interceptado. No sabemos cómo podían saber que enviamos notificaciones. El hecho es que hasta vuestra llegada, nadie había venido en nuestra ayuda.

—Vuestro rey habría venido sin duda alguna, así como nosotros también habríamos venido de inmediato de haberlo recibido con anterioridad —aclaró Sebastian—. Laird De Sunx, entiendo con vuestra exposición que vos no habéis sido los causantes de todo

daño infringido en las tierras de los alrededores.

—No, mi señor. Como ya os he explicado, Igor es un manipulador. Cada vez que atacaba alguna pequeña aldea o a algún clan aliado, enviaba mensaje a la gente de la zona informando que había sido yo mismo el intérprete. Soy el líder más joven de todos los clanes de la alianza y, desgraciadamente, mi apellido juega en mi contra. Por aquí… ser un De Sunx no ofrece ningún respeto, más bien, todo lo contrario. Siguen pensando que intentaré acabar con todos para apoderarme de las tierras adyacentes a las mías, aún sin ser esa la realidad. Igor ha aprovechado todos los datos que conoce de mi persona y se escuda en ellos para encubrir sus actos. De ser descubiertos por mi rey los problemas causados, se aseguraba de no caer él en desgracia. Yo sería el arrestado y el acusado de traición a la corona.

—Yo mismo caí en esos engaños. Yo también creí que se trataba de vuestros actos. Actos de venganza hacia la familia de mi esposa. —Sebastian calló un momento para asimilar todo aquello. Había caído en una trampa digna de cualquier principiante en reyertas. Respiró hondo y prosiguió con su conversación—. Entendí que con todos esos ataques, lo que queríais era reconstruir un nuevo territorio para vos y vuestra gente, empezando por despojarme de lo que era mío. Tal como decís, la gente de estas tierras me decía que era culpa vuestra y que todo había sido en un acto de venganza. Incluso el vigía quiso darnos a entender que erais vos el responsable de todo. Ignoro el porqué de tal acción pero supongo que fue en un acto de protección hacia Laird McKenze, pues él no sabía quiénes éramos nosotros. Hijo mío —dijo Sebastian, suavizando todo lo que pudo el tono de su voz—, yo envié un mensajero a vuestro rey explicándole lo sucedido y por supuesto culpándoos de todos los problemas ocasionados. Solo ahora me doy cuenta de cuán desafortunado estuve al no hablar de todo esto con vos o con vuestra gente, antes de enviar mensaje alguno. No tenemos constancia de si ha llegado vivo el mensajero, sin embargo, me apresuraré a enmendar mi error. Logan —se dirigió a su segundo al mando—, por favor, envía rápidamente un escuadrón con un mensaje a la corte escocesa. Ha de ser debidamente informado de todo lo sucedido y, a ser posible, necesitaremos de toda la ayuda que nos puedan prestar. Que no vuelvan sin una respuesta. ¡Asegúrate de ello! —Una vez dada la orden, Sebastian volvió a la conversación—. He de pediros disculpas. Nunca se han de juzgar de antemano las cosas. Nunca lo había hecho con anterioridad pero pensé que os movía la venganza y que vuestra misión era acabar

con todos nosotros a toda costa. Mi instinto me engañó esta vez —reconoció.

—Mi señor, no os disculpéis más. Todo error puede enmendarse. Sin embargo, no os equivocáis al decir que lo que me mueve es la venganza. Ese malnacido mató a mi madre y es mi deseo verlo muerto, a poder ser por mis propias manos.

—Hay algo que no acabo de comprender —dijo Gabriel que hasta ahora había permanecido a la escucha de lo sucedido—. Es cierto que atacasteis estas tierras, resultasteis herido. De haber sido de otra forma no estaríais aquí en estos momentos.

—Mi señor, eso tiene una explicación. No habíamos recibido noticias sobre estos lares durante tiempo. Si bien es cierto que solo veníamos a ver cómo iba todo una vez al mes al ser una larga distancia, sabíamos que hacía poco tiempo habían sido atacados de nuevo. Necesitábamos ver con nuestros propios ojos que no habían sufrido más daños. Veníamos en su ayuda, no a destruirlos. Cuando nos encontramos con vos, creímos que estaban sufriendo un nuevo ataque y por ello nos preparamos para haceros frente.

—Habéis demostrado mucho valor al darnos esas explicaciones. Sobre todo, al venir en ayuda de los míos, sabiendo de vuestras propias limitaciones.

—Señor, solo deseo un poco de paz para mi gente y para mí. Durante mucho tiempo, mi familia ha odiado a la vuestra. Y de todo el mundo era conocido que ese rencor había sido heredado de mi abuelo a mi padre. Sin embargo, es cierto como decís vos que no hay que juzgar las cosas de antemano sin conocer bien los hechos. Mi abuela, antes de fallecer y siendo yo un hombre adulto, me explicó ampliamente el porqué del proceder de su marido y me indicó que lo mejor sería vivir sin ningún tipo de furia u odio hacia mi familia en Londres. Ella intentó en repetidas ocasiones que ese sentimiento no se asentara en el corazón de mi padre pero, la influencia de mi abuelo era demasiado fuerte. Cuando este desapareció de nuestras vidas, sin dar ningún tipo de explicación, ya era muy tarde para recuperar a mi padre. Mi abuela juró y perjuró que fueron todos esos malos sentimientos, anidados en su corazón, los que acabaron con su vida. La ambición desmedida y el odio habían alterado la realidad tanto de su gente como la suya propia y no podía hacer nada para cambiarlo. Conmigo intentaron enmendar ese error. Es necesario acabar con tanta maldad. La gente aquí vive atemorizada. No es feliz y de seguir así por mucho tiempo acabarán con todos nosotros. Señor, creedme cuando os digo que sí busco una clara venganza pero nunca, bajo ningún motivo, será

hacia vuestra persona. —Alex había mirado directamente a los ojos azules de Meribeth, al decir estas últimas palabras. La joven había permanecido en pie, escuchando extasiada la historia de su vida, y no era capaz de apartar la mirada de él. Solo cuando el silencio volvió a hacerse evidente en la sala, la joven recompuso su mirada y la dirigió hacia otra parte. Algo le quemaba por dentro. Su respiración se hacía más rápida y entrecortada y las miradas que le lanzaba Alex no hacían más que acelerar irremediablemente los latidos de su corazón. Debía fingir indiferencia ante tales actos o acabarían por sorprenderla.

XII

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

Al fin brillaba el sol. Un poco de luz después de tanta sombra y tanta oscuridad.

Debían estar pendientes ante cualquier ataque.

El día anterior, Laird McKenze no había conseguido lo que quería y no tenían duda alguna, volverían a arremeter contra ellos en breve.

Entre todos, sobrepasaban el centenar de guerreros y estaban todos dispuestos para la batalla. Sebastian debatía esa misma noche con Gabriel y Allen la estrategia que llevarían a cabo. Después de haber mantenido esa conversación con el joven Laird De Sunx, tenían mucho que esclarecer.

Este mismo pasó de prisionero a miembro del castillo en cuestión de un día. Meribeth quiso asegurarle una buena alcoba. Ella misma se dedicó en cuerpo y alma a adecentarla, gesto que asombró bastante a sus progenitores. Era obvio que tenía cierto interés por ese joven, de otro modo jamás habría realizado esos menesteres.

El resto de hombres de Laird De Sunx, aunque pocos, descansarían en los barracones con los demás. La noche había vuelto a caer y con ella el cansancio por el trabajo realizado y el frío del invierno en los cuerpos.

Por la mañana ya se habían tomado las medidas oportunas.

Habían dispuesto que se acomodaría una zona entre las torres vigías principales, que sería donde se ubicarían los arqueros y los ballesteros. También pusieron inmensos calderos de arena a calentar para lanzarlos en el ataque que estaba por llegar. Las quemaduras, provocadas por la arena hirviendo, aseguraban una muerte instantánea. Con eso, un nuevo asedio sería más difícil de llevar a cabo.

El mensaje para el rey había partido al alba y esta vez la organización iba a ser diferente. Un escuadrón sería el encargado de llegar a su destino. Iría acompañado por dos grupos más de caballeros que les cubrirían por tramos para volver con noticias a las escocesas tierras de Sebastian. De este modo, se aseguraban que esta vez llegaran a su destino sin causar bajas entre los hombres.

El amanecer de aquel día iba ser importante. Los miembros del clan no habían dormido demasiado, retirando los restos de la

batalla mientras los guerreros se afanaban para un nuevo entrenamiento.

Las mujeres habían sido las encargadas de preparar un buen almuerzo para todos ellos y llevaban cocinando sin descanso desde la salida de sol. Cambios importantes se avecinaban en esas tierras y todos debían de estar preparados.

Laird De Sunx había dicho que ese bastardo y sus hombres se escondían en las montañas pero, habiendo perpetrado el ataque el día anterior, no podrían haber llegado demasiado lejos. Así pues, se designaron varios grupos de hombres que inspeccionarían las llanuras más cercanas, los bosques colindantes y hasta el lago. Todos los frentes estarían cubiertos.

Las camisolas y los sobrevestes de los hombres habían sido cambiados por las ropas de guerra y, de ahora en adelante, esa sería la única indumentaria que llevarían. Kendrick tuvo a bien prestarle a Duncan una de sus cotas de malla y ropa para protegerse. Él no disponía de ese tipo de prendas pues nunca se había sentido atraído por la vida de un guerrero. Sin embargo, estaba entrenándose con mucho ahínco en las filas de Sebastian y quería ser parte activa de cualquier contienda que se presentara. Ya se había sentido suficientemente avergonzado al no poder ayudar en el último ataque.

Justo después del almuerzo, Devlan aprovechó para hablar un momento a solas con Annabella. Ambos necesitaban un momento de privacidad.

—Devlan, amor. No sabes cuánto te he echado en falta. Los días se volvían eternos sin verte, sin estar a tu lado, en tus brazos —dijo la joven rodeando con sus brazos la cintura del hombre.

—Lo sé. A mí me sucedía lo mismo. Nunca habíamos estado separados tanto tiempo.

—Cuando hayas de volver a nuestras tierras, con el consentimiento de mi padre o sin él, me iré contigo. No deseo volver a separarme de ti nunca más.

—Annabella, tu padre ahora tiene otras preocupaciones, no debes molestarlo con esas cosas. Sabes que quiere teneros a todos juntos por lo que pueda suceder.

—Lo sé. Y por ello guardaré silencio pero, repito, llegado el momento… me iré contigo —aseveró la joven.

—Y entonces te convertirás en mi esposa —zanjó él.

Devlan rodeó fuertemente a su prometida con ambos brazos y, cogiéndola por las axilas, la levantó por encima de su cabeza como si fuera una pluma. La joven rio contenta por la osadía del

muchacho y rodeó su cuello con ambas manos. Acercó su rostro al de ella hasta que sus labios se rozaron primero, para pasar a besarse suavemente después y a devorarse el uno al otro finalmente. Tenían sed de amor, ansiaban unir no solo sus almas sino también sus cuerpos, pero sabían que debían parar aquello de inmediato. No era momento ni lugar para esas efusivas muestras de amor. Devlan fue el primero en ir aflojando el abrazo y el beso hasta descansar su mandíbula sobre el hombro de la joven. Esa espera lo estaba matando por dentro y, por lo que podía ver, a ella le estaba sucediendo exactamente lo mismo. Poco a poco, la respiración de ambos volvió a normalizarse.

—Acompáñame a los establos. Quiero enseñarte unos maravillosos caballos. —Con esa frase, la joven cambiaba el ritmo de la conversación y ambos disfrutarían de otra de sus pasiones—. Hay unos maravillosos ejemplares que deben ser tratados de inmediato y tus hábiles manos me serán de gran ayuda.

Annabella llevó a su prometido al primer cajón donde en esos momentos descansaba la yegua blanca. Una magnifica yegua que, aparte de no tener las herraduras necesarias para cubrir sus pezuñas, tenía una herida con muy mala pinta en la cabeza junto a su ojo izquierdo. ¿Qué clase de monstruo podía haber herido a tan bello animal? Y… ¿por qué? Devlan, con sumo cuidado, limpió la herida retirando hasta la última gota de sangre reseca. De esa forma podría ver cuál era el daño exactamente. Por fortuna… era un corte limpio que no necesitaría de sutura; el animal no perdería la vista y, con una buena limpieza y buenos cuidados, pronto se restablecería.

Annabella se afanaba en curar las patas del otro caballo blanco para poder colocarle las herraduras, de lo contrario, las callosidades en las pezuñas no serían lo suficientemente fuertes para mantenerlas en su sitio. A parte de un fuerte dolor al animal, solo le provocarían lesiones importantes.

El caballo negro presentaba los cuartos traseros arañados y magullados, sin duda por haberle dado fuerte con las fustas. Y el castaño tenía una úlcera en la pata delantera. El animal no podía apoyarse sobre ese flanco y, sin duda, esa sería la herida que tardaría más en sanar.

En el patio de armas, Sebastian daba órdenes a sus hombres para que entrenaran divididos en dos grupos, primero cuerpo a cuerpo y luego con armas de mano.

A su lado, permanecían Dereck y Gabriel. Allen estaba entrenando con los suyos desde hacía ya un rato.

Alex miraba, aturdido, los entrenamientos de los hombres allí

congregados y una punzada de celos invadió su cuerpo. ¡Cómo había deseado desde joven participar en un entrenamiento semejante! Nunca había podido. Nunca había tenido una figura masculina lo suficientemente bien adiestrada. Y, sobre todo, en su clan no eran tantos los hombres que podían dedicarse a la lucha.

En la escalinata de entrada al castillo se hallaba sentada Meribeth, jugueteando con un pequeño palo que había encontrado. Era evidente su hastío por los quehaceres domésticos y, aunque era perfectamente capaz de llevar un castillo, prefería dejarlo en manos de otras mujeres más capacitadas para ello. Ella prefería ver cómo entrenaban los hombres.

Lori salió del castillo y se sentó lentamente junto a su hija, a la que sonrió y abrazó melancólicamente. Ella sabía exactamente lo que sentía Meribeth y lo mucho que sufría al no poder acompañar a su padre, instando a los hombres y practicando con las armas. Una leve sonrisa iluminó su rostro.

Desde esa corta distancia, se podía escuchar perfectamente las conversaciones y las órdenes que estos daban a sus seguidores.

De repente, una voz mucho más fuerte y grave que las demás resonó en el patio, haciendo que todos se giraran.

—Bueno muchacho, ha llegado el momento. Enséñanos de qué eres capaz. —Sebastian instó a Alex.

—¿Señor? —dijo el joven con perplejidad.

—Puedes elegir a quien quieras como contrincante. No pondré objeción al respecto. Todos están cualificados para realizar cualquier maniobra.

—Señor, ¿a cualquiera? —Sebastian asintió con la cabeza y entrecerró los ojos. ¿Qué idea se le estaría pasando por la cabeza? Todos estaban a la espera de una respuesta del joven—. Bien pues, elijo a Meribeth. —A su alrededor quedaron petrificados. Jamás se les habría pasado por la cabeza que elegiría a una mujer para hacer el trabajo de un hombre. Meribeth se incorporó muy lentamente, con los ojos abiertos como platos y aguantando la respiración. Sin duda se encontraba a la espera de una indicación por parte de su querido padre. En un instante, rezó todas las consabidas oraciones mientras aguardaba.

—Me parece una idea maravillosa —dijo una voz a sus espaldas. Meribeth se volvió con cautela y, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro, lanzó una gran plegaria en favor de su madre. La misma que había levantado la voz en su defensa—. Sebastian, creo que es una idea esplendida que conozca de primera mano lo que puedes enseñar a cualquier persona, ¿quién mejor para mostrarlo

que tu propia hija? —Lori se dirigió lentamente hacia su marido, le regaló una sonrisa y le tendió la mano. Él, sin embargo, la retó con la mirada a que retirase su palabra.

Aunque Lori sabía perfectamente que no quería que su hija practicara ningún arte en la batalla, había dado su permiso para que al fin su hija mostrara todo cuanto era capaz de hacer.

Meribeth los adoraba… Adoraba a su madre por la confianza depositada en ella, una fe ciega que no le fallaría en aquel momento. Adoraba a su padre, ese apuesto y maduro guerrero que sabía tomar las riendas ante cualquier contratiempo. Y, aunque sin ser este conocedor de ello, también había empezado a adorar a Alex De Sunx, ese apuesto guerrero cuya vida casi arrebata.

Desde el principio, este había mostrado interés en ella y en sus habilidades para la batalla y, si el consentimiento de su padre era afirmativo, aquel día haría que todos recordaran lo buena y fuerte que era Meribeth en el arte de la guerra.

Ya iba siendo hora de cambiar ciertas cosas y que los hombres dejaran de llevarse los laureles respecto a las contiendas. Ella sería la primera en hacerles admitir que una mujer podía ser un gran contrincante en la batalla.

—Está bien. Que así sea —dijo finalmente Sebastian, provocando una oleada de gritos de ánimo hacia Meribeth. Había algo que él desconocía en ese momento. ¿Por qué todos sus hombres vociferaban en favor a su hija? ¿Qué sabían ellos que él desconocía?

Lori hizo una señal a su hija para que saliera de su asombro y esta entró corriendo en el castillo, vociferando que la aguardasen un momento. ¡Había de prepararse!

Meribeth pasó como un huracán por delante de Martha, que entraba por la puerta de la cocina frotándose las manos con un trapo, y de Annabella, que había estado pendiente de lo sucedido fuera a través de la pequeña ventana que daba al patio de armas. La gemela tomó la mano de Martha y ambas subieron corriendo escaleras arriba para ayudar a Meribeth en su preparación.

La joven se dirigió a un pequeño arcón que tenía en un lateral de sus aposentos y comenzó a sacar prendas hasta entonces desconocidas para las mujeres.

Martha no entendía qué estaba haciendo la muchacha, así pues, Annabella le explicó que su hermana se había confeccionado ella misma unas prendas bastante masculinas para poder participar en la lucha. Su madre ya les había explicado a las dos, en varias ocasiones, los fallos acarreados al luchar tanto contra lady Violante

como contra su tío. Quedó claro entonces que los vestidos de las mujeres no eran nada apropiados. Era muy fácil enredarse con las faldas y resultaban muy pesados para correr o saltar. Y el pelo… el pelo debía llevarlo completamente recogido pues el contrincante podía cogerle un mechón y usarlo en su contra para ganar.

Meribeth se despojó rápidamente de sus faldas, sus faldones y sus enaguas y se puso unos pantalones largos de cuero negro ajustados. Usaría también unas viejas botas de su hermano que, quedándole pequeñas a este, la muchacha había tomado y remodelado para ella. Para la parte de arriba, usaría igualmente una camisola blanca de cuando su hermano era pequeño y un corsé de cuero con medias mangas anudadas en los brazos. Inteligente como era la joven muchacha, había descubierto que entre la tela podía poner en la parte delantera una cubierta de metal para proteger su torso de cualquier ataque. Sería como una armadura de caballero pero mucho más pequeña e invisible.

Las jóvenes muchachas, que estaban allí para ayudar en los menesteres a la guerrera, no salían de su asombro. Cómo había captado la esencia de las armaduras masculinas y las había adaptado tan fácilmente al cuerpo de una mujer. Martha, además, no estaba demasiado segura de que aquella vestimenta fuera decorosa. El ajustado cuero dejaba ver las suaves y delineadas curvas de todo el cuerpo de la joven. Sin poder evitarlo esbozó una leve sonrisa, pensó que por sí misma ya era distracción suficiente para cuantos contrincantes tuviera ante ella.

Annabella se apresuró a trenzar el pelo de su hermana y a recogerlo en la nuca con un moño caído pero fuerte. Una cinta de cuero, también negra y ajustada, coronaba su pelo castaño y sujetaba con fuerza la abundante cabellera de la muchacha para que no le molestara durante la contienda. Cuando esta se dio la vuelta, ambas mujeres la contemplaron embelesadas. No eran capaces de distinguir dónde acababa Meribeth y dónde comenzaba la guerrera.

De no haber estado presente durante la transformación, habrían dicho que se trataba de otra mujer diferente. Meribeth cogió sus recién confeccionadas flechas, las introdujo en su carcaj y se lo colocó a la espalda. De ese mismo cofre, sacó un segundo carcaj y otro montón de flechas iguales y las colocó sobre el otro hombro a la espalda. Un cincho se anudaba sobre su diminuta cintura y caía sobre sus caderas y ahí es donde la daga de la muchacha tendría su lugar de residencia. Finalmente, sacó su maravilloso arco largo de madera de avellano.

Fuera, los hombres se miraban unos a otros pendientes y alegres.

Más de uno había sido ayudado con las armas por la joven muchacha y estaban felices por ella. Al fin podría compartir con todos la misma pasión que ponía en la lucha de su padre y los guerreros de este.

Muy poco tiempo después de haberse marchado, por la puerta del castillo, aparecía de nuevo la resplandeciente joven acompañada de sus dos damas. Meribeth, en primera fila, iba seguida de Martha y Annabella. Absolutamente todas las miradas quedaron enfocadas en ellas, sobretodo en la primera.

Nadie había visto jamás esas ropas. Meribeth tenía mucho cuidado en sus entrenamientos, nadie la había visto nunca pues no quería que su padre se molestase con ella. Ahora, aunque un poco preocupada por lo que tanto este como su madre pudieran pensar al respecto, se mostraba muy segura de sí misma. No tenía miedo alguno ni a la batalla ni a una posible represalia posterior.

Lori se tapó la boca con ambas manos para que no escapara de ella una sonora carcajada. Debería haber previsto algo así por parte de su hija, sin embargo, se le había escapado.

Sebastian permanecía perplejo al igual que el resto de los hombres y no supo si enviarla de vuelta a sus habitaciones y castigarla de por vida o invitarla a formar parte activa de sus filas.

Alex la miraba embelesado, con los ojos tremendamente abiertos por la sorpresa y con una ridícula sonrisa bailándole en los labios. Si antes sentía admiración por esa joven, ahora no solo tenía ese sentimiento por ella… deseo, pasión y lujuria eran unos cuantos que perfectamente podían acomodarse a sus pensamientos en aquellos momentos. Por un instante, deseó matar a todos los hombres que en aquel momento estaban admirando sus curvas y sus interminables piernas. Cerró los ojos extasiado, al pensar en estas rodeándole la cintura mientras él la hacía suya una y otra vez. Hacía que se plantease de nuevo tanto la venganza a los suyos como la ayuda para acabar con ese malnacido de Igor. Lo único que en esos momentos deseaba era meterla en un saco, montarla en su negro corcel y llevársela muy lejos de allí.

Si todas las mujeres guerreras vestían de esa forma, muy pronto los batallones de hombres quedarían reducidos a la nada. Legiones enteras de guerreras conquistarían los países sin miramiento alguno.

Meribeth descendió la escalinata con fuertes pasos, postura recta, cabeza erguida y segura de sí misma. Sin pensarlo un instante, se dirigió hacia su padre. Al llegar hasta él, hizo una sutil reverencia.

Lori se reunió en la escalinata con el resto de mujeres, dispuesta

a sentarse y disfrutar de una buena pelea. Fue idea de Annabella entrar a las cocinas y dar aviso a todas las mujeres. Debían ver a su hermosa hermana ganar, una tras otra, todas las contiendas que su padre le encomendara. Así pues, más de una docena de mujeres se hallaban absortas en la escalinata.

Sin esperarlo, de pronto, un grupo de hombres jóvenes comenzó a vitorear a la joven muchacha y a infundirle ánimos.

Sebastian se giró para comprobar de quién se trataba. Eran chiquillos, habitantes de aquellas tierras que acababan de comenzar su formación como guerreros. Seguro que su hija Meribeth había estado ayudándoles y por ello le profesaban tanta admiración. Más tarde hablaría con ellos, o mejor dicho, hablaría con su hija.

Por el momento, viendo su cara de satisfacción y el brillo de sus ojos azules, tan iguales a los de su abuela lady Violet, desistió por completo de la idea de dejar esos absurdos juegos de guerra para otro momento. Si Meribeth quería demostrar quién era, ese iba a ser su momento.

XIII

POR FIN, MI VALÍA

Meribeth aguardaba, como buena guerrera, que se indicara por dónde iban a comenzar y en qué aspectos de la batalla se iban a medir.

Un corro de hombres la rodeaba en esos momentos, en el más estricto de los silencios.

Sebastian indicó en voz alta y clara que la primera contienda en la que se enfrentarían seria el arco. Así pues, dispuso que se pusieran distintos blancos a lo largo del campo y en distancias diferentes. Lo primero que harían sería disparar hacia ellos, de uno en uno.

—El primero será fijado a diez pasos y se irá alternando el lanzamiento de las flechas de Alex y las de Meribeth. El siguiente se colocará a veinte pasos y el tercero será un disparo hacia un blanco en movimiento. Aquel de los dos que logre el blanco más certero en las tres dianas, será proclamado vencedor. —Sebastian había hablado lo suficientemente alto como para que todos los allí presentes se dieran por enterados de las reglas.

La mayoría de los guerreros ya daban como ganadora a Meribeth, sin embargo, faltaba ver cómo se defendía Alex antes de llegar a una conclusión.

—¿Quién será el primero en lanzar? —preguntó Alex

—Mejor que empieces tú —dijo Meribeth—. Alguna ventaja habré de darte—. La socarronería de la joven hizo que algunos de los hombres de su padre rieran por lo bajo.

—Gracias, mi señora —dijo Alex, viendo cómo ella se preparaba para su tiro—. Creo que la voy a necesitar —añadió en voz muy baja, arqueando las cejas. Ya había visto cómo resultaban las heridas de su contrincante y su brazo estaba recién curado y cicatrizando. Esperaba poder estar a la altura pero estaba claro que había elegido una oponente muy buena y muy dura. Él se defendía muy bien con el arco, no en vano había estado usándolo desde muy temprana edad para poder llevar comida a su mesa, no obstante, la expectación allí creada hacía mermar sus sentidos de alerta. Debía reconocer que estaba un poco nervioso ante tal circunstancia. Si Meribeth era una guerrera de tal valía, se había equivocado en su elección.

Alex se preparó, se tomó un momento para relajar su respiración

y lanzó su primera flecha. Un lanzamiento certero, en pleno centro de la diana. Un gran grito de ovación, por parte de todos los guerreros allí congregados se escuchó en apoyo al joven muchacho.

De nuevo silencio.

Meribeth tomó una de las flechas del carcaj de la derecha y, mojando su dedo pulgar con un poco de saliva, tocó la suave pluma que culminaba la flecha para que su lanzamiento fuera más efectivo.

No hacía apenas viento y debía de ser perfecto. Aguantando la respiración, disparó su arco con fuerza y, dibujando un semicírculo en el cielo, la flecha se acercaba a la diana para llegar a clavarse justo en la flecha de Alex, dejándola abierta en dos mitades. La joven sonrió por su logro y al levantar la vista, un grito de ovación hacia su persona, proveniente de todas las mujeres allí congregadas, hizo que estallara en una agradable carcajada.

Discretamente miró hacia su padre, esperando alguna señal a su acción. Sin embargo Sebastian, fiel a su estilo, no emitió sonido alguno ni gesto que delatara sus sentimientos. Sin más, dio orden para que prepararan el siguiente lanzamiento.

Esta vez, sería Meribeth la primera en lanzar. Iba a ser mucho más fácil, no había ninguna flecha a batir, así que cogió otra de sus suaves flechas, la colocó en su lustroso arco y disparó dando de nuevo en el centro de la diana. De nuevo una ovación, esta vez tanto por parte de las mujeres como de los jóvenes muchachos. Meribeth sonrió complacida y miró desafiante a su contrincante.

Para añadir un poco de teatralidad al evento, este se dirigió a su posición de lanzamiento. No sin antes pasar por delante de la joven, lanzándole una penetrante mirada, haciendo una graciosa reverencia y rodeándola para acabar yendo hacia donde estaban todos sus seguidores. Estos, al tenerlo a su lado y para infundirle confianza a su jefe, gritaron una exclamación en gaélico: "*Neart. Tapachd. Misneachd*".

El joven se preparó lentamente y, tras mirar sinuosamente a la joven de arriba abajo, lanzó con fuerza su flecha. Fue a parar justo al lado de la lanzada por Meribeth. No la había desplazado de su sitio pero, de nuevo, ambas flechas tenían la punta clavada en el centro exacto de la diana.

La joven miró furiosamente a Alex, bien, era certero en sus lanzamientos pero sin duda ella resultaría vencedora en ese enfrentamiento. De eso no le quedaba la menor duda.

Ambos contrincantes se dispusieron en el centro del círculo creado por los allí presentes, apoyando espalda contra espalda. Un

leve escalofrío recorrió el cuerpo de la joven y la hizo sonrojar al notar la musculatura del joven Laird a través de toda su ropa.

Acostumbrada a su peculiar vestimenta y a su uso para el entrenamiento, no lo estaba tanto para tener la cercanía de una persona del sexo opuesto, menos aún si esa persona era tan apuesta como el que tenía a su espalda. Subyugada por la atracción que sentía hacia él, su cuerpo tembló sin remedio.

—No debéis tener miedo, mi señora —dijo el joven, notándolo.

—Habéis malinterpretado mi temblor. No es miedo, sino euforia lo que recorre mi cuerpo al saberme ganadora de esta insignificante lucha. —Antes muerta que admitir abiertamente la atracción que sentía hacia él o mentir reconociendo un temor que no existía.

—Bien, vamos a comprobarlo. Os aconsejo que os mostréis atenta. No sabemos de dónde pueda aparecer el blanco móvil.

—Os aconsejo exactamente lo mismo. —La joven rozó el cuerpo de Alex con sus nalgas y este, a sabiendas de sus intenciones, se guardó para sí aquello que le habría dicho. Debía estar atento, como él mismo había recomendado, pero la proximidad de la joven lo ponía sustancialmente nervioso.

De repente, el graznido de un pájaro hizo que ambos se pusieran en tensión a la espera de vislumbrar el paradero de su nuevo objetivo. Meribeth fue la primera en verlo sobrevolar su cabeza y no solo disparó rápidamente una certera flecha sino también una segunda que atravesó de nuevo el cuello de la pobre ave. Esta cayó al suelo inerte, dando así por finalizada aquella contienda y situando como vencedora a Meribeth.

Todos los allí congregados estallaron en vítores y ovaciones hacia la joven que, entusiasmada por lo ocurrido, lucía una enorme sonrisa de oreja a oreja.

Sebastian levantó su brazo con la mano cerrada en un puño para que todos volvieran a guardar silencio.

—A continuación, ambos se medirán en una lucha cuerpo a cuerpo. No podrán usar armas de ningún tipo en esta contienda. Únicamente sus cuerpos pueden usarse como defensa o ataque. ¿Entendido?

—Sí, mi señor —dijeron los dos al unísono.

De nuevo se encontraron ambos situados en el centro del círculo, esta vez cara a cara y preparados para ver quién sería el primero en atacar.

Meribeth sonrió, abrió sus piernas en guardia y agachó un poco el torso para esperar el ataque del muchacho y bloquearlo de inmediato.

Alex la miraba extasiado. ¡Cómo había cambiado la joven, al desprenderse de esas recatadas prendas y cómo lo atraía esa Meribeth luchadora y en guardia!

¡Nunca…! Jamás en su vida se había sentido así por una mujer, pero claro, hasta ahora no había conocido a ninguna como la que tenía enfrente.

El joven se adelantó rápidamente para atacarle por sorpresa pero esta pudo zafarse a tiempo de la embestida y no llegó a rozarle el brazo. En ese momento la joven, que se había recompuesto con mayor rapidez, atacó al joven y, cruzando su pierna derecha por entre las dos de su oponente, logró desequilibrarlo y lanzarlo fácilmente al suelo.

Él, por supuesto, no se esperaba que ella supiera desenvolverse de aquella manera. Levantándose del suelo y sacudiéndose la arena de sus ropas, emitió una carcajada socarrona que resonó en todo el patio de armas. De nuevo todos sus seguidores lanzaron la misma oración en gaélico para darle fuerzas: *Neart. Tapachd. Misneachd*.

La joven se lanzó rápidamente hacia Alex para cogerlo desprevenido, le agarró de un brazo y, con todas sus fuerzas, lo tiró hacia delante para que volviera a besar el suelo. Sin embargo esta vez, esperando la embestida, se recompuso y la sujetó también por el brazo.

Y allí estaban uno frente a otro, tirando cada uno hacia un lado y sin dar ninguno su brazo a torcer.

La mujer tenía fuerza, inesperada e inexplicablemente… más de la que él suponía. Le estaba resultando extremadamente difícil derribarla.

Alex tiró con fuerza hacia él para desestabilizarla, sin embargo, la joven dio una vuelta sobre él y, pasándole por encima de la espalda, logró tirarlo hacia atrás venciendo todo su cuerpo para así volver a tirarlo de espaldas al suelo. Un sonoro golpe del joven chocando contra el suelo, resonó por todo el patio de armas. Cuando Meribeth, que había quedado de rodillas por el esfuerzo, se incorporaba… de nuevo vociferaron las mujeres, los muchachos y además muchos de los hombres de su padre, incluyendo a su hermano entre todos ellos.

Miró al hombre tumbado en el suelo y le tendió la mano. Sabía que debía estar como mínimo dolorido por el golpe, sin embargo, Alex seguía luciendo una gran sonrisa en los labios cuando tomó la mano de la joven.

—¿Es lo mejor que puedes defenderte? —se mofó con cierto descaro.

—Pues… lo cierto es que no me estoy esforzando lo más mínimo. —Movió el cuello hacia ambos lados y estiró cuanto pudo la espalda. Tenía dolor, pero antes moriría que lo reconocería.

—¿No lo estaréis haciendo por mí, verdad? —dijo Meribeth con fingida inocencia—. Porque sin duda, puedo con algo más que con un muchacho que apenas se defiende. ¿Deseáis acaso un momento de descanso? —preguntó con las manos en las caderas.

—Ni por asomo, tan solo estaba con el calentamiento.

Alex se dirigió hacia donde estaba la joven muchacha y en tres simples zancadas la tenia retenida, pegada a su cuerpo y sujeta por los brazos. A pesar de ello, la joven no se movió del sitio, ni pestañeó cuando se vio atrapada entre esos dos musculosos tentáculos. Esto sorprendió sobremanera al joven laird.

—No sé si recordareis que os dije que mi madre había formado parte de mi adiestramiento en la lucha —dijo la joven, ladeando un poco la cabeza.

—Lo recuerdo —dijo Alex frunciendo el ceño pues no entendía el porqué de la aclaración justo en aquel momento.

La joven muchacha aprovechó la ocasión para levantar su rodilla derecha y darle un fuerte golpe en la entrepierna al joven muchacho. Obviamente quedó dolorido y de nuevo de rodillas. En esa zona no llevaban protección alguna los guerreros escoceses y Alex, que había pecado de ingenuidad con Meribeth, al suponer que manteniéndola amarrada en sus brazos no sabría como desentenderse de la situación, volvía a estar de nuevo besando la arena del patio de armas.

La muchacha dio un paso atrás para dejar que se incorporara. Esta vez, cuando alzó la mirada, el semblante de él no era el mismo; ya no tenía gracia alguna esa disputa y ya no iba a dejarse amedrentar ni una sola vez más. Si esa niña quería participar activamente en una lucha, Alex le demostraría que no en vano era el comandante en jefe de los miembros de su clan.

Se dirigió rápidamente hacia ella pero esta dio una voltereta sobre el muchacho, apoyó los brazos en el suelo y pasó de largo ante la embestida del joven. Los pies de esa muchacha no paraban de bailotear de un lado para otro. Si tan solo hubiera estado quieta durante unos instantes, él habría podido centrarse y cogerla.

Meribeth también había comprendido que eso era justo lo que Alex buscaba, apresarla para no soltarla más y así ganar la contienda. Fue por ello que tomó impulso y se dedicó a dar vueltas sin parar en torno al muchacho, esperando el momento propicio para asestarle un buen golpe y dejarlo por fin fuera de combate.

Él intentó centrarse y en más de una ocasión adelantarse a los movimientos de su contrincante pero era imposible.

Un golpe seco, pensó Alex. Con la fuerza de su brazo, asestándole un buen golpe, justo en el diafragma, dejaría sin respiración a la joven doncella y lograría salir victorioso al fin.

Esperó y calculó la distancia para que no fuera un golpe erróneo una vez más y, cuando la tuvo a su alcance, golpeó con todas sus fuerzas la parte delantera de su improvisado corpiño.

Para desgracia del joven laird, cuando ella confeccionó esos ropajes, ya había previsto un ataque semejante. La fina capa de acero entre el cuero amortiguó dicho golpe.

El joven soltó un grito de dolor y sujetó su dolorida mano con la otra, mirando con un grave tono de desafío a la muchacha. No es que hubiera jugado sucio, ella se defendía como podía. Sin duda había sido muy astuta pero él podría acabar con ella.

Sin dejar pasar más que un momento para que el dolor mermara, el joven lanzó otro ataque con los puños cerrados.

De nuevo los canticos de los hombres de Alex formaron parte de la contienda y lograron hacer que Meribeth perdiera por escasos momentos la concentración. ¿Que podrían estar diciendo con esas canciones? *Neart. Tapachd. Misneachd*. Una y otra vez. No sabía que decían pero lo cierto es que estaban envalentonando a su contrincante y tendría que volver a su concentración inicial.

—¿Qué demonios corean tus hombres?

—¿Por qué? ¿Acaso te molesta?

—En absoluto —dijo Meribeth, saltando de nuevo hacia atrás para evitar otro ataque—. Pero he de reconocer que me mueve la curiosidad.

—Es una frase que decimos en mi clan cuando necesitamos infundirnos ánimos los unos a los otros. Lo decimos tantas veces seguidas que es como una canción.

—¡Oh, qué bonito! —dijo la joven, lanzando un puñetazo al rostro del muchacho y acertando de lleno en la barbilla—. Y… ¿podríais traducir lo que dicen?

—Fuerza. Valor. Coraje.

Aprovechando unos momentos de vacilación de la joven, Alex logró cogerla por un brazo y dando la vuelta sobre ella misma en un giro de ciento ochenta grados, logró apoyar la espalda de ella en su torso. Esa situación la habían vivido momentos antes, pero ahora él ya sabía cómo podría reaccionar. Aun así, Meribeth no se iba a dejar vencer.

Fuertemente la apretó con un brazo sobre la cintura y con el

otro por la parte del cuello, dejando a la joven completamente a su merced. Ese despiste podría haber llevado a Meribeth a perder el envite, sin embargo, recordó cómo en una ocasión vio que en los guerreros de su padre había sucedido algo parecido. Se recordó a sí misma que todavía le quedaba la boca para luchar. Así pues, mordió con fuerza la mano que la sujetaba por el cuello y cuando la hubo soltado, aprovechó para girar sobre Alex y pasarle los brazos de este por detrás. Alex se recompuso como pudo y, aún con su mano ensangrentada por el mordisco, logró coger a la joven de un brazo y una pierna y lanzarla finalmente, haciendo que esta aterrizara boca abajo en el suelo.

No iba a dejar que acabara de aquella manera y se acercó rápidamente hacia la muchacha antes de que esta pudiera levantarse. Meribeth, viendo que se acercaba a ella, logró ponerse de cuclillas y, cuando tuvo cerca a su contrincante, volvió a asestarle otro golpe en la mandíbula que le hizo recular unos pasos. Pero esta vez no fueron suficientes y, cuando Meribeth ya se encontraba recompuesta de su ataque, sintió como un improvisado puñetazo le hacía volar la cabeza hacia atrás. Sin duda alguna, no esperaba ese golpe y cayó al suelo.

Levantándose como pudo un instante después, se mantuvo firme en su posición a la espera de otra embestida pero, cuando Alex iba a acercarse a ella, una voz grave a sus espaldas lo detuvo.

—¡Basta! —Sebastian fue quien gritó la orden.

—Pero padre…

—Creo que ya hemos visto suficiente. Y creo que ha quedado bastante claro que sabes defenderte perfectamente.

—Señor…

—Quiero hablar con ambos. —Dicho esto, se dio la vuelta y se encaminó hacia el castillo a pasos agigantados.

Algo había quedado claro, Meribeth no era una doncella en apuros. Ella era la reina de las guerreras. ¡Su guerrera!

XIV

RECONOCIMIENTO

En la sala familiar, Meribeth y Alex aguardaban a que Sebastian les dijera qué estaba pensando en aquel momento.

Ninguno entendía por qué había detenido el enfrentamiento y ambos se creían vencedores del mismo. Sin embargo, el líder había sido muy claro. Debía hablar con ambos.

—Alex… —comenzó a decir con rictus serio y manos unidas a la espalda—. No sé si vuestro proceder en una batalla es lo que nos habéis demostrado ahí fuera o si vuestro comportamiento ha sido tal por estar enfrentándoos a una mujer. Sea cual fuere el caso… ha sido desastroso. Dudo que siguiendo por ese camino lleguéis a ser un temido guerrero de las Highlands. —Meribeth se tapó la boca discretamente con la mano pues una sonrisa poco agradable asomaba sus labios—. Y tú —se dirigió a ella—, has tenido demasiada suerte esta mañana. De haber tenido enfrente un combatiente más experimentado o con mayor grado de concentración seguro que el resultado no habría sido el mismo. De igual forma, he de decirte que si os hubierais batido con las espadas, no habrías tenido nada que hacer. De sobra sabes que con tu tamaño no puedes conducir como corresponde un arma tan grande y pesada. Las espadas de doble filo no están hechas para las mujeres. Sí —dijo Sebastian, levantando la mano para evitar que su hija dijera una sola palabra—, ya sé que eres también muy diestra con tu daga, querida niña, pero me temo que eso no es suficiente. No obstante, he de decirte hija mía que estoy muy orgulloso de ti. Sin duda alguna, sabes desenvolverte en una lucha y tu capacidad con el arco es envidiable. Tenías razón cuando me dijiste que eras incluso mejor que algunos de mis hombres, a la vista está que eso es cierto —dijo señalando en dirección al joven Alex De Sunx. Sin querer, Sebastian ya lo había admitido entre sus filas y ese gesto logró sacar una sonrisa al joven muchacho—. Pero sigo siendo de la misma opinión. No creo que sea conveniente que te incorpores a mis filas de guerreros. No al menos como algo habitual.

—Pero padre…

—Admito que si tenemos problemas, tú serás encargada de ayudarnos con tus flechas y puedo consentir, incluso, que luches a nuestro lado si así lo requiere la ocasión y tenemos que salvar la vida de los nuestros pero, bajo ningún concepto, vendrás a formar

parte de mis batallones si somos requeridos para alguna contienda con nuestro rey. ¿Ha quedado claro?

—Sí, padre. —Bueno, podía conformarse con eso. Había pasado de formar parte de una mujer más a cargo del castillo, siempre en segundo plano, a formar parte activa en una contienda en caso de ser necesaria. Por el momento era más que satisfactorio, más aún cuando su padre había reconocido su valía ante el joven De Sunx.

—Si os he pedido que vinierais, es porque viendo como os desenvolvíais tanto con el arco como con la lucha, creo que podríais formar una agradable pareja —expuso Sebastian sonriendo.

—¿Una agradable pareja, padre? —Meribeth sintió que se sonrojaba hasta en las raíces de su pelo. ¿Tan obvio había resultado la atracción que sentía por ese joven?

—No sé si alcanzo a entenderos, mi señor —dijo Alex un poco perturbado, mirando de reojo a Meribeth. Era cierto que había mirado de forma especial a la joven, pero… ¿tanto como para que llegara a atisbar la admiración y el deseo que sentía hacia tan hermosa mujer? Sin duda, aquel lord era un hombre muy observador y tal vez él había sobrepasado el límite con las miradas.

—Seré más explícito. Ambos formareis una pareja de líderes. Tendréis a cargo a los guerreros que Alex ha traído consigo y entrenareis también a los jóvenes de la zona que quieran formar parte de nuestros batallones.

—¿Queréis que trabajemos juntos? —preguntó Alex, exhibiendo una enorme sonrisa de alivio. Después de todo, no era lo que él se había temido.

—Sí, así es.

—¿Y creéis que eso es lo más oportuno, padre? —preguntó Meribeth sin estar segura del éxito de aquella propuesta. La cercanía con ese muchacho… No sabía si entrenando codo con codo con él, sacaría el mejor partido a sus habilidades.

—Sí, así lo creo. Empezareis a trabajar juntos mañana mismo. No hay tiempo que perder. Debemos estar lo más preparados posible ante un supuesto ataque.

—Sí, señor —dijeron los dos al unísono.

—Bien, he de volver con mis hombres. —Sin más, se encaminó hacia la entrada del castillo donde, sin duda alguna, sabía que esperaba Lori, escuchando toda la conversación—. Sabía que estarías aquí, mujer.

—No fui invitada a la reunión pero me interesaba saber qué tenías pensado.

—¿Y bien? ¿Qué opinión te merecen mis palabras?

—Has estado muy acertado. Creo que esos dos trabajaran muy bien juntos —dijo Lori.

—Mujer, que necia eres en ocasiones. Esos dos puede que hagan bien alguna cosa, pero trabajar… Eso será complicado.

—Ahora sí que no entiendo tus palabras.

—Resulta obvia la atracción que sienten el uno por el otro sin embargo, por lo que he podido ver, ambos son muy competitivos. Les vendrá bien pasar tiempo juntos. Aprenderán mucho más que por separado.

—¿Y si de verdad se atraen, Sebastian? ¿No lo ves peligroso?

—En absoluto, querida. Si la atracción que se tienen es provechosa, formarán una atractiva pareja.

—¿Y si no lo es?

—En ese caso, siempre puedo matar a ese joven muchacho y hacerlo desaparecer de nuestras vidas. No dejaré que nadie le haga daño a mi niña. —Sebastian rodeó con ambos brazos a su esposa y, atrayéndola hacia sí, la besó con todo el amor que sentía por ella.

Ambos muchachos paseaban la mirada el uno hacia el otro pero ninguno decía nada. Pronto Meribeth reparó en la herida sangrante de Alex y quiso tomar medidas para curarla.

—Sentaos en este banco —ordenó inmediatamente—. Voy a curaros. —Meribeth ya estaba pensando en todo aquello que necesitaba, casi ignorando cuanto el joven exponía. Era tal la obsesión que tenía con plantas curativas, ungüentos y tisanas… que no desperdiciaba cualquier oportunidad de ejercer como curandera, aunque el mal a curar fuera una nimiedad.

—No hace falta. Es una herida leve. —Instintivamente Alex escondió su mano. No le hacía mucha gracia que nadie le curase una herida que podría haber sido infligida por un niño, menos aún ella.

—Bueno, como vos queráis. Si luego perdéis la mano por vuestra cabezonería no me culpéis —dijo restándole importancia al asunto. Seguramente esa sería la única manera que tenía de hacer que el joven diera su brazo a torcer.

—No voy a perder la mano por un mordisco, niña insolente.

—Os sorprenderíais de lo que he visto a lo largo de mis años como curandera. —Meribeth se dio la vuelta para dirigirse a sus aposentos mientras sonreía de una manera abierta. Estaba metiéndole miedo en el cuerpo a ese joven.

—Está bien, curadme si tanto insistís. —El joven, como si de un niño obediente se tratara, se dirigió al banco que le había indicado momentos antes y se sentó con la mano extendida hacia ella.

—Esperadme un momento. Voy a la cocina a por unos utensilios. Necesito además mis ungüentos, esa mano va a requerir de una dura cura. No temáis, yo me ocuparé y no la perderéis, al menos por esta vez.

Salió de la sala familiar con una enorme sonrisa en el rostro e, inmediatamente ya estaba de regreso. Encontró al joven en la posición exacta en la que lo había dejado, sin moverse un ápice. Rápidamente y con gran maña, procedió primero a limpiar la herida con agua fría. No había tiempo de ponerla a hervir.

—Y decidme —dijo Alex—. Cuando entrenemos, ¿tendréis por costumbre vestir de esa forma?

—Sí, así lo haré. Es mi ropa de entrenamiento. De todas formas… no veo qué puede importaros.

—Podéis molestar, o peor aún, distraer a los jóvenes.

—Si mis ropas son o no ajustadas, no es de vuestra incumbencia. En cuanto a ellos, deberán verme como a una superior, o una igual si así lo desea mi padre. Irán a entrenar, no a controlar mis ropajes.

—Creo que estáis equivocada a ese respecto.

—Me es indiferente. No os mováis, voy a limpiar la herida con manzanilla. Después os pondré un ungüento que, aunque huele francamente mal, es muy efectivo. Os aliviará el dolor y la quemazón.

—No me duele tanto.

—Ya lo veo —dijo la joven, observando la mueca que había hecho al sentir el contacto de la tisana en su piel. Lo cierto era que el mordisco había sido bastante importante. La herida cicatrizaría en breve pero era seguro que le iba a quedar una marca—. Os la taparé con unas telas para que cure mejor. Procurad no mojarla en un día al menos y mañana os la volveré a curar.

Alex miraba embelesado a la muchacha, no podía apartar la mirada de esos labios rosados y carnosos. No sabía por qué se sentía tan fascinado por ella. Normalmente le atraían las jóvenes desvalidas y necesitadas de alguien que las guiara, le gustaba sentirse importante y necesario y… esa joven no era ninguna de las dos cosas. Desde luego sabía defenderse solita, podía dar fe de ello.

Ella, del mismo modo, cada vez sentía una fuerza mayor hacia Alex y, en su barriga, un hormigueo cada vez más fuerte y constante la devoraba. Sabía que la estaba mirando detenidamente y la falta de conversación la acaloraba. Debía darse prisa en acabar, le faltaba concentración. Levantó la mirada lentamente y, mirando esos ojos grises, se sintió completamente hipnotizada. Ambos jóvenes sintieron que algo tiraba de ellos, algo nacía en su interior y

les indicaba que debían ser el uno para el otro. Ninguno sería capaz de resistirse a ese hecho.

Ella se incorporó al tiempo que él se levantaba del banco. Tomó a la joven por los codos con la intención de no dejarla escapar sin probar esos hermosos labios que, entreabiertos, esperaban los suyos. Así pues, ambos se unieron en un tierno e interminable beso que los desarmó sin remedio. Meribeth, pese a ser el primero y no tener experiencia, lo acogió con ganas mientras Alex evitaba ser brusco con ella mientras lidiaba con la pasión que lo consumía en aquellos momentos.

Esperaba fervientemente que no hubieran comprometido a esa joven con nadie porque la quería para sí mismo. La raptaría si era preciso.

Kendrick subió a sus aposentos para cambiarse de ropa, se había esforzado al máximo en el entrenamiento con sus hombres y olía a sudor. Así pues, antes de bajar a la cena se asearía un poco.

No percibió que lo seguían por la escalera. Entro y cerró la puerta a sus espaldas para escuchar que alguien las volvía a abrir de nuevo. Su asombro fue mayúsculo cuando, al volverse, comprobó que era Iona la que estaba en su habitación, mirándolo fijamente y apoyando su espalda contra la puerta que acababa de cerrar.

—¿Qué demonios haces aquí, Iona?

—¿Qué demonios me has hecho, Kendrick? —Era la primera vez que la joven usaba el nombre del caballero y rompía el protocolo… a él le encantó oírlo—. ¿Que has hecho conmigo?

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado pues no entendía el porqué de dicha pregunta.

—¿Qué tipo de conjuro malévolo has usado para que esté tan pendiente de tus pasos y de tus palabras? —La franqueza con la que hablaba la joven y lo directa que estaba siendo al hablarle de sus sentimientos, no daban pie a medir las respuestas.

—No he usado ningún conjuro, mujer —respondió acercándose a ella lentamente mientras podía escuchar a la perfección cómo la bella dama emitía pequeños susurros con su nombre—. Pero me agrada saber que al fin, reconoces nuestra atracción.

—Ciertamente eso es, atracción. Más aún, deseo, si así quieres llamarlo. Nunca en toda mi vida me había sentido de igual forma con nadie. Es como si una fuerza me empujara a tus brazos y yo, ni pudiera, ni quisiera resistirme a ella. Kendrick, ¿qué has hecho conmigo?

—Ni yo mismo lo sé, Iona. He de confesarte que a mí me ocurre exactamente lo mismo. Deseo sentirte mía por completo, deseo sentir tus labios, tus caricias, tus manos recorriendo mi cuerpo. Necesito saber que no se trata de algo momentáneo o pasajero, que no es un espejismo que se vaya a borrar de la noche a la mañana.

—Ni yo misma lo hubiera expresado de mejor manera. Y, pese a que ya me han advertido sobre tus floridas palabras y tu común forma de actuar, y no me cabe la menor duda… las dices porque requieres de mí una sola cosa, no soy capaz de decir que no a mi cuerpo. Mis sentidos me piden una y otra vez que me ames con pasión y que yo corresponda de igual forma a ese amor. Kendrick, sentirás que soy osada y que no soy una buena mujer por decirte todo esto pero créeme, cuando te digo, que soy doncella y que jamás he yacido en brazos de otro hombre.

—Y aun así, ¿has venido a mí y me has confesado tus sentimientos? ¿Aun sabiendo que, una vez cruzaras esa puerta y estuvieras en mi habitación, no habría forma de que yo te dejara marchar? —Kendrick se acercó los dos palmos que le separaban de la muchacha y, en cuanto ella asintió con la cabeza, la tomó en sus brazos—. Iona, jamás pertenecerás a ningún otro hombre.

Con esas sencillas palabras, Kendrick aceptaba no solo el destino de la joven muchacha sino el suyo también. Sabía que nunca podría separase de ella después de eso y la idea, sorprendentemente, lo atraía sobremanera.

Al fin podría recorrer su cuerpo con las manos, sentir su calor, sentir su deseo. Al fin podría amarla como tantas y tantas noches había soñado. De nuevo el rubio vello de su nuca se erizó. Estaba claro que la proximidad de la joven y las expectativas que tenia de esa noche con ella, provocaban en él sensaciones incontrolables.

Kendrick miraba fijamente a la joven muchacha y no se decidía a dar el primer paso. En cierto modo temía que se arrepintiera. Iona debió intuir el porqué del titubeo del joven y decidió ser ella quien diera el primer paso. Rápidamente tiró de la nuca de su amante y aproximó sus labios a los de ella, haciendo que él los tomara por completo. Era un beso lleno de deseo y frustración por tanto tiempo pasado sin el calor de esa joven muchacha a la que deseaba con todas sus fuerzas. La apretó con fuerza contra su torso para no dejarla escapar y la levantó, como si de una pluma se tratara, para llevarla hasta su cama. Su primitivo deseo le indicaba que lo mejor era tirarla sobre las pieles y amarla como nunca jamás había amado a otra mujer pero, por una vez en su vida, hizo caso omiso a ese instinto y, lentamente y con suavidad, la depositó en su lecho. El

joven levantó la mirada y comprobó cómo sus labios se habían inflamado por sus ardientes besos y le encantó verla en aquellas condiciones, con el pelo revuelto y tendida sobre sus pieles a la espera de convertirse en suya.

—Iona, si tienes pensado arrepentirte de esto en algún momento, he de decirte que este es el indicado. Y espero fervientemente que no sea así, no deseo parar hasta haberte convertido en mi mujer.

—No deseo parar, Kendrick. Quiero ser tuya ahora.

El joven no necesitaba más para seguir adelante. Había anhelado aquello durante tanto tiempo que, ahora que se hacía tangible, debía ser cauto y complacer a su mujer. Esta no iba a ser una relación como las de antaño, esta iba a ser verdadera. Al menos hasta que su futuro estuviera resuelto.

Rápidamente despojó a la joven de su tartán y su sobreveste, dejándola únicamente con una fina tela de algodón que llevaba como ropa interior. Estaba preciosa sin nada más que esa prenda de brazos caídos. Se podía apreciar la suavidad y la calidad de la piel blanca de la joven. Incluso podía sentir los escalofríos que la recorrían, al notar sus caricias. Iona pasó sus manos una y otra vez por el torso desnudo y musculoso de su joven amante y exclamó lo mucho que lo deseaba.

Kendrick necesitaba morder sus labios, deseaba saborearla. Su olor era penetrante. Olía a flores. Sin duda había estado trabajando en los jardines aquel día. Ella, inconscientemente, ladeó el cuello para que accediera mejor con sus besos. Ambos temblaban de emoción. El deseo los consumía. Iona quiso despojarse de toda su ropa. Afortunadamente había lumbre encendida en el cuarto y las pieles ayudarían a cubrir su recatada desnudez pero deseaba que Kendrick la viera completa, deseaba oírle decir lo hermosa que era y lo mucho que la deseaba. El joven, sin embargo, sabía que aquello no era solo deseo, era amor. Amor del bueno. Y deseaba que la joven fuera conocedora de ello. No quería que pensara que sería una más en su lecho. Se detuvo un instante entre besos y le hizo saber sus sentimientos, habían de reconocerlo, entre ellos se había formado un vínculo especial. La joven tampoco se atrevió a negar lo evidente. Ella también estaba completamente enamorada. Él era su primer amante y sería su marido aun sin pasar por el sacerdote. Kendrick se despojó de sus botas y de sus calzones y se tendió sobre la joven. Aquella sonreía y lo miraba completamente embelesada. Palabras de arrullo y de amor escapaban de los labios de ambos amantes. Kendrick le prometió una y mil veces que no le haría daño, que no se preocupara, que solo sería un pequeño dolor

momentáneo. La joven, absorta en su mirada y húmeda por el deseo, no sintió más que un placer infinito. Ahora podía sentirlo por completo. Él era suyo así como ella sería de él. Kendrick repetía una y otra vez lo mucho que la amaba, lo mucho que la deseaba. Le prometió una y mil veces que cuanto sucediera entre ellos sería para siempre. A partir de ese momento Iona dormiría con él todas las noches. Kendrick se negó a seguir con el juego amoroso a no ser que la joven le asegurara que así sería. Cuando, vencida por la excitación del momento, aseguró que haría cuanto él quisiera… este comenzó a moverse dentro de ella, bombeando lentamente al principio para acelerar el ritmo después.

Iona clavó sus uñas en los hombros de su amante pues pensaba que, de poder ser, moriría de puro placer.

Solo cuando Kendrick se hubo asegurado que la joven había llegado al éxtasis entre sus brazos se dejó ir. La forma en que Iona repetía su nombre una y otra vez y lo llenaba de besos, le decía que todo había sido como ella se merecía. A partir de ese momento sería suya, nada ni nadie iba a separarlos. Había sido maravilloso. Todo aquello que el joven había buscado desde que empezó a experimentar con mujeres. Ya no deseaba a nadie más en su vida que no fuera ella. Cuando volviera a casa, se la llevaría. No podría discernir otro día sin su voz y su sonrisa a su lado. Y ni podía pensar siquiera en las noches en solitario sin su cuerpo caliente bajo sus pieles. No, ahora todo había cambiado. Ahora sería responsable de sus actos y de su mujer.

La joven quedó dormida plácidamente en sus brazos, ya no pensaba moverse de allí.

XV

UNA VISITA INESPERADA

Unas semanas más tarde, los entrenamientos ya habían vuelto a ser monótonos y cada uno de los líderes tenía un grupo bien perfilado.

Lo más complicado era el mantener a Meribeth y al joven Alex a raya. Ambos mantenían en una constante lucha por demostrar quién era el mejor.

Muy a pesar de Meribeth, Alex había tenido razón y los primeros días les estaba siendo muy complicado a los jóvenes guerreros, que esperaban su turno de entrenar, prestar atención a lo que les estaban enseñando. Los ropajes que la joven usaba eran demasiado ajustados y desgraciadamente, para cualquier joven de esa edad, fijarse en mujeres era más importante que la lucha o incluso que la propia vida.

Así pues, habían decidido que en un principio Alex les enseñaría la lucha cuerpo a cuerpo, sin armas, y Meribeth los entrenaría con el arco y las flechas. Así les enseñaría, además, como se confeccionaban tanto el uno como las otras.

La tensión que atenazaba los cuerpos de los dos jóvenes después del beso robado, dificultaba la tarea de entrenar juntos, así pues, la mejor decisión tomada por el momento había sido dividir el grupo en dos y que cada uno de ellos entrenara a los hombres en una disciplina. Cada día se intercambiarían los grupos y así ninguno de los dos quedaría sin la tutela de ningún guerrero.

Sin embargo, los dos jóvenes necesitaban de las miradas del otro e incluso del roce de sus cuerpos, por ello, cada cierto tiempo se buscaban. Sin duda alguna, la sonrisa bailaba día tras día en sus labios.

Ni a Lori ni a Sebastian les había pasado desapercibido ese echo pero habían decidido esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas entre ellos.

Cierto día al amanecer, con el frío y las nubes cerniéndose sobre aquella tierra, un desconocido se acercó a las puertas de la gran fortaleza y pidió asilo a gritos.

No esperaban a ningún visitante y no sabían si se trataría de alguna treta para provocar alguna nueva incursión al castillo. Dereck decidió salir él personalmente y hablar con esa persona.

—Buenos días tenga.

—Buenos días, nos dé Dios.

—¿A quién busca buen hombre?

—No busco a nadie. Solo pido por una noche de descanso y un plato de comida caliente. Dios se lo agradecerá.

—¿Y qué tiene que ver el Todopoderoso en esto?

—Soy uno de sus emisarios —exclamó el hombre.

—¿Y por qué no habéis empezado por ahí? Venid conmigo, os presentare al señor de estas tierras. ¿No traéis montura ni equipaje?

—Hijo mío, algunos no hemos nacido para poseer tales riquezas —dijo, exhibiendo una sonrisa en su rostro.

Dereck hizo que el hombre de Dios, un personaje bajito y delgado con poco pelo y bigote blanquecino sobre su constante sonrisa, lo siguiera hasta el patio de armas donde Sebastian entrenaba con sus hombres.

Pidió que esperara un momento hasta que lo avisara. Sin embargo, antes de salir en su búsqueda, le dejó claro que era bienvenido a aquellas tierras el tiempo que hiciera falta. Allí estaría a salvo de todo. El pobre hombre, con sus pies descalzos y su sotana raída, esperaba con las manos entrelazadas luciendo una sonrisa en el rostro. Estaba feliz por haber sido aceptado y por, al menos en esa noche oscura, gozar del calor de la lumbre. ¿Quién sabe? Quizá también de una jugosa cena. De ser así, intentaría que también le dieran una buena jarra de cerveza. Había de probar suerte.

El hombre paseó la vista a su alrededor. Le afectó bastante cómo había cambiado todo aquello en los años que hacía que no viajaba a aquellas tierras. ¿Estarían todos sus amigos bien? Ardía en deseos de verlos. De pronto, una voz a su espalda hizo que despertara de sus ensoñaciones.

—¿Padre Thomas? ¿Es usted?

—Sí, soy yo. ¿Quién pregunta por mí? —quiso saber el clérigo, dándose la vuelta para encarar a quien le hablaba.

—Padre, soy yo, Iona. Hace muchos años que no viene a vernos. —La joven, presa de la emoción, se lanzó a los brazos de aquel anciano y sin quererlo rompió a llorar quedamente en su cuello—. Nos ha hecho mucha falta, Padre. ¿Qué ha hecho esta vez para que vuelvan a enviarlo con nosotros y en estas circunstancias? —A la joven muchacha no le había pasado desapercibida la facha que lucía el anciano hombre y lo miró por segunda vez de arriba a abajo—. ¿Cuánto hace que no come?

—Iona, hija. Me complace mucho verte sana y salva. Hace tantos días que no tomo una comida decente que he perdido la cuenta. ¿Dónde está el granuja de tu abuelo? Seguro que él tiene un plato

de estofado bueno del suyo y una cerveza caliente para estos ancianos huesos. —El hombre se envolvía en sus propios brazos del frío que tenía y los pies le sangraban al no llevar un calzado adecuado. Deseaba con todas sus fuerzas que todo fuera como le había dicho aquel guerrero, que lo aceptaran y le dieran cobijo al menos por ese día. Si les estorbaba, si el señor de esas tierras no lo quería con ellos, seguiría su camino hasta localizar un clan que tuviera a bien tener un clérigo entre su gente.

—Padre, mi abuelo falleció en uno de los últimos ataques que tuvimos. Hemos estado muy mal durante mucho tiempo. Por fortuna, está de nuevo con nosotros nuestro señor O´Neill, que hace lo posible para que volvamos a ser aquello que fuimos. Mire, por allí viene. Ya habrá tiempo de hablar de cosas tristes más adelante, ahora es menester que conozca a nuestro señor.

—Mi señor, este es el anciano del que os hablé —dijo Dereck

—¿Anciano? ¿A quién llamáis anciano? Deberías mostrar más respeto por alguien perteneciente al clero. Y deberíais saber que todavía no he cumplido los sesenta. —El anciano reía a pesar de parecer francamente ofendido.

—Bien, ¿y podéis darme vuestro nombre, jovencito? —quiso saber Sebastian.

—Mi señor —intervino Iona—. Es un hombre muy querido para mí. El Padre Thomas ha estado fuera de estas tierras por muchos años y para nosotros es una bendición que se encuentre en estos momentos, sano y salvo, con nosotros.

—No sé si he de calificarlo todavía como bendición. El clero y yo no hemos estado siempre de acuerdo en todo. De hecho, vuestra cara me resulta familiar. ¿Es posible que nos conozcamos?

—Lo dudo mucho, mi señor —respondió el Padre Thomas.

—Será como dices —se convenció—. Pero bueno, dejemos la charla por ahora. Iona debería llevarlo a tomar algo caliente y a buscar ropas nuevas. No permitiré que nadie viva en esas pobres circunstancias con nosotros. Seguro que lo podemos arreglar. —Iona se daba la vuelta para que lo acompañara al castillo cuando, corriendo, llegó Meribeth con noticias.

—Padre. Disculpadme, pero se acerca uno de los grupos que acompañaron al mensajero del rey.

—Vamos Dereck, tenemos trabajo —dijo Lord O´Neill con premura.

Las dos jóvenes se quedaron con el sacerdote por un momento. Al ver a la joven guerrera, el anciano señor no hacía más que mirar su vestimenta de arriba abajo, una y otra vez. Una sonrisa bailaba

agradablemente en sus labios aunque no pronunció palabra alguna. Meribeth puso sus brazos en jarras, preparada para otra discusión segura.

—Padre, ¿hay algo que quiera decirme? —dijo Meribeth.

—Parecéis una de las amazonas de Grecia, escuché hablar de ellas a uno de mis colegas del sacerdocio. Una vez me enseñó unos pergaminos escritos en su lengua natal con unos dibujos realizados en su pueblo sobre ellas. ¿No habéis oído hablar nunca de esas mujeres?

—No, padre. Por desgracia, nosotras no hemos tenido opción de ojear ningún pergamino. Algunas sabemos leer y escribir solo porque mi madre nos ha enseñado, ya sabe usted lo injusta que es la sociedad con las mujeres. Padre, me parece muy interesante de lo que habla. Cuándo acabe con mis tareas… ¿puede hablarme más sobre esas mujeres?

—Por supuesto, niña. Eso me alegra. Al fin, una mujer puede hacer valer sus derechos en la batalla. Eso debería haber tenido lugar hace mucho tiempo ya. Tal vez las cosas nos hubieran ido mucho mejor.

—Padre, no deje que mi señor escuche esas palabras suyas o se enemistará con él para siempre. No está muy de acuerdo con mi proceder y, desde luego, le desagrada sobremanera verme entrenando con sus hombres —confesó la muchacha entre sonrisas —. Es cierto que él me dio su permiso, pero sospecho que fue porque se sintió acorralado. —La joven se vio obligada a aclarar aquello como si de un secreto se tratara. El Padre Thomas sonrió de nuevo.

—No os puedo asegurar nada, querida niña. Intentaré mantener mi lengua lo menos suelta posible. Pero he de deciros que si me encuentro ahora en estas circunstancias —dijo abriendo los brazos de par en par para que pudiera observar su lamentable atuendo—, es justamente por los problemas que ella me causa. No suelo tener medida al hablar y habitualmente me meto en problemas por ello.

—Yo también, Padre —dijo Meribeth—. Creo que me va a agradar mucho su visita. Espero que esté mucho tiempo entre nosotros. A lo mejor, así podemos alegrarle un poco más la existencia a mi padre —convino al darse la vuelta para encaminarse a sus entrenamientos y estallando a su vez en una carcajada final. La joven sabía de sobra que esos comentarios solo lograrían alterarlo más, pero creía que le vendría bien que alguien le llevara la contraria en algunos campos de la conversación. Sebastian estaba demasiado acostumbrado a tener siempre la razón en todo. Alguien

debería darle una lección.

—Es una buena muchacha, Padre —expuso Iona—. No es como nosotras. Ya la ira conociendo. Si me acompaña ahora, estaré encantada de servirle un buen plato de comida y, como es costumbre nuestra, una buena jarra de cerveza caliente. Por el ruido de sus tripas, creo que lo necesita cuanto antes.

—¡Vamos hija! Necesito sentarme y calentar un poco estos viejos huesos. Mientras, puedes ir contándome cómo va todo.

Los dos caminaron cogidos del brazo hacia las cocinas. Seguro que allí habría víveres más que suficientes para una buena alimentación y, con un poco de suerte, podría presentarle a la dueña de la casa y a sus hijos. Y tal vez, con más suerte todavía, ese día vería de nuevo a Kendrick.

Al llegar a las cocinas, Iona vio a su señora y a las demás doncellas ir de un lado para otro sin saber el porqué. Había algo que no sabía y que pronto descubriría.

—Mi señora, disculpadme un instante. Quiero que conozcáis a alguien —dijo acercándose a Lori.

—Sí, claro.

—Padre Thomas, le presento a mi señora, lady Lori O'Neill. Está encargándose de todos nosotros como corresponde. Somos muy felices por tenerla a nuestro lado.

—Es un honor tenerlo con nosotros. Espero que se quede durante una larga temporada. Nos vendrá muy bien tener a un hombre sagrado con nosotros, en esta época tan complicada.

—Entonces no sé si soy la persona adecuada —dijo el sacerdote con voz queda.

—¿Cómo dice, Padre? —preguntó Lori, mirando de soslayo a Iona y viendo que la joven muchacha se tapaba la boca con su mano.

—Que haré cuanto esté en mi mano para ayudaros en lo que sea.

—Bien. Siéntese y que le sirvan una buena comida y algo de bebida caliente. Iona lo acompañará a una de las habitaciones del castillo donde pueda descansar del viaje. Y más tarde le conseguiremos ropajes adecuados.

—Sois muy amable conmigo, querida hija —agradeció sentándose a la mesa.

—Si me disculpan… he de volver a mis quehaceres, hoy tenemos un día complicado.

—¿Ha sucedido algo, señora? —preguntó Iona al tiempo que le ponía sobre la mesa un enorme plato de sopa caliente al Padre Thomas.

—Han llegado los caballeros que salieron con el mensaje para el rey y hay que prepararles comida y lo que necesiten. Más tarde escucharemos cuanto hayan de decirnos. Además… —dijo Lori sonriendo

—¿Además qué, mi señora?

—Acompáñame un momento. —Tomó a la joven de la mano y tiró de ella para que la siguiera al patio por la puerta de la cocina. Ambas hicieron una pequeña reverencia al sacerdote, que ni cuenta se había dado de ese hecho pues se encontraba dando buena cuenta de las viandas presentadas.

Al poner el primer pie sobre la tierra, pudo ver montones y montones de cacharrería. Habían apiladas vasijas para la cocina, cuencos y varias jarras, incluso podían verse unas ollas enormes para cocinar con comodidad. Iona estaba literalmente anonadada. Nunca jamás habían tenido tanta variedad en utensilios de cocina.

Lori le enseñaba, entusiasmada como una niña pequeña, una vajilla completa que contaba con bastantes platos, hondos y llanos e incluso tazas, todo ello con emblema de la casa O´Neill grabado.

¿De dónde había salido todo aquello? Unos días antes se habían pasado toda la mañana cocinando por partes. Todo había quedado destrozado y no tenían utensilios lo suficientemente grandes como para cocinar para tanta gente como albergaba en aquellos momentos el castillo y el pueblo.

Debían agradecer al responsable de todo aquello pues el último maestro alfarero, que habían tenido, murió en uno de los primeros ataques que tuvieron. Hasta donde Iona sabía, su cobertizo había sido reducido a piedras en una de las embestidas. Cierto era que no había pensado en ello y que por lo tanto no había ido a comprobar en qué situación se encontraba. Tenía más preocupaciones que dotar a cada casa y castillo de una vajilla decente. La supervivencia era prioritaria.

Ollas, tazas, jarras… ¿Quién les había surtido de todo aquello? Iona tenía ganas de gritar de alegría sin embargo se mantuvo en silencio aunque las palabras se le atragantaran en la garganta.

Miró a los ojos de su señora y supo que ella misma estaba teniendo los mismos sentimientos. Tomándole de la mano, se aventuró a preguntar.

—¿Quién ha traído todo esto, mi señora?

—Martha —dijo Lori.

—¿Queréis decir que todo esto lo ha conseguido esa muchacha?

—No, Iona. Lo que te estoy diciendo es que ha sido ella misma quien lo ha fabricado.

—¿Ella sabe trabajar y modelar la arcilla? Ese no es trabajo de mujeres. Nosotros teníamos un maestro alfarero que nos vetaba la entrada a su cobertizo. No quería que descubriéramos sus secretos de cocción. Y si no recuerdo mal, ese cobertizo fue destruido en uno de los ataques.

—Querida Iona, yo no sé más que tú de este tema. Hemos estado ocupadas en otros menesteres. Pero propongo que la busquemos y que nos lo explique. ¿Te parece?

—Por supuesto, mi señora. Aprovechemos ahora que el Padre Thomas tardará un rato en terminar su comida y, sobre todo, su bebida.

XVI

A LA ESPERA

Ambas mujeres se acercaron al cobertizo del viejo maestro alfarero. No habían tenido que caminar demasiado desde el castillo. Transportar tantos utensilios a mano era algo pesado y costoso, pero era más importante ubicarlo cerca del pequeño lago y del bosque. De esa manera podrían tener siempre a mano toda el agua y la leña que se precisara para realizar los trabajos. Justo a su lado, los hombres de Sebastian que no se dedicaban a la guerra, estaban acabando de levantar la herrería y un poco más arriba se encontraba el carpintero.

Poco a poco, su querido pueblo iba tomando forma de nuevo. Al otro lado del castillo ya se había acabado de adecuar convenientemente las caballerizas y estaban preparadas las pequeñas granjas para los animales. Pronto volverían a tener ganado y su supervivencia estaría asegurada.

La joven, al llegar a su destino, esperaba verlo todo derruido, sin embargo, se llevó una grata sorpresa al comprobar que estaba prácticamente restaurado.

Sin hacer demasiado ruido, las dos mujeres entraron en el pequeño obrador donde Martha se encontraba absorta trabajando, completamente concentrada frente a la rueda de alfarero.

Era maravilloso contemplar el amor con el que la arcilla se movía entre sus manos dándoles una forma redonda para, posteriormente, alisarla y otorgarles una estructura cóncava en el caso de los platos hondos o bien llana para hacer cualquier otro tipo de utensilio.

El pequeño obrador contaba con tres paredes y un tejado, lo suficiente para que, en caso de lluvia, no se mojara. Estaba abierto para facilitar el paso de la joven de un sitio a otro. Había sido conservado tal como era el antiguo horno de alfarero, a la intemperie. Afortunadamente no había sufrido daños graves y Martha lo estaba utilizando a la perfección.

Ambas mujeres sentían el inmenso calor que emanaba ese horno. La puerta pequeña y centrada de este, que contaría como cinco palmos de largo por otros tantos de alto, permanecía abierta. Con el frío que hacía, era gratificante sentir las llamas de la lumbre. Seguramente, la joven alfarera estaría dejando sus trabajos dentro para comenzar de nuevo con la cocción. A un lado del cobertizo,

Martha había dispuesto unos baldes de agua, que seguro había traído del lago, y tenía montones de leña apilada. ¿Habría sido ella misma quien había cortado toda aquella madera? ¿Sola habría sido capaz de reconstruir el obrador y almacenar tanta leña y agua? De ser así, ambas estaban gratamente sorprendidas.

Las dos mujeres veían aquel espacio y la forma en que su joven compañera trabajaba, con verdadera admiración.

Lori se acercó a la joven y, tras enviar una mirada a Iona para que le diera más confianza, presionó suavemente el hombro para llamar su atención. Esta dio un respingo por la sorpresa y, cuando se volvió y vio a las dos mujeres sonriendo a su lado, se contagió de ellas y emitió una dulce sonrisa.

—Martha, ¿qué estás haciendo? —le dijo.

—Mi señora, estoy siguiendo vuestro consejo —respondió la joven incorporándose de su asiento.

—¿Mi consejo? —repitió Lori asombrada y con el ceño fruncido.

No recordaba haberle dicho que se dedicara a esos menesteres tan impropios de una dama.

—Me animasteis a que saliera de mi cuarto y ayudara a recomponer estas tierras. Ese mismo día, salí de mi alcoba y decidí dar una vuelta por todo vuestro territorio para pensar. Sin darme cuenta, me alejé del castillo y llegué hasta aquí. De inmediato, vi el horno del maestro alfarero y lo reconocí. Supe entonces que eso era lo que debía hacer para ayudar.

—¿Aquí es donde has estado todos estos días? —preguntó Iona.

—Sí, así es. Llevo más de un mes recomponiéndolo todo. Todo lo que llevé al castillo no se hace de la noche a la mañana, me ha costado más de dos semanas acabar de hacerlo todo. Pasé aquí alguna noche alimentando el fuego pero lo hice con sumo gusto.

—¿Y lo has hecho todo tú sola? —quiso saber Lori, impresionada.

—A decir verdad, no. —Martha rio satisfecha—. He tenido un poco de ayuda. No sé si recordáis al joven muchacho que llegó de las tierras de Laird Degan… —Lori e Iona se miraron, intentando averiguar si la otra tenía la respuesta a ese dato—. Bien… ese joven, Toni McGuina, tiene nociones de alfarería. Según me ha contado, su familia se encargaba de esos menesteres en las tierras de donde provienen, gracias a ello hemos podido sacar esto adelante.

—¿Dónde aprendiste este complicado arte? —Iona sentía verdadera curiosidad.

—Es gracioso —dijo sonriendo por el recuerdo—. El maestro alfarero no quería enseñarme. Se negaba rotundamente a darme

una sola explicación de cómo trabajar y modelar con arcilla, ya ni hablemos de los métodos que conocía para la cocción en el horno. Era nuestro vecino. Ambos, por nuestros trabajos, necesitábamos estar cerca del agua. No obstante, yo iba día tras día a su pequeño cobertizo y me sentaba en un rincón al final del mismo para observarlo. En aquel entonces, la soledad se apoderaba de mi alma y, habiéndose marchado Logan y con mi madre enferma, no sabía qué hacer. Decidí, entonces, que estar en su compañía sería beneficioso para ambos. Al final se apiadó de mí y me explicó todo cuanto necesitaba saber acerca de la alfarería. Por ese motivo, hoy soy capaz de elaborar casi cualquier cosa.

—Esto es algo muy difícil de ver en una mujer. Si la gente supiera que los cacharros son tuyos… probablemente no comerciarían contigo. No estaría bien visto.

—¡Oh! No. No os preocupéis. Nunca he comerciado con esto. Lo he usado siempre como forma de evadirme de la realidad y para relajarme de mis quehaceres diarios. Todo lo que he realizado hasta ahora ha sido para nuestra casa o para depositar los peces que traía mi hermano a la lonja para su posterior venta. No osaría traeros la vergüenza por algo así.

—No sería vergüenza alguna, querida niña —la corrigió Lori —. Eres muy meticulosa en tus quehaceres y se ve que es una técnica que has estado perfeccionando durante muchos años. Todavía sigo gratamente sorprendida al ver todo lo que nos has traído esta mañana al castillo.

—Disculpadme un momento —dijo Martha, volviendo a tomar entre sus manos el plato que acababa de confeccionar—. Permitidme que ponga todo esto en la estantería con las otras piezas para que seque y prometo acompañaros al castillo. Ya vendré más tarde para alimentar el horno. —Justo en ese momento, el joven ayudante entraba por la puerta—. ¡Oh, bien! Has llegado a tiempo Toni. Acabo de colocar la última pieza en la estantería, el horno está encendido y llegando a su temperatura. He de salir ahora, luego volveré a cubrir mi turno. Sin embargo, antes dejaré colocadas en el horno las piezas que ya secaron. Así vamos adelantando las tareas.

—Sí, mi señora. Perded cuidado, yo me encargaré de esas piezas cuando ya estén cocidas. —El joven tímido fue directamente a la pila de leña a depositar allí toda la que traía recién cortada. El silencio parecía formar parte de su persona y, sin volver a mirarlas, se dispuso a seguir con sus tareas.

Las dos mujeres no sabían de qué hablaba Martha con exactitud,

no habían visto trabajar nunca a un maestro alfarero, pero ambas pudieron comprobar que la joven era diestra y rápida en depositar en el horno todos los objetos de los que hablaba. Los había amontonado grácilmente unos sobre otros, apoyándolos sobre pequeños trípodes. De este modo evitaba que los platos se pegasen unos a otros mientras se realizaba la cocción. Cerró la pequeña puerta y tapó con cascotes de piezas rotas la parte alta para que el calor se repartiera uniformemente por todos lados y el resultado fuera el esperado. Estaba claro que había desempeñado esa tarea muchísimas veces con anterioridad. No había un solo movimiento forzado en ella y todo lo realizaba con sumo cuidado y soltura. Una vez concluida su tarea, se quitó una tela que cubría su vestido y se dirigió a un balde de agua que tenía a un lado de su obrador para frotarse bien las manos y no dejar resto alguno de arcilla. Por ese motivo, nunca nadie se había dado cuenta de aquello que Martha hacía en sus ratos fuera del castillo, siempre volvía limpia a la hora de las comidas.

—Mi señora… —dijo para que Lori le prestara atención—. He estado pensando que si Lord Sebastian lo creyese oportuno… podría enseñar a Toni este maravilloso trabajo de forma que, cuando yo ya no esté en estas tierras, él pueda seguir con estas tareas.

—Me parece una idea maravillosa. Deberías decírselo tú misma.

—¿Yo, mi señora?

—Por supuesto. Es más, confío en que estés con nosotros el tiempo suficiente como para llevar a cabo esa difícil tarea.

—Bien, pues cuando lo creáis oportuno hablaré con mi señor.

—Vayamos al castillo, tomemos té y dediquémonos a las demás tareas. Hay hombres hambrientos, recién llegados de lejos que esperan ser alimentados —dijo Iona, sacando a las dos mujeres otra sonrisa.

—Casi seguro que Sebastian estará allí dentro y podéis aprovechar para exponerle vuestra proposición.

Las tres mujeres se encaminaron a las cocinas y se sumergieron en un ir y venir de tareas. Tenían muchas cosas que arreglar y terminar antes de la hora de la comida.

Los hombres estaban en la sala familiar esperando para comentar lo sucedido con el mensaje para el rey. El semblante era serio, ¿acaso no traían buenas noticias?

Lori se acercó a su marido y lo miró a los ojos, a la espera de una respuesta.

—Han llegado ya los tres primeros mensajeros, Lori.

—Sucede algo, lo sé. ¿Es grave?

—No, tranquila. El mensaje está a punto de llegar a su destino. Sin embargo, los jóvenes han descubierto varias cosas importantes durante el camino.

—Sebastian, odio que des tantas vueltas. Por favor. ¿Puedes decirme qué ocurre?

—Mi señora —dijo Dereck— hemos descubierto dónde se esconde Igor.

—Es cierto que tiene un gran destacamento de hombres y están bien aprovisionados de armamento. Es todo tal cual Alex nos informó.

—Hermana… —dijo Gabriel—. Estamos reunidos porque hemos de tomar una decisión importante.

—¿Y por qué no hemos sido convocadas las mujeres a esta reunión? ¿Acaso no tiene que ver con nosotras?

—Por supuesto que sí, mujer —dijo Sebastian—. Ya sabes que hace mucho tiempo comprendí que es mucho mejor dejarme aconsejar por ti en muchos aspectos. Pero estábamos intentando trazar una buena estrategia.

—Entiendo. Disculpadme pero últimamente hemos estado bajo mucha presión y a la espera de estas nuevas de los mensajeros, entended por favor que esté un poco nerviosa al respecto.

—No te disculpes —suavizó Sebastian, tomándola en sus brazos —. Ya habíamos acabado de comentar… Ahora mismo nos disponíamos a llamaros a todas para comunicaros nuestra decisión.

—Bien, estamos todas en la cocina. Excepto Meribeth que sigue fuera entrenando. En un momento estaremos con vosotros.

Lori fue a la cocina a por las muchachas y pidió que prepararan té para todos. Un momento después, estaba toda la familia reunida.

—Bien… —dijo Sebastian—. Los hombres de Igor han sido descubiertos. A decir verdad no están demasiado lejos de aquí. Sin embargo, han logrado recomponer un admirable ejército. Hemos decidido esperar un par de días a ver si nuestro rey envía refuerzos, mientras nos prepararemos para la batalla.

—¡Sebastian…! ¿Para la batalla? —temió Lori. No estaba asustada, sabía que ese día iba a llegar tarde o temprano pero esperaba que al menos todo hubiera sido reconstruido.

—Tranquila hermana —dijo Allen—. Vosotras estaréis a buen recaudo. Nosotros saldremos en busca de ese malnacido y acabaremos con él de una vez.

—Debería estar acostumbrada a estas cosas. Han sido muchos años los que has estado combatiendo, amor, pero no puedo evitar

preocuparme. Más aún si mis hermanos y mi hijo van a estar contigo y yo no puedo estar cerca para cuidaros.

—Tranquila. Estaremos bien. Cuidaremos unos de otros.

—Padre, sé que llegamos a un acuerdo tácito pero yo también quiero ir. Podría ser de gran ayuda y prometo mantenerme alejada de las filas y del cuerpo a cuerpo. Por favor pensadlo. —Meribeth no deseaba presionarle. Sabía que no era nada conveniente para ella y que cuanto más le insistiera, sería peor. Sin embargo, tenía una corazonada… esta vez le dejarían participar activamente. Podía ayudarles en muchas cosas, obviamente con el arco los cubriría a la perfección y los muchachos que ella estaba adiestrando habían mejorado considerablemente. Además, era muy buena curandera. Su padre había asentido, al menos no era un no rotundo.

—Señor —dijo Martha que, aprovechando el silencio que se había instaurado en la sala y tras el asentimiento de su tía Lori, quería solicitar unas manos masculinas a las que enseñar a fondo el antiguo arte de la alfarería—. Seguramente no es el momento más oportuno para hablar con vos acerca de este tema pero, aprovechando que estamos reunidos, me gustaría haceros una petición. Como supongo que sabréis, he fabricado utensilios para la cocina del castillo. No es tarea de mujeres y, por lo que me comentó Iona, su maestro alfarero falleció. Todo eso no lo he realizado yo sola pues he tenido mucha ayuda. Me preguntaba si vos creéis que podría instruir al joven que me ha estado ayudando, no sé si lo recordáis, se trata de Toni McGuina. Ese muchacho siente pasión por este arte y me será más fácil explicárselo todo si ya sabe la base de este trabajo. Tarde o temprano, yo habré de volver a mi pueblo.

—Me parece muy buena idea Martha. Encárgate tú misma de todo y, si hace falta, Iona te ayudará cuanto sea preciso. Ahora deberíamos volver a nuestras tareas de inmediato —zanjó Sebastian, indicando a todos que salieran rápidamente del salón familiar—. Disculpadme pero tengo la cabeza ocupada en otros menesteres.

Salió del salón pensativo. Debía ir a ver al carpintero, había de supervisar la construcción de la catapulta que había pedido para protegerse del ataque y quería comprobar si Paul Rumo había seguido sus estrictas indicaciones. Alex le siguió, sería el encargado de las catapultas cuando llegara el momento. Junto a él, salieron también las mujeres. Quedaron únicamente Duncan, Gabriel y Logan.

Iban a tener una pequeña charla familiar. Logan les había pedido un momento de su tiempo pues tenía algo que tratar con

ellos. Duncan sabía sobradamente de qué trataría la charla. Al parecer, el muchacho ya no se mostraría tan cobarde y daría la cara ante él y ante su padre, pidiendo perdón por cómo había actuado con su hermana. Esperaba al menos que así fuera.

A la espera de volver a tener tiempo para concluir la conversación pendiente con su querida Martha, Logan ansiaba tener un momento para convencerla de que permaneciera a su lado y no se separan jamás. Tantos años de desdicha, debían ser reconducidos y tener el momento oportuno para, ahora sí, crear la tan ansiada familia.

Aprovechando que Gabriel De Sunx estaba en esas tierras y que había dicho que quería acompañarlos para ver que quedaran bien protegidos y dispuestos, quería hablar con él y pedir formalmente la mano de Martha. Quería llevársela con él a las tierras de Sebastian O´Neill. Era su mayor deseo, ser feliz a su lado.

—Logan, ¿de qué querías hablarme? —preguntó Gabriel.

—Señor, disculpad un momento. Rogaría en gran medida que aguardaseis hasta que vuestra hija estuviera con nosotros. He pedido que por favor le dieran aviso y que volviera al salón para reunirse con nosotros.

—¿Martha? —preguntó extrañado. ¿Qué podían tener ellos dos en común?

—Señor, hay algo importante que debéis saber —dijo Logan visiblemente nervioso.

—Yo creo suponer de qué se trata —dijo Duncan, apretando las mandíbulas. —Ya he hablado con mi hermana y antes de que digáis nada a mi padre, deberíais saber que cuenta por completo con mi apoyo.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó la joven, entrando de nuevo por la puerta del salón familiar—. Padre, ¿ocurre algo? ¿Hay algún problema? Duncan… ¿no deberías estar entrenándote?

—Martha, he sido yo quien ha convocado esta reunión con tu padre y tu hermano, por eso he pedido que te llamaran. Necesitaba que estuvieras aquí.

Gabriel encontró algo extraño que Logan se dirigiera a su hija con esa familiaridad.

—Logan, no es necesario… —La joven intuía qué iba a suceder. Miró de reojo a su hermano, que esperaba impaciente aquello que Logan quisiera decirles. Lo notó visiblemente enfadado y creía que lo mejor habría sido mantener una reunión privada entre ellos dos con anterioridad.

—Sí lo es —dijo el joven contundentemente.

—Explícate —dijo Gabriel sin entender la situación. Su mirada pasaba de un hijo a otro para acabar en Logan. Estaba claro que algo sucedía entre ellos y no le pasó desapercibido el malhumor de su hijo, que aguardaba con los brazos cruzados a su lado.

—Milord, no sé si sois conocedor de nuestra historia, la de Martha y mía. —Miró en dirección a Duncan, que asintió gravemente con la cabeza. Él ya la conocía con detalle, de ahí su enfado—. Lo cierto es que nos conocemos desde hace muchísimos años. Nuestras familias vivían en el mismo poblado pesquero y siempre hemos sido buenos amigos. —Entonces dirigió su mirada a Martha. En los ojos de la joven comenzaban a asomar unas pequeñas lágrimas, seguro que por el recuerdo—. A muy temprana edad, su hija y yo comenzamos a sentirnos atraídos el uno por el otro, iniciando así una relación amorosa. Sin embargo siempre fue un secreto. Nuestras madres estaban muy enfermas y, hasta no contar con la mayoría de edad, no quisimos darlo a conocer. Mi padre seguramente se habría opuesto a nuestra unión pues nunca se tuvo conocimiento de quién era el padre de Duncan y Martha y eso, para mi familia, era algo deshonesto. No se la consideraba lo suficientemente buena para entrar a formar parte de ella, cuando en realidad estaba muy por encima de nosotros. Siempre ha sido una mujer dulce y generosa. Y muy inteligente además, tanto que asustaba a más de uno en nuestro pueblo, y… a la vista está que es la más bella de las mujeres que conozco. —Para entonces, la joven Martha lloraba sin consuelo. Nunca habría soñado que Logan la describiera de esa manera y mucho menos frente a su padre y su hermano. Sin duda estaba pidiéndole perdón. No cabía más amor en él hacia su persona—. Señor, si he pedido hablar con vos en estos momentos, aun sabiendo que la próxima contienda ocupa nuestras mentes, es para pediros formalmente la mano de vuestra hija en matrimonio. No deseo pasar un día más de mi vida sin estar a su lado y sentirla plenamente mi mujer. —Logan miraba absorto a Martha. Lo único que verdaderamente deseaba era correr a su lado, consolarla y besarla hasta el cansancio mientras le repetía una y otra vez lo mucho que la amaba. Verla llorar de esa manera lo estaba matando. Nunca la había visto en esas circunstancias y saber que él era el causante de ese malestar, lo hacía sentirse como un miserable.

—Logan. Estaré muy complacido al otorgarte la mano de mi hija en matrimonio. De todos es conocido tu valor y has demostrado con creces tu valía al frente de las tropas de Lord O´Neill, sin embargo, con los años he aprendido que, si de verdad quieres la felicidad en

tu vida, has de obtener el consentimiento de tu futura esposa. Por eso, creo, en mi humilde opinión, que sería muchísimo más acertado pedírsela a ella directamente.

—Entonces… ¿no os oponéis a nuestro matrimonio? —Una sonrisa inundó los labios de Logan.

—En absoluto —dijo Gabriel cruzándose de brazos y mirando hacia Martha, a la espera de la proposición hacia su hija—. Duncan, hijo… ¿tú has de decir algo? Al fin y al cabo, tú has sido su familia y es tu deber hablar por ella.

—Todo lo que haga feliz a Martha me hace feliz a mí. Te diré Logan que, cuando me enteré de todo lo sucedido entre vosotros, le dije a mi hermana que hablaría contigo. Estaba dispuesto a matarte si era necesario por el comportamiento que habías tenido con ella, desde luego no lo merecía. Sin embargo, veo que estas dispuesto a enmendar tu error y, si mi hermana te perdona, seré feliz de verla a tu lado.

—Y bien… Martha, ¿qué dices al respecto? —preguntó Logan.

—Te diré para empezar… —dijo secándose las lágrimas con el dorso de su mano— que deberías de haber hablado conmigo previamente. Te habrías evitado muchas molestias al respecto. Pienso que debería haber sido conocedora de todo esto con anterioridad. Aun así, Logan, te perdono y, por supuesto, seré tu esposa. ¿Cómo no iba a serlo si llevo toda una vida esperándote?

—¡Gracias al cielo! Durante un instante pensé que me dirías que no —respiró profundamente.

El joven se acercó rápidamente hasta donde se encontraba la muchacha y, tomándola entre sus brazos, la besó con toda esa pasión contenida por los años. Ahora tenía su consentimiento y nadie se oponía a su felicidad, ahora era suya. Tenía la fortuna de tener entre ellos un siervo del Señor. Hablaría sin más dilación con él para que se hicieran las amonestaciones lo más pronto posible y poder así formar su propia familia de inmediato. Antes de salir a la caza de aquellos malnacidos, Martha sería su esposa.

Meribeth, aún preocupada por lo que su padre pudiera decidir en cuanto a su participación en la caza de Laird Igor McKenze, decidió acudir con sus jóvenes discípulos y ayudarles a preparar su nuevo arco largo y sus flechas. Seguro que ellos sí serían bien recibidos para la contienda solo por el hecho de ser del sexo masculino, ese pensamiento la hizo enfadar. Sin darse cuenta, se obligó a ocupar su cabeza en otros menesteres. Pensó que, afortunadamente, ya habían cortado la madera de cedro y la habrían tratado para darle forma en días anteriores. Las puntas de

flecha estarían terminadas a lo largo de ese mismo día que comenzaba, o al menos eso les había dicho el recién estrenado herrero del clan. De forma que, a la mañana siguiente, cada uno se habría provisto de unas cincuenta como mínimo.

Cuando pasaba por la parte trasera de las caballerizas, sintió que tiraban de ella y, en guardia como siempre estaba, le asestó una buena patada en la espinilla y un puñetazo en la mandíbula a quien la tomaba por sorpresa.

Estando frente a frente con su captor, vio que se trataba de Laird De Sunx. Alex la tomaba nuevamente entre sus brazos y ella no deseaba estar en otro lugar que no fuera a ese buen recaudo. Sonrió al ver la mirada gris del joven y para resarcirse del ataque anterior, envolvió el cuello de este con sus largos y esbeltos brazos, aproximando nuevamente sus labios rosados a los del muchacho.

Ahora que había probado el sabor de sus labios, no deseaba más que perderse en ellos, sentir su masculino olor y acariciar sus musculados brazos. Laird De Sunx había despertado en ella una pasión que superaba con creces la batalla.

La joven temía que llegara el día en que tuvieran que separarse. ¿Cómo resistiría el resto de su vida sin sus mayores placeres? Sabía que, una vez de vuelta a las tierras O´Neill, ella volvería a ser una simple doncella a cargo del castillo y, una vez probados los besos y los abrazos de aquel laird, nadie podría suplir jamás cómo se sentía cada vez que notaba su presencia.

¡Ojalá hubiera alguna solución para ambos casos! ¡Ojala Meribeth pudiera tomar decisiones en su vida! ¡Ojalá no dependiera de cuanto su padre tuviera previsto para ella y su futuro! Ahora entendía los miedos de su madre cada vez que su padre tenía alguna contienda y tardaba días e incluso meses en volver. ¿Qué haría ella… si al volver de la caza al malnacido, Alex hubiera caído en la reyerta? Su vida ya no tendría el mismo sentido.

—¿Has de estar siempre alerta? —preguntó el joven laird entre beso y beso.

—Siempre —respondió la joven sonriendo—. Una dama debe asegurar su virtud.

—Así me gusta.

—Dime… ¿tendrás cuidado cuando salgáis a por Laird McKenze? —quiso saber, acurrucándose en su torso.

—¿Acaso te importaría algo mi muerte, muchacha? —Un suave beso, depositado en la cabeza de la joven llenó de ternura el momento.

—De sobra sabes que sí. No podría seguir siendo yo misma, si no

estuvieras conmigo. —La joven entrecerró los ojos, descartando de inmediato ese pensamiento de su cabeza.

—Escucha Meribeth —dijo el joven levantándole la cara con la mano y acercando su frente a la de la muchacha—. Cuando todo esto haya terminado y la venganza se haya cumplido, tú vendrás conmigo donde quiera que yo vaya.

—Nada me gustaría más que eso, pero…

—No hay ningún pero, muchacha. Vendrás a cualquier tierra conmigo. Yo hablaré con tu padre y le haré entender. De negarte a mí, no dudaré en raptarte. Es una promesa.

—Alex… se hará como tú digas. Mi lugar nunca será otro que la tierra… donde estar contigo. —Otro beso siguió a ese primero y otro al segundo. De no haber sido por los gritos de los jóvenes que buscaban a Meribeth para que les ayudara a terminar con sus arcos y sus flechas, los dos habrían seguido hasta el final, sus cuerpos ardían de deseo. Un deseo que no sería acallado con facilidad.

XVII

LA BODA

Tal como era deseo de Logan, al día siguiente fue en busca del Padre Thomas. Quería hablar con él antes de hablarles a todos de su inminente boda.

De surgir algún problema, le pondría solución de inmediato.

Lo encontró plácidamente sentado en el patio de armas, viendo cómo los hombres trabajaban sin descanso. El sacerdote exhibía una agradable sonrisa de paz y calma.

—Padre Thomas… he estado buscándole por todos los sitios —respiró aliviado.

—Obviamente no por todos, de haber sido así me habríais encontrado con anterioridad.

—Tiene razón, Padre —dijo el joven, imitando la sonrisa del hombrecillo.

—Decidme, hijo, ¿en qué puedo ayudaros? —El anciano señaló un banco desocupado a su lado.

—Verá, Padre. Supongo que está usted al corriente de los últimos acontecimientos, es por ello que en unos días vamos a abandonar la custodia del castillo para buscar a unos malhechores.

—Va a ser complicado que encontréis a Igor, hijo —dijo, cruzando las manos por delante de él—. Sí, ya sé que creéis saber su ubicación actual, pero en los años que conozco la desdicha a la que nos lleva ese rufián, ha cambiado demasiadas veces de morada. Pido a Dios que os ayude en vuestra difícil tarea pues todos necesitamos, de una buena vez, paz en nuestras vidas.

—Tiene usted razón de nuevo, Padre.

—Pero supongo que no es de batallas de lo que queréis hablarme, al menos no de este tipo de batallas, ¿me equivoco?

—No se equivoca. —Logan pensó que ese clérigo no era como todos los que había conocido hasta el momento. Llevaba un solo día entre ellos y al parecer ya estaba al tanto de todo cuanto ocurría en la zona. Estaba claro que no faltaría nunca algún alcahuete por los lares, que corriera a contar al siervo de Dios cualquier noticia apetecible. Aun así, Logan presentía que ese no era el caso. Este sacerdote prestaba mucha más atención a todo cuanto le rodeaba que cualquier otra persona que conociera—. Quiero casarme con Martha De Sunx y quiero hacerlo antes de partir.

—El matrimonio es cosa seria, hijo mío. ¿Estáis seguro de querer hacerlo?

—Tan seguro como de respirar, Padre.

—¿Y la dama es de vuestra misma opinión?

—Sí, Padre. Ayer mismo, ante su señor, me otorgó su mano. Ella desea casarse conmigo tanto como yo con ella.

—Muy bien, querido hijo. Como sabréis, son malos tiempos para la Iglesia. No tenemos siquiera una pequeña capilla donde celebrar una agradable ceremonia. En cuanto a las amonestaciones… tardaría muchos días en ir y venir a la capital.

—Padre, no me ha dado más que objeciones. Lo que yo busco son soluciones.

—Bien, haremos una cosa. Ambos escribiréis de vuestro puño y letra que permanecéis solteros y dais vuestro consentimiento para esta unión. Cada uno firmará la carta del otro y, para que tenga validez ante el Santísimo, yo firmaré ambas.

—¡Perfecto! Me parece una buena solución —dijo Logan, alegremente.

—Yo anotaré en mis libros que os he consagrado en matrimonio y así no tendréis problemas en un futuro.

—Muy bien, Padre, lo que usted diga.

—Y ahora, si me lo permitís, iré a hablar con vuestra prometida. Después os diré qué día puedo casaros.

El Padre Thomas, que se había percatado perfectamente de las entradas y salidas de la joven, no necesitó preguntar por su localización. Sabía que la encontraría trabajando en el horno del maestro alfarero, así pues, se dirigió hacia allí sin más dilación.

Afortunadamente, ahora se veía como un auténtico sacerdote. Ignoraba la procedencia de esa sotana tan limpia que le habían dado y, aunque le estaba un poco ancha y larga, quedó agradecido por tener ropas nuevas que usar. Un calzado nuevo de cuero cubría sus pies y las ampollas que tenía de haber caminado días y días descalzo, gracias a un ungüento cedido por Meribeth, habían comenzado a sanar.

Quedó impresionado por cómo estaba todo recogido en esas tres paredes. La joven tenía una pequeña maza en las manos y golpeaba trozos de una vasija que al parecer se había roto. Ese hecho llamó su atención, no sabía por qué golpeaba con tanto ahínco esa pieza inútil. Pensó en esperar a que se percatara de su presencia pero, viendo que eso no sucedería, decidió levantar la voz y hablar con ella.

—Hija, espero que no estéis pensando en nadie en concreto

mientras golpeáis ese trozo de vasija rota.

—Buenas tardes, Padre —dijo la joven, dándose la vuelta con una agradable sonrisa—. No, no estoy pensando en nadie. No tengo motivos para ello, al menos de momento.

—¿Podéis explicarme entonces el porqué de vuestro extraño proceder? —preguntó.

—Necesito machacar esta pieza hasta convertirla en polvo, porque he de hacer una olla grande donde cocinar —explicó Martha mientras seguía moliendo la pieza rota.

—¿Acaso no es eso mismo lo que hacéis con las demás piezas? —El aciano sacerdote no había sentido curiosidad nunca por la alfarería pero en las manos de esa joven parecía como si la arcilla cobrara vida.

—No, Padre —dijo sonriendo—. Veréis… necesito que esta pieza, en concreto, sea más resistente al fuego por tanto he de mezclar arcilla corriente, como la que uso para tornear los platos, con esta arena de cacharros ya cocidos. Eso hace que no se rompa al ponerse en contacto con el fuego directo. ¿Entiende?

—Lo que entiendo, querida hija, es que eres una mujer muy inteligente —dijo el sacerdote, sonriendo gratamente y tomándole las manos.

—No más que las demás mujeres. Es solo que no nos dan la libertad de ser y hablar como querríamos. Os sorprenderían algunas de las mujeres que yo conozco. —La joven había acabado de moler y se había girado para prestar toda su atención al sacerdote.

—No me cabe la menor duda. Bueno, yo os buscaba para hablaros de vuestra boda.

—¿De mi boda, Padre? —dijo Martha sorprendida.

—Ha venido a verme Logan y a pedirme que os case. Me ha dicho que vos también estáis de acuerdo con el enlace pero, como podréis suponer, es mi misión asegurar en primera persona que esto sea así.

—Por supuesto que quiero casarme con Logan, Padre. Lo he deseado desde niña. En cualquier caso, ¿desde cuándo las mujeres podemos tomar una decisión al respecto?

—Verás hija. Siempre he pensado que todos tenemos derecho a tomar nuestras propias decisiones. Tanto los hombres como las mujeres son siervos del señor y nadie debería tener ese poder sobre los demás. —El sacerdote, complacido con su explicación, se puso de puntillas un par de veces. Hubiera querido dar unos pequeños saltos de alegría pero su edad no se lo permitía.

—Muy loable por su parte, Padre. Intuyo que esa forma de

pensar le ha traído problemas más de una vez.

—Intuyes bien hija —dijo con una carcajada. El bigote que llevaba recortado sobre su labio superior saltaba cuando el hombre se reía, era algo gracioso que a los niños siempre le había gustado y llamado la atención—. Bueno. En unos días podréis casaros.

—¿Y cuándo pensaba decirme eso a mí, Padre? —dijo la joven riendo ante ese comentario.

—¡Oh! Iba a encomendarle esa misión a vuestro prometido de inmediato —dijo, levantando la mano para seguir con sus tareas de ese día. Como era habitual en él… salió del cobertizo con su encantadora sonrisa, brillando en sus labios.

En unos días pasaría a ser la mujer de Logan Shenn, bueno, pues acabaría con estos cacharros, intentaría adiestrar lo máximo posible a Toni en esos menesteres y dedicaría, el último día que le quedaba, a buscar un vestido adecuado y ayudar en los pocos preparativos que debían hacer.

Esa misma noche, en la cena, el Padre Thomas indicó a todos los que estaban allí sentados que en breve oficiaría la boda de los dos jóvenes. Absolutamente todos se alegraron por ellos. Explicó brevemente cómo habían sucedido las conversaciones entre ambos contrayentes y faltó poco tiempo para que Sebastian se mostrase en contra de esas opiniones.

—No estoy de acuerdo con usted, Padre. Siempre hemos sido los padres quienes nos hemos ocupado del bienestar de nuestras hijas. Ha sido misión nuestra lograr una unión favorable para ellas. Si empezamos a eliminar nuestros privilegios, ¿qué quedará al final para nosotros?

—Obviamente nada, querido hijo. Los tiempos cambiarán y poco a poco se irá dejando a las mujeres su espacio.

—Eso que está diciendo es una insensatez. ¿No estará comparando nuestra capacidad con la de ellas, verdad? —Quiso saber, visiblemente enfadado. Con los años, había aprendido a ser un poco más condescendiente pero seguía llevando la supremacía masculina hasta los límites.

—En absoluto. Soy consciente de algo importante. En más de un caso, de entrar en comparaciones, saldríamos gravemente perjudicados.

—Pero Padre… ¿cómo puede usted decir tales cosas? ¿Qué hay de la creencia de la Iglesia en la superioridad del hombre sobre la mujer? —preguntó Sebastian con vehemencia.

—Nunca he estado de acuerdo con eso. Supongo que de ahí que me encuentre en estas penosas circunstancias: sin un pueblo al

que atender y yendo siempre por los caminos en ayuda de algún desamparado.

—Debería medir sus palabras —se mostró visiblemente enfadado.

—Sebastian, por favor… —dijo Lori, intentando que se tranquilizara.

—Está bien hija —dijo el sacerdote—. Todos tenemos derecho a expresar nuestra opinión. Mujeres incluidas.

—Padre, por favor. —Sabía demasiado bien que no era buena idea molestar a su marido y menos en esos días en los que todos estaban nerviosos y ocupados por el inminente ataque.

—¿Incluso cree que pueden ser como nosotros en las armas?

—Por supuesto que sí. He visto entrenar a vuestra hija en más de una ocasión y hasta yo he visto lo buena que es en ese arte. Además, las mujeres guerreras han formado siempre parte de la historia, siempre han existido y siempre existirán.

—Padre, me gustaría que dejara de decir sandeces. Nunca se ha visto a una mujer participando en una batalla. No son tan fuertes y diestras como nosotros y desde luego no están capacitadas para ello —le contradijo Sebastian.

—Querido cuñado, ahí he de mostrarme en desacuerdo contigo —intervino Allen—. Tal como dice el Padre, tu hija Meribeth es muy buena. Y mi hermana, mi mujer y hasta mi hija saben defenderse a la perfección de los ataques. Solo necesitan respaldo y que les dejen entrar en contacto con la lucha. Supongo que podrían sorprendernos.

—¿Es que nos hemos vuelto todos locos hoy?

—Padre, no están diciendo nada en contra de los hombres, ni mucho menos —intervino Meribeth para ayudar a su amigo, el sacerdote. Él estaba lanzando un apoyo a las mujeres y ella se veía en la obligación de devolvérselo.

—Meribeth, será mejor que moderes tus palabras —ordenó Sebastian, señalándole con su dedo índice.

—Opino que deberíamos cambiar de tema —dijo Gabriel—. Duncan… ¿cuándo tenéis pensado volver a vuestro hogar?

—No quiero dejaros así. Creo que por poco que haga, puedo ser de utilidad. Esperaré a ver cómo se resuelven las cosas y luego, cuando todo esté tranquilo, me marcharé.

—Deseo acompañaros —dijo él.

—Gracias de nuevo padre, pero no es necesario. Hay unos cuantos jóvenes que han mostrado interés por la pesca y han decidido venir a trabajar conmigo. Al irnos todos juntos, con el

problema de Laird McKenze resuelto, no debería haber mayor problema,

—Bien, hablaremos de ello cuando el problema esté resuelto. ¿Martha no ha venido a dormir esta noche de nuevo?

—No. Dijo que no podía, debía mantener el horno caliente para que no se arruinase lo que estaba terminando. Era su turno, me explicó. Mañana estará aquí para comenzar con los preparativos —dijo el hermano, riéndose de lo que acababa de comentar. Lo cierto era que su hermana se tomaba sus quehaceres muy a pecho y cuando emprendía alguna contienda, no la dejaba a medias bajo ningún concepto.

Sin embargo, Logan no pensaba dejarla pasar ni esa noche ni ninguna otra más sola. A escasos días de convertirla en su mujer, deseaba más que nunca estar a su lado. Así pues, se dirigió al cobertizo y estuvo acompañándola en sus quehaceres hasta la madrugada. Deseaba tomarla en sus brazos y hacerla suya una y otra vez pero esperaría pacientemente a que sus vidas quedaran definitivamente unidas.

La joven entraba por la parte de la cocina y subía lentamente las escaleras para que nadie escuchara sus pasos. El cuarto de Kendrick era su hogar y poco a poco había llevado allí parte de sus cosas, incluyendo una muda para que nadie se percatara pues llevaba las mismas faldas día tras día. Las visitas nocturnas a su habitación se habían convertido en una costumbre y ahora no podía pasar sin sus besos y sus caricias. Hacía ya un par de semanas que la rutina se había impuesto en sus vidas y sobre todo en sus cuerpos y no querían cambiarla. Cada noche en sus brazos era una noche de placer. Sentía cómo se unían sus cuerpos y sus almas y, desde el principio, sus vidas pasaban a formar una sola. Sin embargo esa noche, Sebastian, que permanecía despierto pensando una y otra vez en las estrategias a seguir y en la forma más adecuada de salvaguardar las vidas de los suyos, escuchó los pasos de la joven y, una vez hubo descubierto de quién se trataba, la siguió hasta su destino. No necesitó hacer ningún tipo de averiguación al respecto. De sobra entendía a qué se debía esa visita no anunciada. Volvió a sus habitaciones, pensando en hablar con su hijo a la mañana siguiente.

Al alba del día siguiente todos estaban en marcha poniendo a punto lo referente a la boda de Martha y Logan. Para ir avanzando, habían asado la carne y preparado las sopas. Barriles de bebida se

habían amontonado en el salón familiar. Y las mujeres habían trabajado duro para remodelar uno de los vestidos de Lori, del tamaño de Martha, para que la joven se viera perfecta el día de su boda. Vestiría de gris, los colores de su padre, en un antiguo vestido de su madre lady Rona. Seguro que se vería hermosa con él, algo pasado de moda quizá pero realmente hermoso sin duda.

La novia se dirigía radiante al salón del castillo, la improvisada capilla, del brazo de su padre. Su gemelo sería testigo de excepción en la ceremonia.

El pelo rubio como el trigo de la novia estaba recogido grácilmente en una corona de trenzas y los suaves rizos sueltos enmarcaban su blanco rostro. Los ojos grises de la joven alumbraban el camino hacia el Padre Thomas y una lágrima de alegría brillaba en sus ojos.

La ceremonia fue corta y rápida. Cuando todo hubo finalizado salieron al patio de armas donde, aprovechando los rallos de sol que evitaban que el frío calara sus cuerpos, habían dispuesto mesas y sillas para que todos gozaran de la fiesta. Tambores y gaitas sonaban al principio dulcemente para ir creciendo entrada la noche y mostrarse más rítmicas y sonoras de madrugada. Fue un fin de noche magnífico con un buen baile improvisado. Iona demostró lo buena que era bailando y lo sensual que podría llegar a ser una mujer con esas danzas escocesas.

La luna lucía alta y resplandeciente cuando todos decidieron retirarse a sus aposentos y descansar para el día siguiente.

Martha y Logan pasarían la noche en una de las cabañas que acababan de ser reconstruidas, así se aseguraban un poco de intimidad al comienzo de la unión de sus vidas.

La cabaña estaba perfectamente iluminada por la luz de la lumbre y ese calor se extendía por toda ella. Los esposos se quitaron las pieles que los abrigaban y las dejaron encima de una pequeña mesa que había nada más entrar. Justo frente a la lumbre, se había extendido en el suelo una enorme piel mullida. Logan tomó de la mano a Martha y la condujo hacia allí. La ayudó a sentarse en el suelo y la observó desde esa altura. Estaba asombrosamente hermosa. Siempre lo había sido pero con el madurar de los años se había convertido en una bellísima mujer. Embelesada, miraba a su marido y sonreía. No era la primera noche que compartían juntos, así pues, sabía que no debía temer a Logan. Él era extremadamente cariñoso con ella y sabía que sería un momento muy especial.

—Te quiero Martha —dijo el joven poniéndose en cuclillas junto a su mujer.

—Yo también te quiero Logan, siempre te he querido.

Dicho esto, acercó su blanca mano al rostro de su marido y lo acarició. Logan besó la cara interna de su mano y la joven cerró los ojos, intentando controlar el escalofrío que recorría su cuerpo de arriba a abajo. ¡Cuántos años habían pasado desde la última vez que habían compartido lecho! Y… ¿cómo ese deseo no había desaparecido de su cuerpo durante esa década? Siempre había sido Logan, únicamente él. Por mucho que a su madre, que en paz descansara, le hubiese preocupado que no encontrara un marido apropiado. Sin duda, ahora estaría feliz por ella. Suponía, en cambio, que el padre de Logan estaría revolviéndose en su tumba al saber de su unión. Eso le arrancó una sonrisa que no pasó desapercibida por su marido.

—¿Te hace gracia nuestra situación, esposa?

—No, aunque te parezca una locura… pensaba en tu padre y en cómo se removería desde el más allá al saber de nuestro matrimonio.

—Debo ser un pésimo amante si en nuestra noche de bodas hago que penséis en mis parientes. Mujer, olvídate de una vez del mundo y mírame aquí, frente a ti, esperando por ser tuyo y complacerte en todo cuanto me pidas.

—Logan no podría ser más feliz ni aún en sueños. Lo que deseo es que me hagas tuya, una y mil veces. Mi cuerpo, mi corazón y mi alma son tuyos.

El joven muchacho no pudo soportar más la espera. Esos labios encarnados clamaban a gritos ser besados. Esas mejillas, sonrojadas por el calor de la leña quemada, ansiaban ser acariciadas. Sabía que el deseo la consumía por el temblor ligero del cuerpo de la muchacha, de forma que tomó a su mujer en sus brazos y la envolvió por completo. La besó una y otra vez inflamando su deseo y llevándola al límite.

Poco tiempo después, yacían desnudos en las pieles del suelo a la luz de la lumbre. Extraña casualidad de la vida, se hallaban de la misma forma que la última vez que estuvieron juntos. Aquella vez, los dos eran demasiado jóvenes e inexpertos, se amaban con toda el alma y se deseaban de la misma manera pero ahora estaban unidos para siempre. Ese apremio de juventud había dejado paso a una calma de madurez. Las manos de Martha recorrían una y otra vez el cuerpo de su marido. Tenía la piel curtida y alguna que otra cicatriz de más, sin embargo, la embargaba el mismo temblor cada

vez que tocaba su cuerpo. Logan deseaba beber del cuerpo de su mujer y con calma recorrió sus dulces pechos que esperaban ser saboreados de nuevo. Recorrió sus brazos y sus piernas y, cuando sintió que la mujer encogía su cuerpo y se apretaba más a él, supo que había llegado el momento de hacerla de nuevo suya. Lentamente entró en Martha, se detuvo un instante para mirarla a los ojos. ¡Dios, qué bueno era sentirla de nuevo! ¿Cómo podía haber dejado pasar una vida entera sin ella? ¿Por qué no se la llevó con él cuando tuvo la oportunidad? Tanto tiempo perdido, tantos años de separación no habían hecho sino afianzar el amor y el deseo que sentía por ella. Sin darse cuenta, Martha lo había apremiado a aumentar el ritmo. Desesperada por sentirlo una y otra vez en su interior, la joven elevó sus piernas hasta rodear la cintura de su marido por completo y hacer que fuera más fuerte la penetración. Deseaba sentirlo suyo por completo. La mujer se revolvía nerviosa a la espera de aquello que ya sabía seguro estaba por llegar. Cuando sintió que sus pies se tensaban y su barriga se encogía, supo que estaba a punto de llegar al clímax. Apremió a su marido para que no cesara en su bombeo, en breve su cuerpo estallaría en mil pedazos. Al momento sintió cómo el cuerpo de Logan caía sobre el de ella extasiado. Al tiempo que repetía una y otra vez dulces palabras de amor, tomó a su mujer del suelo y la depositó en la cama fabricada expresamente para ellos. Darían un poco de tregua a la noche y volverían a comenzar de nuevo con sus juegos de seducción. ¿Quién sería el ganador esa vez?

XVIII

EN DEFENSA DE LO MÍO

Tras haber sorprendido a Iona entrando en la alcoba de Kendrick, Sebastian supo que debía hablar con su hijo seriamente.

Era un hombre joven, estaba claro, pero nunca había visto con buenos ojos que se mantuvieran relaciones fuera del matrimonio dentro de su castillo.

Todavía recordaba cómo su madre, bendita fuera, le llamó la atención por eso mismo cuando hacía poco que había llegado a las tierras de su tío. A parte de quedar mortalmente humillado, se había sentido ofendido. Cierto que Lori, su ahora mujer, llena de celos había tenido algo que ver al respecto. Ahora podía reírse de eso pero en su momento no le causó gracia alguna.

Fuera lo que fuese aquello que tuviera que decirle su hijo al respecto, quería escucharlo.

Annabella se dirigía hacia las caballerizas cuando su padre le pidió que le hiciera llegar mensaje, a su hermano, de su interés por entrevistarse con él. Quizá podría avisarlo a su regreso. No deseaba enviar a ninguna de las muchachas que ayudaban en el castillo y que se supiera de su conversación. En cuanto una de ellas fuera conocedora del hecho, todo correría de boca en boca y su hijo quedaría al descubierto. Desde luego, no era ese su deseo.

La joven prometió que, efectivamente, lo avisaría al volver. De no estar en su alcoba, lo buscaría por el patio de armas.

Annabella llegó muerta de frío a los establos donde tenían aislados a los animales heridos. Con las prisas por atenderlos y realizar las encomiendas de su padre, había olvidado coger su pelliza para protegerse del viento helado. La joven sonrió gratamente maravillada al ver que los caballos mejoraban rápida y considerablemente, se había enamorado de los cuatro. Iba a sufrir mucho cuando se marchara de nuevo a su hogar. Tal vez, si le pedía a su padre que se los llevaran, este le daría el capricho. Se sacudió y pensó que antes habían de sanar del todo, pues era un largo trayecto.

Devlan estaba en los establos exteriores cuidando de un potrillo recién nacido cuando vio cómo Annabella se dirigía a esos bellos animales con cariño. Sin poder evitarlo, estudió el cuerpo de su prometida de arriba abajo. Deseaba con todas sus fuerzas que fuera suya. Tantos años a su lado, viendo cómo evolucionaba como

mujer, como crecía. Pronto sería suya.

Ella debió intuir que la observaban pues giró su cabeza en dirección a la puerta y vio que estaba apoyado en el dintel de la misma. Sonrió de manera cautivadora y lentamente se dirigió hacia el joven. Cuando le quedaban pocos pasos para alcanzarlo, se lanzó a sus brazos para que la tomara entre los suyos, juego que hacían desde pequeños.

La muchacha acercó ávidamente sus labios a los del guerrero y los besó una y otra vez. No habían compartido el lecho nunca, y a la vez le parecía que conocía su cuerpo a la perfección. Devlan hizo que la joven pusiera sus piernas alrededor de su cintura y apoyó su espalda contra la pared de las caballerizas. De esa forma podían gozar un poco más el uno del otro. Era una situación claramente escandalosa, algo que ni por asomo una mujer digna y de alta cuna debería hacer sin pasar antes por los Sagrados Sacramentos del Matrimonio. A esas alturas de su relación, sin embargo, a ambos jóvenes les daba lo mismo. Annabella agarró fuertemente a su prometido del pelo y tiró de él para poder acceder mejor a sus labios y a su cuello. Le encantaba el sabor del joven y sobre todo le encantaba la reacción del mismo cuando, sutilmente, ella le mordía el lóbulo de la oreja. El cuerpo del joven se tensaba y sus manos apretaban más la cintura de la muchacha, eso la hacía sonreír complacida pues sabía que le gustaba. Devlan aprovechó la postura en la que ambos se encontraban para masajear el torso de la chica y tocar sus erguidos pechos. Por encima de la tela, podía notar cómo se volvía duro en sus manos. Eso lo hacía arder todavía más en deseo. De proseguir con esos juegos, acabarían por consumar su matrimonio antes de la celebración, no obstante, en esos momentos, ninguno de los dos quería ponerle freno a tan ardiente encuentro. Devlan pasó su mano por debajo del vestido de la joven y acarició sus largas piernas. ¿Cómo podía ser que una mujer tan menuda las tuviera tan largas? Subiendo la mano poco a poco, logró acariciar las nalgas de la muchacha y apretarlas. La joven reaccionó con un susurro y un ronroneo. Y siguió besándolo.

Por suerte o por desgracia para ambos amantes, unos jóvenes entrenados en el arte de la doma y la cura de tan bellos animales como eran los caballos, llegaron a las puertas de las caballerizas gritando y riéndose.

Afortunadamente, sus voces lograron alertar a la pareja que, de inmediato, se recompuso como pudo. Habían de mostrarse lo más natural posible. Si tenían suerte, aquellos jóvenes entrarían en la zona en la que ella los instruía y Devlan podría salir sin ser visto.

De esa forma, nunca nadie podría decir que los habían visto juntos o en situación comprometida. Dicho y hecho, afortunadamente así fue.

Cuando acabó de dar instrucciones a los muchachos, salió a cumplir con las órdenes de su padre. Buscó a su hermano en la zona de entrenamiento y allí estaba. Una vez localizado, le indicó que su padre lo esperaba en el salón familiar. Debía acudir de inmediato pues ya hacía rato que lo esperaba.

Annabella, una vez hubo dejado a su hermano pensativo por el apremio, se dirigió a la cocina donde su hermana tomaba té. Ella no sabía el motivo por el cual su padre lo había requerido pero, aun así, le comentó la situación. Las hermanas, ajenas a los hechos, prosiguieron con sus quehaceres sin darle mayor importancia. En esos momentos estaba todo tan revuelto que dicha conversación les traía sin cuidado. De ser algo importante, ya se enterarían.

La fortuna quiso que en ese momento Iona pasara por la puerta donde las gemelas se encontraban y escuchara, sin querer. Esta de inmediato, tuvo un presentimiento. Debía hacer algo al respecto. No quería perder a Kendrick por nada del mundo. Él era ahora su familia y no permitiría que nada ni nadie se interpusiera entre ambos. Así las cosas, se encaminó hacia el salón familiar con paso firme.

Poco tiempo después del aviso, Kendrick se personaba frente a su progenitor.

—Padre, ¿deseáis hablarme? ¿Ha sucedido algo? —preguntó, depositando su arma sobre la mesa.

—Hijo, seré directo. Estoy al corriente de tu relación con esa muchacha. —Sebastian se cruzó de brazos.

—¿Al corriente de mi relación? ¿Con qué muchacha? —El joven levantó la mirada despacio hacia su padre. Nunca había podido mentirle. Ahora tampoco lo haría.

—Eres un hombre adulto y por eso te trataré como tal. Puedes tener relaciones con la muchacha que te plazca, pero no consentiré que muestres esa falta de respeto bajo el mismo techo en el que viven tu madre y tus hermanas. —En tono autoritario, presionó con su dedo índice el torso de su primogénito.

—Kendrick O´Neill, no digas una sola palabra más. No te autorizo a decir nada —dijo la joven, entrando por la puerta del salón familiar. Kendrick sonrió ante la osadía de la muchacha al obligarlo a callar, aún así lo hizo, deseaba escuchar cuanto tuviera que decir. Iona pasó por entre los dos hombres y se situó delante del heredero, apuntó con su dedo índice al pecho de Kendrick y

presiono firmemente su torso, tal como lo había hecho su padre previamente. Al parecer tanto su padre como ella, pensaban amonestarlo de la misma manera. El joven estaba a punto de estallar en carcajadas pero se contuvo, no deseaba molestar a Iona con su risa—. Y escúchame bien antes de que mi ira se desate. Tú eres mi marido desde que, libremente me entregué a ti hace ya muchos días. No vas a ser de otra mujer ni ahora ni nunca por mucho que tu padre, mi señor, indique que ese es su deseo. Lo siento mucho pero no pienso ceder un ápice. Tú eres mío y yo siempre defiendo lo que me pertenece. Igual que salí en defensa de estas maravillosas tierras porque son herencia de mi familia, lucharé con uñas y dientes antes de permitir que se me arrebate lo que es mío. —La joven se volvió para encararse a Sebastian con las mejillas enrojecidas—. Siento mucho ser así de insolente mi señor, pero ya hace mucho tiempo que tomé la decisión. Kendrick me pertenece y bajo ningún concepto eso va a cambiar.

—Jovencita, no conocía ese genio tuyo —dijo el lord, asombrado por la forma de hablar de Iona.

—No es genio, mi señor. Solo estoy diciéndoos la verdad, eso es lo que estoy defendiendo. —Iona estaba visiblemente nerviosa en aquellos momentos. Se retorcía las manos sin parar y se mordía el labio inferior con los dientes de arriba.

—Me encanta cuando te pones a la defensiva —dijo Kendrick, rodeándola con el brazo por la cintura y acercando a la joven hacia él—. Pareces una verdadera guerrera al hacerlo.

—Por favor, suéltame. Estamos frente a mi señor. Y por mucho que ya sepa de nuestros escarceos, no creo que conducirnos de esta forma en su presencia sea lo más oportuno.

—Iona, estaba a punto de responder a mi padre cuando me hiciste callar. Puede que quieras escuchar lo que estoy por decirle —insinuó Kendrick con un brillo especial en los ojos. La amaba con todo su ser.

—A mí sí me gustaría escucharlo hijo —le animó Sebastian, cruzando sus manos a la espalda.

—Padre, ya sé que me conocéis como un mujeriego imprudente pero eso es pura fachada. Puedo contar con los dedos de una mano las mujeres que han pasado por mi lecho desde que me convertí en hombre. Y he de deciros que Iona es la única que quiero que siga compartiéndolo conmigo. Entiendo que no queráis este tipo de comportamiento bajo vuestro techo. Seguramente yo obraría de la misma forma. Sin embargo, yo tampoco estoy dispuesto a dejarla. Y desde luego, la quiero conmigo todas las

noches y todos los días. Si no podemos seguir en el castillo, podríamos acomodarnos en una de las cabañas ya construidas.

—Pero hijo, ¿sabes lo que estás diciendo?

—Sí padre, lo sé. Sé que para mí, Iona es la única mujer en el mundo. Lo siento si os causo un disgusto, si teníais planeada alguna alianza con algún ser poderoso del reino o si necesitabais de mi persona para llevarla a cabo pero padre… la rehúso de inmediato. No contéis conmigo.

—¿Acaso sabes lo que esto la perjudicaría a ella? ¿Qué haríais con los comentarios y con las habladurías?

—Señor, no debéis preocuparos por mí —intervino de nuevo la muchacha—. Las habladurías no me harían daño. Desde el momento en que crucé la puerta de su alcoba, decidí que acataría cualquier consecuencia por mis actos. Creedme si os digo que me dolería mucho más alejarme de su compañía que cualquier cosa que mi gente pueda pensar o decir de mí. Además, en los tiempos que corren no estaría mal visto. Ha habido muchas parejas que han comenzado su vida juntos sin pasar antes por las manos de un sacerdote.

—Sin embargo, no es lo mismo ahora. Para empezar Kendrick es mi heredero, no un caballero cualquiera. Además, tened en cuenta que tenemos entre nosotros al Padre Thomas y que la gente podría no entender vuestro proceder.

—Señor, nos casaremos por supuesto, pero ahora no es el momento oportuno. Tenemos muchas cosas por hacer todavía y hay muchos asuntos por resolver. Preferimos mantener nuestra situación como hasta ahora —le informó, sorprendiéndolo de nuevo.

—Deberé comentar este hecho con tu madre. A ella le hará menos gracia todavía que a mí conocer vuestro…

—Nuestro amor, padre. Eso es lo que debéis decirle —aclaró el joven, envolviendo a Iona en un abrazo más fuerte.

—Está bien. Hablaré con ella y os notificaré nuestra decisión.

Dicho esto, salió del salón familiar. Por un instante, sintió que se le acumulaban las tareas.

Debía supervisar los entrenamientos, asegurarse que el nuevo herrero y su cobertizo estuvieran funcionando a la perfección, saber si todas las armas y utensilios que le había pedido que fabricara estarían a tiempo…

No deseaba dejar pasar muchos días más para ir a buscar a Laird McKenze, no deseaba que se le escurriera de entre las manos. Además temía que se le adelantara y los atacaran de nuevo. Opción que, viendo la cercanía del lugar en el que se encontraban, era

mucho más que probable.

Había ordenado construir, y acoplar a cada una de las torres vigías que todavía seguían en pie, tres calderos de arena caliente. Dos hombres las custodiaban y los mantenían encendidos para asegurarse una buena defensa en caso de ser sorprendidos.

Igualmente se iban a construir unas pequeñas bolas de acero con pinchos en las mismas para lanzarlas al suelo y así evitar un avance de las monturas. Esos pinchos se clavarían en las patas de los caballos y estos derribarían a sus picadores. Era una defensa dolorosa para los animales pero, de este modo, el flanco que atacara a caballo quedaría inmovilizado y sería mucho más fácil de derrotar.

Se construirían también mazas y hachas que se colocarían estratégicamente en el patio de armas para que, aquel guerrero que por desgracia perdiera la suya, tuviera alguna a mano para no perecer en la contienda.

Cuatro puntos estratégicos en el patio contarían con barriles de fuego, Sebastian aprovecharía la virtud de los guerreros noveles con sus flechas y lanzaría también fuego a sus contrincantes en caso de perder el control.

Una hermosa catapulta estaba terminando de ser construida, siguiendo sus instrucciones. Era sencilla pero sin duda de lo más efectiva. Solo debería explicar el funcionamiento a Alex. Lo demás estaba resuelto.

Sus guerreros estaban sobradamente preparados y sabía que los muchachos con los arcos y las flechas también. Ya era bien entrada la noche cuando el cansancio comenzó a vencerlo sin haber tomado nada para cenar siquiera. Sus sentidos estaban completamente en alerta y tenía una sensación extraña que recorría su cuerpo.

No se dejaría vencer por la incertidumbre o el cansancio. Su gente lo necesitaba completamente despierto y pendiente de todo. La supervivencia de su clan dependía de él y no iba a volver a fallarles.

La conversación sobre su hijo y sus amoríos había pasado a un segundo plano, sin duda habría más días para molestar a su mujer con esos pormenores.

Necesitaba tumbarse a su lado y abrazarla como hacía cada día desde que compartían lecho. Aun habiendo pasado tantos años desde el comienzo de su relación, la pareja no había dejado enfriar su pasión. Sabían cuando uno necesitaba al otro. Sebastian tomó a su mujer en brazos y rápidamente esta rodeó su cuello con las

manos, besándolo con todo el amor que le tenía reservado. Necesitaba descanso. El cansancio se le acumulaba y los años no perdonaban. Ya no tenía edad de pasar noche tras noche despierto, urdiendo estrategias. Además la preocupación, constantemente en sus ojos desde que llegaran a aquellas tierras, hacía que Lori sufriera con él en silencio. Ella sabía lo mucho que había amado a sus tíos y también las promesas realizadas a su difunta tía. Lori lo seguiría allá donde fuera necesario, tendría todo su amor y su apoyo siempre.

Ahora la necesitaba a ella.

—Sebastian —dijo besándole la sien.

—¿Sí? —respondió, dejándose mimar.

—Te amo. Recuérdalo.

—Justo porque lo recuerdo a cada momento del día, es que puedo seguir adelante con todo lo que está ocurriendo. No dejo de pensar en Owen, espero que todo esté yendo bien.

—No te preocupes. Mi padre sabe perfectamente cómo ha de realizar su trabajo. Estarán bien.

—Lori.

—¿Sí amor?

—Bésame —suplicó Sebastian, provocando una carcajada en su esposa mientras giraba sobre ella.

XIX

BUENAS Y MALAS NOTICIAS

En esos momentos no importaba el cansancio del caballo ni del propio guerrero. Debía llegar cuanto antes al castillo de Sebastian O´Neill en tierras escocesas y darles varios avisos.

Ya les quedaban unas pocas leguas y el caballo galopaba lo más rápidamente posible. Había tiempo de sobra y una vez comunicado todo, podría comer y descansar un poco. La última colina antes de llegar al castillo se hallaba justo frente a él y el guerrero suspiró aliviado. Al fin había llegado a su destino. Pidió a voz en grito que le abrieran el portón para reducir un poco la marcha y entrar en el patio de armas. Todos los guerreros estaban entrenando, entre ellos Lord Sebastian. Descendió de un salto y, como pudo pues las piernas le flaqueaban, llegó hasta su comandante en jefe.

—Mi señor —dijo, intentando que el aliento no se le cortara.

—Pero Blame… ¿qué sucede? ¿Por qué llegas en ese estado? —quiso saber Sebastian, paralizando en ese preciso momento el entrenamiento.

—Debo daros buenas y malas noticias —respondió sin resuello el joven.

Sebastian ardía en deseos por conocer cuáles eran esas noticias.

—Señor. Preciso deciros todo cuanto antes.

—Te escuchamos —dijo con sus cuñados y su primero al mando, ya junto a él.

—Lo primero que he de deciros, es que el mensaje a su majestad el rey David I de Escocia llegó perfectamente. Cuando supo qué ocurría, pidió de inmediato un batallón. Así pues, envía un pequeño ejército liderado por Laird Malcom Dougland. Su majestad no puede venir en vuestra ayuda, otros problemas en la corte lo mantienen ocupado pero sus cincuenta hombres vienen de camino. El rey se demoró bastante en tomar decisiones pues necesitaba al mejor de sus lairds para que lo ayudara en esta contienda, es por ello que os hace llegar sus disculpas a través de mi persona. Mañana estarán aquí todos esos hombres armados y prestos para el combate.

—¡Pero esa es una gran noticia! —Sebastian no acertaba a comprender.

—No del todo, mi señor. Desafortunadamente, para cuando lleguen ya será demasiado tarde. Se aproxima un ejército de hombres, mi señor. Acechándolos, escuché que venían a atacarnos. Planean asediar el castillo para hacerse con él.

—Sin duda se trata de Laird McKenze y sus secuaces —selló Sebastian, mordiéndose la cara interna de la mejilla.

—Así es. No hay tiempo que perder, mi señor. Hemos de estar preparados —animó Blame con nerviosismo.

—Nosotros siempre estamos preparados —dijo Sebastian con orgullo.

—Deberían aparecer a media mañana. No los dejé muy lejos de aquí.

—Muy bien. Buen trabajo. Ahora pasa y que te den comida y descanso. Mientras, nosotros nos organizaremos.

—Señor, no necesito descanso. Puedo combatir.

—Si no lo haces por ti, hazlo por mí o por mis hombres. No nos servirás demasiado si el cansancio te vence y ello hace que acaben con tu vida. —Las palabras de Sebastian sonaron realmente convincentes.

—Sí, mi señor —dijo el joven metiéndose la mano en un jergón que llevaba colgando—. Milord… su majestad el rey le envía esta notificación de su puño y letra. Es su deseo que la leáis cuanto antes.

Sebatian la tomó y, agradeciendo la misiva, la desdobló.

—¿Qué es? —preguntó Lori.

Claramente nervioso comenzó a leer en voz alta.

Su majestad el rey, David I de Escocia, tiene a bien comunicaros que todas las tierras pertenecientes a Laird Degan pasan a ser ahora de vuestra propiedad, legado que pasará a sus hijos y con ellos a los hijos de sus hijos. No precisáis de ninguna alianza para seguir manteniendo las tierras en vuestro poder. Así mismo, os otorga cualquier tierra que Laird Sebastian obtenga para sí de buenas formas y en bien de ayudar a sus habitantes. Deseo la paz en mis tierras y cualquiera de mis caballeros que ayude a mantenerla, será reconocido como tal. En poder de la ley que me ampara y de mi proclamación como soberano de estas tierras, ese es mi deseo.

Sebastian dobló y guardó con sumo cuidado esa notificación y quedó pensativo por un momento.

—Sebastian, ¿qué sucede? —preguntó Lori—. Son unas noticias magnificas.

—Sí, lo son pero no puedo pensar ahora en todo esto. Debemos ocuparnos de cuanto se avecina. Todo ha de estar en orden antes de su llegada. No quiero que nos sorprendan, deseo que los primeros en atacar seamos nosotros. Gabriel, Allen, llamad a vuestros primeros. Necesito que nos reunamos de inmediato en el patio de armas. Kendrick, Derek, reuniros lo antes posible con nosotros. Esperadme fuera. —Sebastian daba órdenes contundentes y no esperaba que se le preguntara siquiera por el proceder de sus acciones. Debía aclarar sus ideas de inmediato y ahora que se acercaba el momento y tenía más clara la estrategia a seguir, no deseaba ser interrumpido.

Las mujeres del castillo esperaban nerviosas a que se les dijera cual debía ser su proceder. El lord se acercó con paso firme a ellas y se encaró a Meribeth.

—Hija mía, necesito de tu ayuda. —Esta abrió desmesuradamente los ojos, creía que su padre le pediría de nuevo que se mantuviera al margen como en las demás ocasiones, sin embargo, la sorprendió sobremanera que le hiciera semejante petición. Nunca, ni en un millón de años, hubiera esperado oír esas palabras por boca de su padre y quedó gratamente complacida al escucharlas. ¿Tal vez había cambiado de opinión?

—Por supuesto, padre. Podéis contar conmigo para cuanto necesitéis. Ya lo sabéis.

—Necesito de tus habilidades con el arco y sé que tus muchachos están siendo muy bien adiestrados. Sin duda seréis muy eficaces desde las alturas.

—Por supuesto. —Meribeth sonrió, gratamente complacida con el encargo. Había entendido perfectamente aquello que su padre estaba pensando. Los mantendría a todos alejados del cuerpo a cuerpo desde las almenaras de la torre vigía. Afortunadamente, el paso central entre las dos, había sido reforzado y unos cuerpos tan menudos como los de su hija y sus jóvenes muchachos cabían perfectamente. Además, así estarían a salvo de las flechas de los atacantes puesto que todas ellas pasarían, sobrevolando sus cabezas.

—Bien, pues cámbiate de ropa y ponte las protecciones que sean necesarias. Te espero de inmediato en el patio de armas junto al resto de mi ejército.

Henchida de orgullo ante las demás mujeres de la casa, la joven se dio la vuelta y se encaminó hacia su alcoba. Una lágrima de alegría recorría ahora sus mejillas. Sebastian se dirigió a su mujer y le dio órdenes precisas. Ellas debían estar bien, se aseguraría de ello. Las mujeres y los niños permanecerían en el

castillo. Si la contienda se torcía, todas ellas saldrían por el pasadizo secreto y se encaminarían hacia las cuevas cercanas. Allí esperarían a que alguien fuera a por ellas. No las abandonaría a su suerte.

Poco habían tardado en organizarse todos y más de un centenar de guerreros esperaban ansiosos en el patio de armas, dispuestos a recibir órdenes específicas. Sebastian salió del castillo, precedido de su mujer.

Al mirar a todos los allí congregados, vio que a la cabeza de cada uno de los batallones se encontraba su comandante en jefe y su primero al mando. Dereck encabezaba las filas de Sebastian y detrás de él estaban Devlan y Logan. Pudo advertir que Duncan también estaba entre su batallón de guerreros. Lo cierto es que ese joven había estado entrenándose con Gabriel a fondo desde que éste llegó y había aprendido mucho. Miró a su cuñado y este le indicó con un asentimiento que el joven muchacho estaba preparado para entrar a formar parte activa en la lucha.

Era bastante increíble cómo eran capaces de comunicarse entre ellos sólo con gestos. Todos los guerreros lo hacían pues su vida, en plena batalla, dependía de ello.

Allen también se encontraba entre los suyos, con su espada en mano. Sebastian iba completamente ataviado con su ropa de lucha y su hermosa espada Claymore de doble filo. Lucía orgullosa en el cinto del comandante en jefe. El tartán de su clan cubría su pecho, tapando la zona de su corazón.

Ahora era Laird O´Neill y por tanto lucharía por sus tierras escocesas de igual forma que tantas veces había luchado por las inglesas. Ellos eran su gente, su familia. Debía estar pendiente de igual manera.

Majestuosamente, se situó en el centro del patio de armas y Lori se mostró serena a su lado. Todos los guerreros habían formado un perfecto círculo a su alrededor y mantenían un estricto silencio. Todos deseaban escuchar cuanto Lord O´Neill hubiera de comunicarles.

Eran avispados, habían combatido en más de una ocasión. Sabían lo capaz que era su comandante en jefe de aunar fuerzas, animarlos y llevarlos a una batalla en la que seguro todos ellos saldrían vencedores. Si la estrategia ya la tenían preparada, no tenían nada que temer. Nadie osaba levantar la voz, nadie quiso realizar ningún movimiento.

Lord Sebastian O´Neill levantó su brazo izquierdo con el puño cerrado y todos los guerreros allí congregados pusieron su

rodilla en el suelo. Él hablaría y ellos le mostrarían obediencia.

—¡Guerreros! Como bien sabéis, estamos preparándonos para un severo ataque —comenzó a decir—. Os necesito a todos y cada uno de vosotros, concentrados en la lucha. Laird Igor McKenze es vil y cruel e intentará acabar con nosotros lo más rápidamente posible. No le importa nada salvo las tierras. Vamos a demostrarle que a nosotros también nos importan. Vamos a decirle alto y claro que nosotros sí luchamos para defender lo que es nuestro. Que nosotros demostramos la valía de nuestros clanes sin atacar por la espalda o amparados bajo la oscuridad de la noche. Vamos a demostrarle que el clan O´Neill sabe defenderse de esos malnacidos que lo único que buscan es sembrar la muerte y el caos por donde pisan. ¡Guerreros! —Alzó la voz—. Os necesito a todos. No debéis temer por las mujeres y los niños. Ellos estarán a buen recaudo en el interior del castillo. No hay forma de llegar hasta ellos sin pasar antes por encima de nosotros, y eso solo lo conseguirán acabando con nuestras vidas. Cosa que no vamos a facilitarles. —Sebastian se detuvo un momento para respirar hondo y centrar en su mente todas las órdenes que estaba a punto de encomendarles—. La estrategia es fácil. Hay hombres apostados en las torres vigías con los calderos de arena caliente. A mi voz, se encargaran de verterla, no antes. Meribeth y sus muchachos estarán arriba usando en nuestro beneficio sus arcos y flechas. Ellos nos cubrirán de los atacantes más lejanos. Desde el interior se lanzarán con las catapultas estas pequeñas bolas con pinchos que hemos fabricado para que los caballos de los atacantes caigan y les sea más difícil entrar en contacto con nosotros, Alex será el encargado de su uso. Logan, Duncan y Devlan estarán en las puertas del castillo y no permitirán el acceso a la parte interior donde se encuentran las mujeres. En el portón principal nos apostaremos Dereck y yo. Evitaremos que pase el máximo número de guerreros por encima de nosotros. El resto os mantendréis en el patio de armas y os dividiréis en grupos de quince y os mantendréis a salvo los unos a los otros. Ahora todos somos un clan, un único clan. ¡Pues guerreros, actuemos como tal!

Sebastian siempre había sido muy bueno alentando a sus ejércitos. Sin duda alguna, por eso era tan reconocido por todos. Con las palabras dirigidas, se aseguraba que al menos lucharan a muerte para salvaguardar las tierras y el clan.

Todos los hombres comenzaron a gritar: *Neart. Tapachd. Misneachd. Fuerza. Valor. Coraje.*

Una y otra vez coreaban esas seis palabras, que parecían una

canción. Todos llevaban el mismo ritmo y el mismo tono aunque poco a poco iban subiéndolo hasta llegar al grito, hasta convertirse en un ruido ensordecedor… Un grito de batalla que unía los dos idiomas de los clanes y que como, bien había dicho Sebastian, formaban uno solo.

El comandante levantó su brazo con el puño cerrado de nuevo y ello sirvió para que todos los guerreros callaran a la vez. Era la indicación, cada uno en silencio, debía ocupar su puesto.

Los dos hombres, situados en cada una de las torres vigía, subieron rápido los escalones que llevaban a lo más alto, donde el fuego alimentaba los calderos de arena. Dos escaleras de madera se habían dispuesto contra las paredes de la muralla central para que los arqueros subieran fácilmente a ocupar sus posiciones.

Por el momento los caballos estarían encerrados en la parte de atrás del castillo y no en las caballerizas. Si los atacantes deseaban quemarlas no hallarían ningún animal en su interior.

Prontamente y en silencio, el resto de guerreros ocuparon sus puestos y esperaron la señal de aviso, que sin duda llegaría en breve.

El nerviosismo recorría el cuerpo de todos los allí presentes y, pese a las bajas temperaturas del mes en que se encontraban, un sudor fino cubría los brazos de los guerreros allí presentes.

Meribeth, una vez colocados sus diez arqueros en sus estratégicos puntos, indicó mediante gestos ya estudiados hacia qué flanco debía atacar cada uno.

Su padre había dejado claro que esta vez serían ellos los primeros en atacar, así pues, esa iba a ser su primera misión. Cuando los jóvenes vieran que Meribeth lanzara, ellos deberían imitarla. Bien surtidos como estaban de flechas, no tenían ningún miedo a perecer en la reyerta.

Lo único que sentía la joven muchacha era que no se había despedido de Alex. Rogaba en silencio que nada le sucediese. Él era uno de los indicados para usar las catapultas y seguiría las órdenes de orientación de los vigías de las torres. Meribeth rezaba para que todo acabara bien. No deseaba perder a ningún ser querido en aquella contienda.

Lo cierto es que ninguna de las mujeres del castillo había podido despedirse de su persona amada. Sebastian no había dado tiempo a ello. De hecho, le explicó a Lori que formaba parte de la estrategia. No se despedirían los unos de los otros porque nadie iba a ninguna parte. En muy poco tiempo todo quedaría zanjado y ellos saldrían victoriosos, entonces podrían reunirse. El aliciente por

reencontrarse con la persona querida iba a ser lo que mantuviera a todo el mundo alerta y concentrado.

Cada uno en su puesto, todos en silencio, ningún movimiento salvo los previamente acordados, todos preparados y a la espera de que llegaran los atacantes.

El Padre Thomas se había instalado en el salón familiar, frente a la lumbre encendida y, de rodillas, cumplía con su sagrada misión. Rezar. Con su pobre y ajado rosario en la mano, rezaba todo aquello que creía podría beneficiar a la causa, eso sí, en un estricto latín. Todos ellos lo habían acogido con cariño y lo habían alimentado y vestido sin pedir nada a cambio. La oración por sus almas sería lo mínimo que él podría darles.

XX

UN NUEVO ATAQUE

Poco tiempo después, el vigía silbó la alarma de ataque.

Ya se acercaban. El momento esperado llegaba. Meribeth quiso contener a sus chicos, dándoles muestras de ánimo y apoyo, y les indicó cómo proceder a cada uno. Abajo, Alex tenía cargadas las catapultas con las minúsculas bolas con pinchos que harían caer a los caballos y entorpecerían el ataque. Sebastian sudaba intensamente. Ahora tenía a una gran familia a la que proteger y no estaba dispuesto a perder a nadie.

Cuando el vigía pudo divisarlos lo suficientemente cerca como para sorprenderles con un primer ataque, hizo señas a Meribeth, que esperaba con ansia su momento. Esta preparó su arco largo y, con su mano enguantada en cuero, tiró de la cuerda al colocar la flecha y apuntó al centro de los primeros hombres que formaban parte de la primitiva artillería.

Mirando a ambos lados, hizo señal a sus muchachos. Debían prepararse y esperar a que ella lanzara la primera flecha. Todos a la vez sacaron una de su carcaj y cargaron su precioso arco largo. Meribeth tensó un poco la cuerda y todos los allí reunidos imitaron su gesto. Después de respirar tres veces para calmar su torrente sanguíneo, decidió que ya estaban lo suficientemente cerca como para lanzar el primer ataque, así pues, sin dudarlo un instante… lanzó su primera flecha, dando en el blanco y atravesando el cuello de ese pobre hombre al que dejó sin vida en el acto.

Diez flechas más siguieron a esta y la mayoría de ellas impactaron en el blanco. No habían sido tan certeras como las de su señora pero habían aturdido a los atacantes al sufrir bajas importantes. A estas flechas, les siguió una segunda e intensa lluvia. Algunas acertaron, otras no, pero sin duda cumplieron su cometido al frenar al destacamento. Desestabilizarlos para que los hombres de Sebastian fueran los que dictaran las normas a seguir, en ese impresentable juego de guerra, era sin duda una gran estrategia.

El vigía, mediante señas perfectamente estudiadas, indicó a su señor que los atacantes eran superiores a ellos en número. Habría contado ciento cincuenta hombres aproximadamente. De ellos, la mitad eran ejército de combate cuerpo a cuerpo, unos diez hombres portaban arcos y el resto iba a caballo. Aun superándolos… Sebastian sabía que con todas las medidas que había tomado con

anterioridad, no saldría vencedor en esta ocasión Laird Igor McKenze. Esta vez, sin duda la victoria sería suya.

El ejército atacante se había detenido en seco para recomponer sus filas, al verse sorprendido por esa nube de flechas. Los arqueros se dispusieron a hacer su trabajo y respondieron de inmediato pero era difícil acertar sin visibilidad ninguna a través de la muralla.

Tal como había predicho Sebastian, las flechas volaron sobre las cabezas de los arqueros de Meribeth, situados en lo alto de la muralla y todas quedaron clavadas en el suelo. Ningún herido.

Era el turno de Alex, que sin más dilación ordenó el lanzamiento de la catapulta. Las bolas con pinchos no llegaron a tocar a ningún hombre. La misión de esas bolas era clara, parar el ataque de los hombres a caballo. Ahora que habían perdido algunos guerreros, enviarían a los que iban armados y a caballo para subsanar el error.

Sebastian no perdería el tiempo ni usaría flechas para parar el ataque. Los caballos solían ir bien preparados y odiaba tener que matar a un buen animal. Era más fácil que esas bolas se clavaran entre sus herraduras y les hicieran perder el equilibrio derribando así al jinete. El caballo, si estaba bien entrenado, huiría y se pondría a salvo dejando solo a su dueño. Entonces sería cuando ellos atacarían.

Los vigías veían trabajar con rapidez a los asaltantes. Con ellos habían traído unas mazas enormes, que ayudarían a romper el portón y entrar en el castillo. También portaban dos escaleras toscas que, suponían, ayudarían a trepar por el muro de entrada y abatir a los hombres de las torres vigías y a los arqueros que habían supuesto, por el momento, una grave amenaza.

Sebastian, sin embargo, tenía todo esto controlado y se congratulaba de ver cómo se había adelantado a los hechos. Esta vez no tenían nada que hacer contra ellos.

Aun así, no los privaría de una buena lucha. Ellos merecían morir con todo el honor que no habían sido capaces de conceder a todos aquellos a los que asesinaron en enfrentamientos anteriores.

Una vez los jinetes tocaron suelo y los caballos hubieron huido de la zona, los hombres de Laird McKenze se apresuraron a colocar las escaleras a ambos lados del portón.

Sebastian se debatía entre dejarlos subir y que, al tocar tierra, encontraran una muerte segura o atajar y acabar cuanto antes con sus miserables vidas, usando la arena hirviendo.

No se detuvo a pensar demasiado. No iba a darles tregua

alguna ni iba a forzar las cosas, quería que todo fuera lo más rápido posible y que su gente saliera bien parada de la batalla.

Casi sin darse cuenta, había dado la orden a los que controlaban la arena para que la vertieran por encima de todos ellos. Los gritos de aquellos hombres abrasándose por el quemazón y sabiéndose cerca de una muerte segura, hicieron retroceder a parte de los guerreros.

Nada estaba saliendo como habían planeado al resguardo de sus montañas. Habían realizado ese tipo de ataque tantísimas veces que para ellos era como respirar, sin embargo…

Dado que ya habían perdido a casi la mitad de sus hombres, temían encontrarse con aquello que les aguardaba tras las murallas.

De repente, vieron cómo los portones delanteros del castillo se abrían como por arte de magia. Ni siquiera habían llegado a usar sus mazas para romperlas.

El primero al mando echó la vista atrás, esperando órdenes de su superior. Ante la firmeza del mismo, todos los que quedaban en pie entraron corriendo sin saber qué esperar de todo aquello. Ellos eran bandidos, descastados, no temían a nada ni a nadie. ¿Cómo iban a temer? Un grito de batalla siguió sus voces hasta el interior del castillo, donde les esperaban más de cien guerreros armados hasta los dientes.

Sebastian miró a su hija y ordenó que no disparasen más flechas por el momento. Era el turno de sus experimentados guerreros. Ahora les tocaba demostrar su valía con la lucha cuerpo a cuerpo. Meribeth y sus muchachos serían los encargados de cubrirlos en la retaguardia. Esos malhechores no jugarían limpio y los ataques por detrás serían su jugada más mortífera. Sebastian estaba tranquilo respecto a ello, sabía que estaban bien protegidos.

En el interior, las mujeres se habían decidido a acompañar al Padre Thomas. Juntos levantaron plegarias al Santísimo, rogándole que no cayera ninguno de los suyos.

En un instante, la tierra donde se ejercitaban los guerreros se hallaba llena de hombres, unos vestidos de color azul y otros de colores diversos. Iban a la par en soldados y eran duros de derrotar. Meribeth quería controlar a todos los componentes de su familia pero era imposible, cada uno se hallaba en una posición diferente y dispersa. A los que sí podía controlar era a su hermano Kendrick y a Laird De Sunx, ellos estaban justo bajo su posición.

Sebastian, a su paso, no dejaba títere con cabeza. La furia se había apoderado de él y ahora se veía como el gran luchador del que todo el mundo hablaba. Dereck y él se cuidaban las espaldas el

uno al otro, así les era mucho más fácil el combate. Juntos eran invencibles.

Las espadas de los dos hermanos, que luchaban también con sus espaldas pegadas, eran rápidas, surcaban los aires con gran rapidez y, especialistas como eran en cortar brazos y piernas, se aseguraban de que los combatientes no pudieran continuar.

Los que no fallecían al momento, lo harían días más tarde si no se les curaban como correspondía las heridas.

Duncan se defendía muy bien. Parecía haber sido entrenado desde bien pequeño. Sin lugar a dudas, por sus venas corría la sangre de los De Sunx. Sabía desenvolverse bien y hasta el momento había sesgado la vida de todos aquellos que habían osado combatir con él. Gabriel estaría orgullo de su hijo, sin duda alguna.

Kendrick retenía a uno de esos bastardos, que se oponía a que llegara su fin. Sin embargo, el joven heredero era muy tozudo y se llevaría la gloria en las hazañas de aquel día. Luchaba con dos espadas a un tiempo. Se manejaba igual de bien con la derecha que con la izquierda y era rápido y efectivo en el ataque. Lo habían adiestrado para luchar y matar, la compasión no formaba parte en su forma de combatir. Aún con todo y con eso, con ese descastado lo estaba teniendo difícil.

Pese a las bajas temperaturas, el joven guerrero sudaba a mares, sin duda el ejercicio físico al que estaba siendo sometido así como el ímpetu quemaban su cuerpo. Dos estocadas más, solo dos estocadas, y ese malnacido sería suyo.

Alex también luchaba con ahínco. Ponía lo mejor de su parte, sin embargo, el vasto entrenamiento que había tenido de adolescente y el nulo que había podido realizar como hombre, le estaban pasando factura. Un par de veces los contrincantes habían logrado alcanzarle en sus brazos y hasta en su bonito rostro tenía algún corte menor.

Su primera espada había volado por los aires y cuando se agenció una segunda de donde las habían escondido, esta hizo compañía a la primera. Ahora se batía con un hacha, arma con la que se había hecho tras ser lanzado de nuevo contra el suelo.

Le sorprendió en demasía descubrir que era mucho más efectivo y diestro con ese arma que con alguna otra que hubiera tenido en sus manos en algún momento de su vida. Eso hizo que su ego creciera y que se dedicara en cuerpo y alma, primero a resistir cada una de las embestidas y después a tratar de matar a sus contrincantes. Bárbaros todos ellos, les sobrepasaban en altura y, por el tamaño de sus brazos, sabía que de caer entre ellos, lo único

que le esperaría sería una muerte segura.

Meribeth no les perdía de vista. Había visto luchar a su hermano en otras ocasiones y lo sabía ganador de la contienda que lo ocupaba, así pues, decidió mantenerlo a la vista sin que ello le impidiera atender otros flancos.

Prestó toda su atención a Alex que, muy a pesar suyo, se veía en problemas. Cierto era que con ese arma estaba más confiado pero nunca podría saberse qué harían esos descastados para ganar en la lucha. Cualquier artimaña era plausible para ellos.

Los hombres de Sebastian se mantenían en pie, habían podido acabar con la mayoría de los guerreros, así pues, decidieron usar las monturas y salir en busca de aquellos pocos que quedaran fuera del castillo y así acabar con ellos.

No habían visto a McKenze. De lo contrario Alex les habría dado aviso, pensaron que se encontraría fuera esperando que su ejército hiciera el trabajo sucio. Algo que Sebastian calificaba de cruel y egoísta. Sin pensarlo dos veces, salió a por ese desgraciado, acompañado por sus hombres. El resto quedaría en el castillo para acabar con los demás y, una vez hecho esto, para sacar fuera los cuerpos inertes que habían quedado esparcidos en el campo de entrenamiento.

Los muchachos de Meribeth se preparaban para bajar y ayudar. Eran muy pocos los que seguían luchando y Kendrick y Alex parecían tenerlo todo bajo control. Meribeth había decidido quedarse en las alturas para controlar la situación.

De repente, una sombra captó su atención. Detrás de su hermano había alguien que se movía con sigilo y observaba sus pasos pero no lograba ver su silueta. No sabía cómo darle aviso del peligro que corría en esos momentos. Al mismo tiempo, Alex había sido despojado de su nueva arma. Estaba de rodillas frente aquel hombre gigante y este alzaba su espada.

Iba a matarlo, mataría a Alex si no hacía nada al respecto… pero aquel personaje, que salía de entre las sombras y que ahora podía ver, portaba una daga y se cernía sobre su hermano.

Tenía que elegir una de las dos vidas. Pero, ¿cómo elegir? A los dos los amaba con todo su corazón, perderlos sería su propia muerte.

Meribeth respiró hondo y tomó dos flechas de su carcaj. Debería hacer una prueba. Los dos estaban cerca de su posición y ya había conseguido hacer esto con anterioridad cuando había salido a cazar. No siempre salía bien, pero debía intentarlo. Su concentración hacía que le temblara todo el cuerpo. Sin embargo,

cuando colocó sus dos hermosas flechas en el arco, quedó paralizada como una estatua, estiró grácilmente y lanzó la primera flecha, inmediatamente después volaba la segunda.

La primera dio de lleno en la axila izquierda del guerrero gigante, lo que provocó que dejara caer su arma y perdiera la consciencia de inmediato. Alex se apresuró a tomarla y se acercó a su contrincante, estaba muerto. Esa flecha le había salvado la vida. Meribeth y su elección le habían salvado.

La segunda flecha también llegó a su destino pero un instante más tarde de lo necesario. Kendrick acababa de traspasar el cuerpo de su enemigo de arriba a abajo con una de sus dos espadas, pero el atacante por la espalda había podido acercarse lo suficiente como para asestarle una puñalada antes de caer fulminado por su flecha.

Meribeth gritó. Su hermano había sido apuñalado y desde su posición no sabía cual habría sido el alcance del daño causado. Debía bajar de allí.

Alex se giró hacia Kendrick, alertado por el grito de la muchacha y lo encontró de rodillas sujetándose el costado con la mano. El puñal había entrado en la parte baja de la espalda y descansaba allí.

Rápidamente, lanzó la espada al suelo y corrió a reunirse con el joven. Lo cogió entre sus brazos y, susurrándole que no se moviera, lo tumbó sobre el lado derecho para que el puñal que se hallaba en su cuerpo no penetrase más.

No había nadie más con ellos. Cada uno estaba haciendo su trabajo, recogiendo y sacando cuerpos que apilarían mas tarde en una de las pequeñas colinas para prenderles fuego. Era la única forma de evitar enfermedades o epidemias.

Meribeth llegó corriendo hasta su hermano con los ojos anegados en lágrimas. Yacía ante ella, prácticamente sin vida. Por su decisión, Kendrick moriría. ¿Cómo podría perdonarse a sí misma? ¿Cómo haría para que las demás perdonaran su conducta? Cuando su madre se enterara de aquello, moriría de angustia.

La puerta del castillo se abrió abruptamente y de ella salieron las mujeres de la familia, acompañadas del Padre Thomas. Lori se lanzó de inmediato al suelo junto a su hijo. Una y otra vez repetía las mismas palabras: Mi hijo, han matado a mi hijo. Meribeth permanecía en pie al lado de su madre, mirando tristemente la escena representada ante ella. Iona estaba muda, petrificada, sin vida. No podía creer que su amado Kendrick estuviera muerto. ¿Cómo vivir sin él lo que le quedara de vida?

XXI

POR FAVOR, QUÉDATE

No había consuelo para ninguna de las mujeres. Y tampoco los hombres sabían cómo reaccionar. Nadie había previsto que sucediera aquello. Se suponía que tanto Kendrick como los demás saldrían ilesos de la contienda. Pero claro, una batalla era siempre imprevisible.

Con los mayores fuera del castillo y persiguiendo a Laird McKenze, necesitaban de alguien que les diera cordura para saber qué hacer en cada momento.

—Madre ha sido culpa mía. —Arrodillada junto a ella, Meribeth estalló de nuevo en sollozos.

—No puedes culparte de lo sucedido hija —acertó a decir presa del dolor más absoluto.

—Pero es cierto. Yo vi cómo una sombra trataba de atacarle al mismo tiempo que acababan de derribar por tercera vez a Alex, iban a matarlo y pensé… Madre perdóname. —La joven muchacha no acertaba a explicarse.

—Basta ya —dijo Annabella acercándose a su hermano—. No está muerto. Estáis tan cegadas por la pena que no habéis observado que, aunque levemente, sigue respirando.

—¿Quieres decir que está vivo? —preguntó Iona, siendo rescatada de su profundo ensimismamiento, ese mismo en el que se había perdido al creer muerto a su amor.

—Por supuesto. Acércate y escucha el tenue latido de su corazón.

Iona corrió a su lado, Meribeth la dejó pasar y se retiró para que pudiera acceder más fácilmente al muchacho.

Le pasó las manos por su dorado cabello y frotó las mejillas con su mano. Le puso los dedos bajo la nariz y comprobó que respiraba. Tal como había indicado Annabella, Kendrick estaba vivo y requería de sanación de inmediato.

—Meribeth, tu hermano respira —dijo Iona directamente a su joven amiga. De todos era conocedor que dicha joven era una magnífica sanadora. Si alguien podía salvar a su hermano, esa sería ella.

—Bien. Déjame mirar una cosa. —Se acercó cuanto pudo al puñal. No sabía que seguía clavado en el cuerpo de su hermano, nadie lo había retirado y tal vez eso había sido lo mejor. El mismo

puñal taponaba la herida, evitando que se desangrara. Antes de retirarlo, Meribeth quiso tomar precauciones—. Muy bien. Devlan, Alex, Duncan, debemos llevarlo dentro cuanto antes. Colocadlo en el salón familiar.

—No. Mejor llevémoslo a nuestra habitación. Allí están nuestras cosas y, sin duda, nuestro lecho será más confortable—. Sin darse cuenta siquiera, la joven había admitido frente a todos que compartía lecho con su amado Kendrick. Ni cuenta se dio del silencio que causó esa afirmación en el campo de batalla. Lo único que a ella le importaba en esos momentos era que los fornidos amigos de su amado lo llevaran a un sitio donde pudieran atenderlo cuanto antes y en las mejores condiciones. Nadie quiso hacer preguntas al respecto. No era ni momento ni lugar.

—Está bien —sentenció Meribeth—. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Por favor, tened cuidado cuando lo cojáis. No desearía que el puñal se moviera en ninguno de los sentidos.

Conforme pudieron, cogieron al herido que por fortuna había sufrido un severo desmayo y lo subieron despacio por las escaleras para llevarlo a su alcoba. Una vez en ella, lo depositaron sobre la cama, apoyándolo nuevamente sobre el lado derecho. Dejaron que Meribeth pusiera unas pieles tras su espalda y sus piernas para sujetarlo, en caso de que quisiera darse la vuelta o su fornido cuerpo cayera vencido por el peso.

Rápidamente pidió que calentaran agua y que subieran retales de telas. Iona se dirigió de inmediato a un pequeño cofre de madera gastada y extrajo de él unas finas prendas de hilo de ropa interior. Sin duda alguna, eran prendas de la propia muchacha. Se las cedió a Meribeth y esta reconoció en voz alta que serían de gran ayuda. Iba a necesitar muchas cosas para curar a su hermano. Mandó calentar un poco de agua, esta vez, para darle una tisana al malherido. Comenzaba a recobrar el conocimiento y no quería que despertase cuando ella estuviera curándolo, por tanto, iba a darle una pequeña solución a base de ajenjo para que lo adormeciera de nuevo y no sintiera dolor.

Necesitaría también su pequeño contenedor de plantas medicinales secas y recién cortadas. Envió a su hermana a buscarlo pues ella sabía perfectamente donde localizarlo sin perder tiempo. De allí necesitaría la Uña de Gato, para limpiar bien la herida y utilizarla más tarde como apósito para cerrarla, la caléndula que ayudara a esta a cicatrizar con rapidez y la manzanilla que aportaría el poder antiinflamatorio. No deseaba bajo ningún concepto una herida abierta que pudiera infectarse, además debería

tener muchísimo cuidado al retirar la daga y ver exactamente qué había sido dañado. No había tiempo que perder. Kendrick necesitaba ayuda de inmediato.

Rápidamente subieron varios calderos de agua templada, no había dado tiempo de llevarlos a ebullición en la cocina, por ello a Lori se le ocurrió la idea de encender la lumbre en el cuarto. Además de caldear la habitación, dispondrían de fuego en cualquier momento que precisara Meribeth. Martha llegó momentos después con dos grandes baldes que hacía poco tiempo había terminado y que sin duda servirían para calentar el agua en un espacio tan reducido. Trajo también con ella otros dos cuencos pequeños, su prima podría usarlos para enjuagar las tiras de tela.

En cuanto la tisana estuvo preparada, Meribeth se la dio a tomar a su hermano con cuidado. Parte de ella fue derramada pero se aseguró que tomara la cantidad suficiente para que cumpliera su propósito Pasado un momento, la joven pidió ayuda de nuevo a Devlan y a Duncan para que, con sumo cuidado, lo pusieran boca abajo. De este modo, ella podría trabajar con mayor rapidez y tener una mejor visibilidad de la herida.

Se sorprendió al ver que Alex no se encontraba con ellos. ¿Dónde demonios se había metido? Se sacudió pensando en que no era momento de pensar en él y sí de atender a su hermano. La joven se quitó el fino sudor de la frente y se dispuso a arremangarse y a limpiar y frotar con ahínco sus manos para que la herida no fuera contaminada por el contacto. Cogiendo un par de trapos ya mojados en agua caliente, se acercó a la daga y, con mucho cuidado, la extrajo de su espalda. Rápidamente limpió la herida y presionó con fuerza la zona afectada, evitando así que sangrara. Suturó con cuidado las diversas capas de la piel así como sus vasos sanguíneos y cubrió la herida con esmero.

Cuando la joven curandera hubo acabado el trabajo, se levantó satisfecha.

—Ha habido suerte —dijo emitiendo una hermosa sonrisa en su rostro—. Al parecer la daga no ha sido clavada hasta el fondo. —Quizá después de todo sí había salvado la vida de su hermano al intervenir con su flecha el ataque. Quizá de no haberla lanzado, la daga habría penetrado hasta el mango causándole una muerte segura—. Dos dedos de la misma han sido los que han abierto la herida en la baja espalda. Por lo que he visto, ha podido dañarle alguna costilla en ese lado. No es recomendable que la venda esté demasiado apretada, por lo tanto, le pondré un apósito y un vendaje que deberemos retirar constantemente, limpiar y volver a poner de

nuevo, cada día. Iona, yo te enseñaré cómo hacerlo y tendrás que estar día y noche a su lado, me avisarás de cualquier cambio que puedas advertir.

—Por supuesto, mi señora. Así lo haré. No me moveré de su lado. No lo haría aunque me obligaran —dijo enjugándose una lágrima de esos hermosos ojos verdes que no cesaban de sufrir por lo acontecido—. Cualquier cosa que pueda hacer para tener a Kendrick conmigo, tened por seguro que así será.

—Está bien. Por lo pronto os pediría a todos que salierais del cuarto y nos dejarais solos un momento, debo explicarle cómo proceder. En breve me reuniré con vosotros para ayudar en lo que sea menester.

Todos salieron del cuarto a regañadientes. Cada uno había dicho el porqué sería importante quedarse junto a él y cada alusión había sido desestimada por la joven muchacha. Iona se quedaría con él y con eso sería suficiente. Con la tisana que le iba a dejar preparada, Kendrick descansaría al menos hasta la mañana del día siguiente.

—Iona, debes controlar dos cosas —le dijo seriamente.

—Sí, mi señora. Decidme.

—La primera, por ningún motivo ha de subirle fiebre, eso sería motivo de preocupación pues significaría que tiene algún tipo de infección. Y la segunda, cuando veas el apósito demasiado bañado en sangre habrás de cambiárselo en ese mismo momento. No quiero que la sangre seca se pegue a la piel. Confío que con esto y las tisanas, cicatrice con mayor rapidez —explicó Meribeth.

—Lo he entendido, mi señora. Juro por mi vida que no lo dejaré solo ni un momento.

—Está bien Iona. Voy a cambiarme de ropa y volveré a ver cómo se encuentra. Deberías descansar un poco.

—Estoy bien señora, no os preocupéis.

Meribeth salió exhausta de la habitación. Entre los nervios acumulados en el campo de batalla y lo que ahí había sucedido, le pesaba la cabeza y le daba vueltas todo. Decidió tomar un té y buscar a Alex. ¿Qué podría haber sucedido para que se ausentara de esa manera? No recorrió mucho del castillo puesto que se hallaba sentado en un banquito junto a la puerta de la cocina.

—Alex, ¿te encuentras bien? —dijo la joven, ladeando un poco la cabeza y frunciendo el ceño. Su rostro le indicaba preocupación.

—Meribeth, ¿te das cuenta de lo que ha sucedido? —dijo el joven laird.

—Sí, por supuesto que me doy cuenta. —La joven estaba cansada y apesadumbrada. No se arrepentía de haber tomado aquella decisión, pero no quería que nadie la recriminara por sus actos. Su hermano estaba fuera de peligro. Ella lo curaría.

—Podían haber matado a tu hermano.

—Iban a acabar con tu vida, Alex —dijo la joven, medio gritando.

—¿Has antepuesto mi vida a la de tu hermano? —dijo sin levantar apenas la voz.

—Sí, así es —dijo Meribeth enfatizando al máximo sus palabras.

—Le has dado un valor a mi vida que nunca antes había tenido. —Alex se levantó y se acercó a la joven.

—Tu vida tiene mucho valor para mí. Si tú no estuvieras vivo, yo tampoco podría seguir en este mundo. —Rodeó con sus brazos la cintura del joven muchacho y se acurrucó en su torso.

—Te estoy muy agradecido porque salvaras mi vida —dijo sonriendo al tiempo que acercaba sus labios a los de la joven curandera—. Estoy muy agradecido por tener a una mujer tan maravillosa a mi lado.

Pronto las palabras quedaron anuladas por los besos y las caricias. Los dos jóvenes necesitaban sentir el aliento de uno en el otro. Al fin libres para expresar sus sentimientos.

Iona deseaba impaciente que Kendrick despertara. Necesitaba desesperadamente escuchar su voz. La luna ya había salido y él seguía dormido.

Era cierto que Meribeth le había dicho que lo mejor sería que durmiera hasta el día siguiente pero ella quería escuchar nuevamente el sonido de su voz y asegurarse de que todo iba bien.

Acercó su rostro al del joven muchacho y besó su frente, besó sus mejillas y besó sus labios. Estaba caliente, pero no había rastro de fiebre lo cual era una buena señal.

—Kendrick, mi amor. Despierta y quédate conmigo. No te vayas. No me dejes. Eres un magnifico guerrero. Lucha por salir adelante. Has de luchar por nosotros dos. ¡Por favor Kendrick, por favor, quédate conmigo! —Esas fueron las últimas palabras de Iona antes de quedarse dormida.

XXII

A LA CAZA

La noche había caído y no había ni rastro de Sebastian y de sus hombres. ¿Dónde podían estar? ¿Qué había sucedido?

Los guerreros que se quedaron a cargo del castillo y de las personas que allí se encontraban, habían seguido con exactitud las órdenes de su comandante en jefe. Habían apilado todos los cuerpos de los atacantes fallecidos en la pequeña colina de enfrente y les habían prendido fuego. Habían tardado todo el día en hacerlo pero por fin habían acabado. Aquellos menos afortunados, aquellos que no habían caído en el campo de batalla, habían sido curados y transportados a las mazmorras. Eran pocos, pero suficientes como para entregarlos al emisario de su majestad. Él decidiría qué hacer al respecto.

No tenían hambre a pesar de no haber probado bocado desde la mañana pero necesitaban de alimentos para seguir adelante. Así pues, se dispusieron a comer cualquier cosa que hubiera por la cocina, aun si estaba frío.

Lori no paraba de mirar por la pequeña ventana del salón familiar a la espera de ver llegar a su marido, vivo y en perfectas condiciones. Martha la acompañaba en su vigilancia. Su marido tampoco estaba en el castillo con ellos.

Meribeth subió en varias ocasiones a ver el estado en que se encontraba su hermano, le extrañó que Iona le dijera que no había despertado en ningún momento. Eso la preocupaba. Era cierto que le había administrado algo de ayuda para conciliar el sueño y que no sintiera tanto dolor, pero debería haber despertado alguna vez al menos. No dijo nada a Iona por no preocuparla pero, tras darle algunas vueltas a lo que podría haber sucedido, decidió subir por tercera vez a media noche y explorar a fondo su cuerpo; quizá se le había escapado algo. Pidió a la muchacha que la ayudara a despojarlo de sus ropas y, salvo un par de arañazos o hematomas en piernas y brazos no vio nada preocupante. Se le ocurrió mirar en la cabeza. Tal vez había recibido un golpe sin que ella lo viera. Podría ser porque en los últimos instantes de la lucha su visión había estado fija en Alex y sus problemas.

Por fin halló el problema, había encontrado la razón por la cual su hermano no despertaba. Tenía un bulto en la cabeza del tamaño de un huevo. Sin duda alguna, le habían propinado un

golpe con algún arma contundente, un poco de sangre seca aparecía entre su pelo. Seguramente la inflamación estaba dentro, no dejar escapar el líquido rojo podía hacer que se enquistara y sufrir lesiones graves. Lo único que podía hacer ella era limpiar bien la herida y curarla con sus analgésicos. Administraría esencia de ajo mediante tisanas, un maravilloso anticoagulante natural para que no se crearan tapones en los vasos sanguíneos y la circulación fuera perfecta. Dejaría dicho a Iona que en el momento en que despertase se le avisara de inmediato.

Ya era de madrugada. Martha y Lori no habían conseguido pegar ojo en toda la noche. Se suponía que sus maridos habían ido tras Laird McKenze para acabar con él y vendrían de nuevo al hogar con todos los problemas solucionados. Sin embargo, el sol ya había salido y no había rastro de ellos. La preocupación las consumía. El no saber qué había pasado con ellos era lo peor para ambas mujeres. Decidieron salir al campo de entrenamiento y esperarlos. El cielo estaba negro como el tizón, iba a caer una gran tormenta. Esperaban que para aquel entonces los hombres ya hubieran regresado.

Meribeth subió a ver a su hermano, le agradó encontrarlo en mejor estado. No había despertado todavía pero su tez estaba menos blanquecina e incluso tenía un poco de color en sus mejillas. Se acercó para tomarle la temperatura sin querer despertar a Iona, que dormía a su lado. Nada, no tenía alta la temperatura.

—Hermana estoy bien —dijo despacio. Meribeth estalló en lágrimas de alegría, al ver que al fin abría los ojos.

—Por fin despiertas.

—Desperté hace rato pero no quise molestar, Iona —le dijo medio adormecido.

—Ha estado a tu lado desde que te subimos a vuestra alcoba —dijo la joven mirando a su hermano con una sonrisa divertida en los labios.

—¿A nuestra alcoba? —preguntó el joven, viéndose descubierto.

—Eso dijo ella ayer delante de todos.

—Hermana, deja que te explique… —El muchacho intentó incorporarse un poco pero no lo consiguió, el dolor lo hizo estremecer.

—No hace falta que digas nada Kendrick. —Meribeth se acercó a su hermano para colocarlo en una mejor posición—. Para

mí está claro. Lo que sucede con Iona, es algo que nunca esperabas sentir por una mujer, ¿verdad?

—Así es. ¿Entonces ya lo sabe todo el mundo? —murmuró al tiempo que cerraba los ojos.

—Sí, hermano. Escúchame, quería pedirte disculpas.

—¿Y eso por qué? —dijo, intentando cambiar de postura.

—Yo vi que estabas en peligro. Pero Alex también lo estaba y no podía ayudaros a los dos al mismo tiempo.

—Y elegiste ayudar a Alex, ¿verdad? —dijo el hermano, luciendo una sonrisa en los labios.

—Sí, Kendrick —dijo la joven curandera cabizbaja.

—Por lo visto, no soy el único que siente algo por otra persona que nunca esperaba sentir.

—No sé cómo pasó, hermano. Solo sé que está ahí y que no quiero que se vaya.

—Esas cosas son así —dijo emitiendo un gesto de dolor y llevándose la mano al costado herido.

—Descansa. En un rato te subiré otra tisana. Debéis descansar los dos. Celebro verte en mejor estado.

Meribeth bajó a las cocinas y puso a hervir sus plantas para subirle de nuevo el tratamiento, allí encontró a Alex.

—Alex, me alegro de verte. —La muchacha contenta al verlo, se lanzó a sus brazos para obsequiarle con un dulce beso que le fue devuelto cargado de pasión.

—Venía a buscarte, has de acompañarme fuera.

—¿Qué sucede? —No le gustaba su semblante.

—Tu padre ha regresado.

—¿Está bien? Alex… —Todo su cuerpo se tensó, poniéndose en alerta en ese mismo instante.

—Está bien, pero quiere vernos a todos fuera —dijo rápidamente para tranquilizarla—. Dereck ha sufrido un percance. Te necesita.

—¡Santo Dios! ¡Vamos! —La joven no caminaba, corría.

Una vez en el exterior, vieron cómo Sebastian abrazaba a Lori, acurrucada en el torso de su marido. Logan tenía a Martha a su lado y no dejaba acariciarle el rostro y besarle las mejillas. La joven curandera se acercó rápidamente y se abrió paso para reconocer al herido.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la joven mientras acababa de romper la pernera de su pantalón.

—Cuando volvíamos, su caballo sufrió un accidente y Dereck cayó al suelo. No pudo volver a ponerse de pie.

—No me extraña. Tiene la pierna fracturada. Esperemos que sea una fractura limpia. Llevadlo dentro.

La muchacha limpió rápidamente la herida y después de poner el hueso en su sitio procedió a entablillarlo y sujetarlo con trozos de tela. Afortunadamente, la misma tisana que administraba a su hermano era también válida para él. Sin más, se la administró.

Durante el período de curación, Sebastian explicó a todos los que allí se hallaban reunidos que habían tenido que abandonar la búsqueda de Igor McKenze debido al accidente de Dereck pero que, aunque desconocían su posición exacta, sospechaban que se hallaban escondidos en la zona de las grutas. Allí era donde se habían visto obligados a retirarse. Esa misma tarde, saldrían de nuevo y esta vez sí lo capturarían.

Lori puso al corriente a su marido de lo sucedido con su heredero. Sebastian corrió a sus habitaciones a ver cómo se encontraba. Lo halló bastante restablecido y con buen color de cara. Seguía acompañado por Iona, que insistía en quedarse a su lado por si algo le acontecía. Tanto Lori como su esposo fruncieron el ceño, al ver a la pareja. Este recordó entonces que tenía pendiente esa conversación con su mujer. Al salir de la habitación, la tomó de la mano y se preparó para darle una explicación a lo que acababan de ver.

—Lori, en cuanto a esto… —dijo señalando en dirección al cuarto de Kendrick.

—No hace falta que me des explicaciones. Hace ya mucho tiempo que sé lo que ocurre entre ambos muchachos.

—¿Lo sabías y no me dijiste nada?

—Amor, no tienes la cabeza para pensar en esas cosas ahora. Es un tema sin importancia…

—¿Sin importancia? Lori, cuando hablé el otro día con Kendrick, le advertí que si querían seguir con la relación, cosa que para tu información quieren hacer los dos, debía hacerlo fuera del castillo. No pienso tolerar esa situación bajo el mismo techo en el que viven nuestras hijas.

—Está bien, está bien… Tienes toda la razón. Lo mejor será que les indiquemos que su proceder está mal y que quizá deberían alejarse de nuestro amparo. Casarse y formar su propia familia.

—No tienes término medio ¿Ha de ser todo blanco o negro?

—No, no lo tengo.

—Está bien, hablaremos cuando esto acabe. —Sebastian abrazó a su mujer y la besó con ternura. Le encantaba la paz que Lori le trasmitía. Necesitaba sentirla a cada momento. Ahora con el

paso de los años, bendecía el día en que se conocieron y aún más el día en que lady Violet, al presentarlos indicó que una mujer como ella era justo lo que él necesitaba. ¡Qué buena visión había tenido su madre! No había mejor mujer para él que la suya.

El destino quiso que, poco tiempo después, el vigía diera orden de abrir nuevamente los portones del recinto amurallado. Los hombres del rey llegaban por fin. No eran tantos como había dicho el mensajero el día anterior, tan solo una veintena de hombres liderados por Laird Dougland, aun así, en cuanto les explicaran lo sucedido, seguro se unirían a ellos.

Laird Malcom Dougland era un hombre imponente. Con su pelo rojizo y unos cuantos blanquecinos que se apreciaban desde la distancia en las sienes, el hombretón, que superaba en altura a cuantos estuvieran allí, se acerco a Lord O´Neill y cabeceó firmemente en señal de saludo.

—No hemos sido presentados formalmente Lord O´Neill, pero conozco demasiado bien vuestra reputación. —El tono con el que hablaba era duro, frío y cortante.

—También yo he oído hablar de vos. Fue decisiva vuestra ayuda en la última contienda que se vivió en las Highlands. —El tono que Sebastian usaba al referirse a él, era de absoluta admiración.

—He de seros sincero… No me apetecía recorrer tanto trayecto para ayudar a un inglés. Nunca hemos congeniado. Demasiadas disputas innecesarias. —Cruzando los brazos en actitud de guerra, prestaría atención a lo que le dijera el señor del castillo.

—Os entiendo, Laird Dougland. Pero permitidme deciros que en este momento estáis hablando con Laird O´Neill. Mi gente necesita de ayuda. Este clan adoraba a mi tío y él me dejó su legado. Juré ante su tumba que cuidaría de ellos hasta mi muerte y entonces serían mis hijos quienes ocuparían mi lugar. En estos momentos tanto mi familia como mis amigos y yo mismo, somos plenamente escoceses. No debéis avergonzaros de venirnos a prestar ayuda. Una ayuda que en estos momentos nos es muy necesaria. —Laird Dougland cabeceó un momento, intentando asumir lo que se le estaba contando y cuando volvió a levantar la vista vio a Laird Alex de Sunx. De inmediato se puso en guardia.

—¿Ese que se esconde al fondo es Laird De Sunx? —quiso saber en tono amenazante.

—Sí, señor. Yo soy. Y no me escondo, ni mucho menos. Solo espero a que mi señor acabe las conversaciones con vos para salir a terminar nuestro trabajo —argumentó, dando un paso al frente.

—Laird O´Neill ¿Acaso desconocéis aquello que se murmura de este joven?

—Por supuesto que no. Por lo que veo, nuestro rey no os ha informado de lo sucedido. —El hombretón negó con la cabeza. Su rey le había pedido ayuda y aunque fuera para un inglés, él haría todo cuanto su majestad le pidiese. No precisaba ser conocedor de toda la historia—. ¿Sabéis vos que todo es una farsa? Dejadme que os explique cuanto notificaba en mi carta a nuestro rey…

La luna ya se había puesto cuando Sebastian concluyó su relato, que tuvo como consecuencia un visible enfado en el rostro de Laird Dougland. En esos momentos, podría haber matado a quien fuera sin parpadear. Su rey debió haberle explicado, pues había ido a ciegas a una lucha en la que pensaba en acabar con una persona a la que debería acompañar para acabar con otra.

Igor McKenze era un antiguo amigo y aliado de su familia. Se creía que estaba de su lado luchando por la causa escocesa, por mantener los clanes unidos y por formar alianzas unos con otros. Ahora se descubría que todo era un invento ¿para qué? Para que los clanes desaparecieran y quedaran expuestos a nuevos ataques ingleses.

Si era eso de lo que se trataba y su majestad lo tenía en cuenta, ya no dudaba del porqué había sido él el elegido para esa nueva contienda. Ahora quedaba claro que tenían que acabar con ese malnacido. Escocia y sus tierras merecían tranquilidad y sosiego.

Todos los hombres estuvieron despiertos hasta el alba, tenían mucho que planear y mucho que preparar. Había que dar caza a ese desgraciado y todo había de salir bien.

Desgraciadamente para Meribeth, era mucho más necesaria en el castillo que saliendo en busca de McKenze. Por tal motivo, y por una vez, no increpó a su padre para que la llevara con él. Debía estar atenta de los heridos.

Alex, Devlan y Logan, acompañados por todo su destacamento, quedaban a cargo del castillo para descanso de sus mujeres. Ellos serían los encargados, junto a otros cincuenta hombres más, de la guardia y custodia de los habitantes. Alex protestó en un principio. Quería vengar todo aquello que su pueblo había sufrido y mucho más la absurda muerte de su madre, pero Sebastian le hizo entender que su pobre entrenamiento militar no haría más que entorpecerles el trabajo. Además, su majestad el rey había pedido que se presentara su cabeza pero con vida. Los mayores, que habían salido muchas veces a una caza y captura

como esta, sabían que no tardarían demasiado en localizar al Laird y hacerse con él.

Era cierto que, pese a la distancia que habían recorrido, las ganas de venganza y de recuperar el honor de todos ellos, superaba el cansancio de tantos días.

Después de pasar largo rato buscando a los malhechores por los alrededores y sabiéndolos agazapados en cualquier rincón oscuro, por fin dieron con ellos. Se hallaban escondidos en una cueva a la espera de que pasara el peligro. Nada más lejos de la realidad.

Allen se acercó sigilosamente a la entrada y echó un vistazo al interior. No había iluminación, salvo la que los rayos del sol depositaban en un sitio tan lúgubre y húmedo. Se aventuró un poco más adentro con intención de averiguar cuántos hombres estaban apostados. Ellos eran más de cincuenta, así pues, sería muy extraño que los atacantes supervivientes les superaran en número. Reptando como pudo y en el más absoluto silencio, llegó a la zona donde se encontraban los descastados.

Catorce seguidores, más el propio laird, se mostraban plácidamente sentados en torno a una pequeña hoguera, seguros de que en su oscuro y recóndito recinto no corrían peligro alguno.

Allen volvió sobre sus pasos para avisar a los que esperaban. Sería fácil acabar con ellos si entraban en tromba y luchaban como ellos sabían pero Laird Dougland quería llevarlo a la corte y ponerlo frente al rey David I de Escocia para que pagara las consecuencias de sus viles actos.

Así pues, para conseguir que salieran, no se les ocurrió otra cosa que llamarlo a pleno pulmón. ¿Qué más daba si reconocía o no las voces? ¿Qué importancia podría tener que salieran preparados para la lucha? Serían superados y apresados sin más. Confiaban que fuera todo rápido y que no se dispusieran para la batalla. Sebastian estaba cansado de tener piedad y de ser noble con ese tipo de gente, deseaba apresarlo para volver a su casa con su familia y seguramente sus hombres pensaban de igual forma.

Los que descansaban en la cueva salieron prestos al escuchar las voces. Desafortunadamente para Sebastian, llevaban sus armas en las manos. Al parecer eran tan estúpidos que pensaban luchar y ganar, pese a estar en clara desventaja. Laird McKenze reía, tanto que hasta llegó a carcajearse de ver los rostros de los recién llegados. Ello no gustó a Sebastian en absoluto. Intercambió unas miradas con Gabriel y con Laird Dougland pero ninguno de los dos supo qué decirle. No era una táctica para distraerlos, no. Habían

enfundado hasta sus armas. ¿Qué sucedía allí que ellos no supieran?

—Bienvenidos a nuestra humilde morada, laird. ¿Qué podemos hacer por vos? —la bravuconería de aquel individuo no parecía tener límites.

—McKenze, como ya sabréis, venimos por vos —dijo Laird Dougland

—Por supuesto que lo sé. Os aguardábamos hace ya largo rato.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Gabriel.

—¿Acaso creíais que os íbamos a facilitar tanto la localización de nuestro escondite cuando llevamos años manteniéndolo oculto? No, laird —se respondió a sí mismo—. Habéis hecho lo que se esperaba de vosotros. Como gente noble y buena, venís en nombre de nuestro rey para apresarnos y llevarnos frente a su majestuosa persona. No os extrañéis tanto. Deberíais saber que nunca falta gente que a cambio de un buen oro me tenga al corriente de todo cuanto se trama en la corte. ¿Verdad Laird Damien?

—¿Damien? ¿Estás aliado con este sujeto? —preguntó gritando Laird Dougland. Ante la sonrisa de su, hasta ahora amigo, entendió que lo que tramaba desde un principio era llevarlos hasta ellos—. Ahora entiendo por qué dijiste a nuestro rey que yo era el más capacitado para realizar esta encomienda, al igual que también entiendo, el motivo por el cual hiciste tanto hincapié en acompañarme con vuestros hombres en el viaje. No querías ayudar. Lo que querías era acabar conmigo. La envidia es un enemigo rastrero, Damien.

—Deberías haberlo pensado mejor.

—Si lo decís por la cantidad de guerreros —dijo Igor McKenze—, deberíais saber que ahora estáis en clara desventaja.

—¿Desventaja? —repitió Dougland, emitiendo una carcajada —. Vos no seríais capaz de acabar con mi vida ni doblando mi ejército en número. Eso es algo que Damien debería haberos dicho.

—Por no recordaros que nosotros, —añadió Allen señalando a Gabriel, a Sebastian y al resto de sus hombres—, también estamos aquí.

—¿De verdad queréis luchar? —preguntó Laird Dougland.

—Esto es ridículo —dijo Sebastian exasperado—. ¿Cuándo pasaremos a la acción para poder volver a mi hogar con mi familia? Estoy cansado, tengo hambre y me duelen los pies por el frío. — Claramente Sebastian se estaba burlando de los contrarios, la situación era peligrosa. Si bien ellos eran muy buenos con la

espada, era preocupante que les superaran en número. ¡Qué bien le habría venido su hija en aquellos momentos! Ella con sus flechas, los habría sacado a todos de aquella situación en un abrir y cerrar de ojos. Se sorprendió gratamente al pensar en ella como en un guerrero más, que era lo que hacía mucho tiempo la joven muchacha intentaba hacerle entender.

—Está bien. Como deseéis, muchachos —dijo McKenze a voz en grito—. A mi señal.

No hizo falta señal alguna. Tal como Sebastian sabía que actuarían, sería con antelación a la orden de su líder y por la espalda. No necesitó darse la vuelta. Desenfundó su hermosa espada y, empuñándola hacia atrás y pasando por su costado derecho, la clavó en el cuerpo del hombre que se apresuraba a atacarlo. No dejaría que lo sorprendieran y por supuesto llegaría a casa, sano y salvo. Se lo había prometido a su mujer y él siempre cumplía sus promesas.

Rápidamente, la sacó de ese cuerpo inerte, limpió con sus pieles la sangre y se encaró con otro de los contrincantes. Iba a echar en falta a Dereck, sin embargo el laird escocés estaba haciendo un buen trabajo matando a diestro y siniestro casi sin pestañear. Decidió que sería mejor aunar fuerzas con él, tal vez así todo discurriría más rápido.

Mediante signos y gritos de advertencias ambos hombres entraban poco a poco en una lucha tras otra, acabando con cualquiera que se acercara a ellos.

Gabriel y Allen hacían lo propio con sus espadas. Pese a su edad… eran sumamente ágiles y, por desgracia para sus atacantes, difíciles de apresar. Seguían utilizando la misma táctica de distracción que cuando eran jóvenes y se entrenaban en el castillo O´Neill. Al tener el mismo rostro, daban vueltas el uno sobre el otro y así lograban desorientar al atacante que, sin tener nada que hacer, moría a manos de su espada.

—Gabriel, ¿imaginas cuánto podríamos hacer de tener con nosotros a Kendrick, Duncan y Alex? —dijo Allen conteniendo una carcajada.

—Pues no lo había pensado querido hermano, pero si con nosotros dos ya les resulta complicado diferenciar quién es quién, con cinco seríamos intocables. —Gabriel se mofaba de sus atacantes y reía a la vez que aguijoneaba el cielo con su espada. Obviamente la similitud de los rostros de los De Sunx era participe en todos ellos. Como táctica de distracción podría ser muy válida.

Pese a los empeños de Laird Igor McKenze, fueron reducidos

en muy poco tiempo y él apresado tal como quería Laird Dougland desde el principio. Pagaría con su vida, por supuesto, pero ante el rey. Ello dejaría el nombre de Laird De Sunx limpio para siempre.

XXIII

UNA AMARGA DESPEDIDA

Ya era bien entrado el medio día cuando los hombres regresaron al castillo. Volvían todos sanos y salvos, y volvían con un importante preso.

Sin embargo, Laird Dougland no quería permanecer en ese castillo ni una noche más. No porque no fuera invitado sino porque prefería volver a la corte, presentarle sus respetos al rey y, con ellos, a ese desgraciado cuanto antes. Además, de esa forma se aseguraba de mantener lejos los problemas que ese hombre pudiera volver a causar.

Todos los que habían llegado con él, excepto los que habían tenido la mala fortuna de aliarse con McKenze, volverían a sus vidas y serían reconocidos por su valor ante todos. Sebastian preparó una carreta para ellos con bebida y comida suficiente.

A la hora de despedirse no lo hicieron como un inglés y un escocés, sino como dos lairds que luchaban juntos por una misma causa: restaurar la paz en las Highlands y conseguir vivir con tranquilidad.

En mitad de la despedida, llegó Alex tomando de la mano a Meribeth, pidiendo por favor que se le permitiera hablar con aquel bastardo.

Laird Dougland no vio nada de malo en ello por lo tanto no opuso ningún tipo de objeción.

—Buenas noches tengáis, Laird McKenze.

—Más buenas para unos que para otros —respondió.

—Supongo que no me recordáis —dijo Alex, acercándose un poco más al detenido.

—¿Debería acordarme de vos?

—Sí, deberíais —dijo visiblemente enfadado—. Soy el hijo de Fiona—. Nada más mencionar ese nombre Igor supo de qué se trataba.

—Fiona. Sí, la dulce Fiona.

—Vos atacasteis repetidas veces nuestro clan, acabando con la mayoría de nuestros mayores y niños. En la última contienda acabasteis con la vida de mi madre —dijo Alex visiblemente enfadado.

—Fiona no debió casarse jamás con tu padre. Ella debió cumplir la promesa que hizo su padre de casarse conmigo. Obtuvo

su merecido: un castigo por su desobediencia.

—¡Maldito bastardo! —Alex se acercó y, dándole un puñetazo, lo tiró al suelo—. ¿Empezasteis todo eso por un absurdo compromiso que ni siquiera existía, salvo en vuestra mente? Sé a ciencia cierta que jamás se firmó una alianza entre vuestro clan y el de mi madre. Mentís al decir esas cosas.

—Alex, por favor. Contente —dijo Meribeth.

—Este desgraciado, humilló y abusó de mi madre en repetidas ocasiones y no paró de golpearla hasta que quedó sin vida, tendida en el suelo. —Todos los que estaban allí cerca escucharon claramente las palabras del muchacho.

—Tu madre era una mujer muy bella —dijo Igor riéndose y levantándose del suelo—. Siempre causó en mí un deseo desmedido y no paré hasta conseguirla. Todavía recuerdo su olor, muchacho.

Laird McKenze no tuvo oportunidad de emitir una sola palabra más. Alex no pudo seguir escuchando esas malditas palabras que ensuciaban el nombre de su querida y añorada madre. Tomó del cinto de Meribeth su pequeña daga y, sin que el preso lo advirtiera siquiera, se abalanzó sobre él y se la clavó justo en el cuello seccionándole la carótida. No hablaría nunca más ni causaría más daño a nadie. Su madre acababa de ser vengada.

—Pero Alex, ¿Que has hecho? —gritó Meribeth al tiempo que se personaban junto a él Sebastian y Laird Dougland.

—Lo que debía.

—Pero… —Sebastian quedó sin palabras.

—Decidle a su majestad que yo maté a su detenido. No podía consentir que siguiera humillando a mi madre, aún estando esta fallecida. Pongo mi persona a vuestra disposición si así lo consideráis oportuno —dijo situándose frente al emisario del rey.

—Alex, no —sollozó Meribeth, que miró suplicante a Laird Dougland.

—Laird. —Sebastian se antepuso al muchacho. —Puede que haya sido movido por venganza, pero ese hombre había causado un daño irreparable en muchas de las tierras lindantes a las nuestras. ¿Podríais vos interceder por él ante nuestro rey para que no recayera la culpa en el muchacho? Vos, de estar en su lugar habríais actuado de la misma manera.

—Laird Sebastian, hoy hemos creado un vinculo irrompible entre nuestros pueblos. No acepto los actos llevados por una venganza. Acabar con una vida siempre es algo muy difícil de disculpar…

—Por favor, laird —suplicó Meribeth a su lado.

—No me has dejado terminar muchacha. Sin embargo, creo que será mucho mejor, si en esta ocasión informo a su majestad de lo ocurrido aquí: Igor McKenze cayó en la batalla junto al resto de sus secuaces.

—¡Gracias al cielo! —susurró Meribeth, tremendamente aterrada por cómo se habían sucedido los acontecimientos.

—Creo que de este modo le damos, a su majestad, solución a un problema importante sin que haya sido necesaria su intervención. Evitaremos con ello algún que otro enemigo a la corona. Todos sabemos cómo son las cortes, no todos son de la misma opinión que nuestro rey en estos momentos. Hijo —se dirigió a Alex—, yo daré cuenta a nuestro rey de su muerte en plena batalla.

—Muchas gracias, laird. Estaré en deuda con vos toda la vida —Alex le tendió la mano.

—Bien. No me queda nada que hacer aquí. —Laird Dougland se dio la vuelta y se encaminó hacia su corcel para partir de inmediato hacia Edimburgo.

—Ahora que Igor no representa ningún problema. ¿Por qué no os quedáis a descansar esta noche y partís al alba?

—Una idea muy tentadora pero no os molestéis laird, si os digo que preferimos coger el cuerpo inerte de este desgraciado, quemarlo en las afueras y compartir la noche con las estrellas.

—Como gustéis. Pero sabed que aquí siempre seréis bien recibido. —Sebastian se despidió de ellos y, atravesando la muralla, regresó con su familia al salón donde todos aguardaban.

Los problemas parecían haberse terminado por fin. Todos estaban increíblemente cansados. Tanto que Sebastian creía que podría dormir días enteros si se lo permitían.

Así pues, todos marcharon a sus respectivas alcobas a intentar conciliar el sueño. Sebastian necesitaba relajarse, pegado al cuerpo de su mujer. Eran tiempos de paz.

Meribeth estaba en pie al alba. No podía modificar sus horas de sueño. Desconocer qué sucedería en los próximos días con sus vidas no hacía más que causarle dolores de cabeza.

Sin perder tiempo, fue a ver cómo se encontraban los heridos.

Ambos mejoraban como debían y afortunadamente no había rastro de infección en ninguno de ellos. Meribeth sonrió complacida cuando salía de las habitaciones.

Suponía que partirían hacia su casa cuando su padre decidiera que había llegado el momento oportuno pero eso no sería posible antes de un par de semanas como mínimo. Era imposible que kendrick y Dereck pudieran montar a caballo antes de ese plazo.

No sabía qué hacer, ni con quién hablar. No deseaba separarse de Alex pero estaba claro que sus vidas irían por caminos separados. Debía empezar a hacerse a la idea, debía resignarse como buena mujer que era.

Días después, llegó el momento de las despedidas con la partida de Duncan. Marchaba a su hogar donde lo esperaban con premura. Tres meses fuera y sin ver a su prometida era mucho tiempo, necesitaba volver y comprobar que no había sucedido nada malo en su ausencia. Con él se llevaba cinco jóvenes con ganas de ver mundo y trabajar en otros aspectos de la vida. Finalmente, Gabriel no lo acompañaría. Duncan no aceptaría que lo acompañasen, como si de un niño se tratara. Además, ya no había peligro por los caminos. Y gracias a su padre y a sus tíos, ahora sabía cómo defenderse. No tardarían tanto en llegar. No estaban tan lejos.

La despedida entre los gemelos fue la más dura. Nunca se habían alejado el uno del otro, ni siquiera un día. A partir de ese momento vivirían el uno sin el otro. Separarse iba a resultar un cambio muy duro para ambos. Duncan juró que la visitaría con su mujer en cuanto le fuera posible y ambos se despidieron con un beso y abrazo.

Afortunadamente para Martha, su marido la acompañaría en todo momento y cuidaría de ella. Gracias a Logan y a todo el amor que tenía para ella guardado, no se sentiría tan sola.

Los días pasaban y esta aprovechaba los momentos en que su marido entrenaba o ayudaba en la reconstrucción del recinto amurallado para instruir a Toni McGuina. Gran aprendiz, tal como había demostrado. Él mismo utilizaba varias nociones aprendidas de su abuelo y había sorprendiendo gratamente a Martha al hacerse cargo de todo durante unos días mientras ella preparaba su partida. Toni habría de encontrar un par de muchachos para que lo ayudaran a realizar todas las tareas. Era muy duro para un joven solo. Afortunadamente, no dejaría aquello abandonado a su suerte. No podía hacer que los demás sintieran su pasión por la creación de hermosos platos con un simple trozo de arcilla, pero se iría a su nuevo hogar sabiendo que alguien lo intentaría al menos.

Meribeth también quiso dejar preparados todo tipo de

ungüentos, así como un pequeño arcón con plantas medicinales. Sin duda habría alguien entre todos ellos que supiera apreciarlo.

Cada rato que podía escaparse lo pasaba junto a Alex. Ninguno de los dos se atrevía a hablar del futuro inmediato, sencillamente dejaban correr los días sin tocar el tema. Estar juntos era lo único que precisaban.

Una mañana, casi dos semanas después de la grave contienda, Kendrick sorprendió a todos bajando a desayunar con Iona del brazo. Su estado había mejorado considerablemente y se mantenía en pie a la perfección. Pidió hablar con sus padres y también con sus hermanas. Habían tomado una decisión y querían comunicarlo a todo el mundo. No sabían cómo iban a reaccionar pero debían hacer aquello que fuera mejor para ellos.

—Quiero ser el primero en deciros que en un par de días regresaremos a nuestro hogar. Kendrick ya está bastante restablecido y Dereck puede viajar, bien en su caballo o en una carreta —dijo Sebastian en cuanto los vio entrar a la sala. Estaba un poco asombrado al verlos pasear de la mano sin importarles que la gente opinara al respecto pero al fin y al cabo era su decisión y su vida.

—Padre yo… —dijo Kendrick.

—Déjame terminar hijo —pidió Sebastian. —Vuestra madre y yo hemos tenido mucho tiempo para hablar sobre muchos temas desde que todo ha vuelto a la normalidad. Juntos hemos decidido que por el bien de todos, Kendrick, deberías tomar estas tierras bajo tu custodia desde este mismo momento en vez de esperar a sucederme. He hablado con tu primero al mando, Darwin, él se quedará junto con todo tu regimiento. —Tanto Kendrick como Iona quedaron estupefactos al escuchar la noticia—. Quiero recordaros que su majestad el rey me cedió de por vida las tierras de los lairds a los que hemos ayudado. No van solo a mi nombre, van al de todos nosotros. Vuestra madre y yo consideramos que, dadas las circunstancias, lo mejor sería que Iona y tú comenzarais una nueva vida aquí como señores de estas tierras.

—Mi señor… No sé qué deciros —dijo Iona, que había estallado en lágrimas.

Ellos iban a comunicarles su decisión de seguir juntos. Aunque Iona no quería abandonar esas tierras, pertenecientes a sus ancestros, por su amado estaba dispuesta a hacerlo, de la misma forma, que él también lo hubiera hecho por ella. Dejaría todo lo relacionado con su heredad y se establecería en algún lugar cercano para comenzar una nueva vida con Iona como su mujer. La solución

que habían hallado sus padres a todos sus problemas era maravillosa, mucho más de lo que nunca hubieran imaginado.

—Padre, no os fallaremos. Sabremos llevar estas tierras tan dignamente como vos habéis hecho.

Lori sonrió convencida de ello. Si algo habían hecho bien era todo lo concerniente a la distinguida educación de sus hijos.

—No me cabe la menor duda hijo —dijo Sebastian—. Bien, propongo que hagamos de estos dos días los mejores de nuestras vidas. Nunca sabremos cuándo podremos volver a reunirnos.

—Tenéis razón, padre —dijo Meribeth, levantándose de un salto. En ese mismo momento, lo había visto todo más claro que nunca. No se resignaría a perder a Alex. Ese mismo en el que podía apreciar cada día los gestos de admiración hacia su persona. ¿Cómo podía dejarlo?—. Debemos pasar juntos el máximo tiempo posible. Desde donde yo esté, no creo que pueda ir a visitarles—. La sala enmudeció por un momento y Alex se levantó de su silla boquiabierto. No podía creer que fuera Meribeth la que finalmente hiciera valer su destino y se enfrentara a su padre—. Padre, mañana mismo, cuando Alex se vaya de nuevo con su clan, yo partiré con él.

—¡Hija! ¿Pero qué estás diciendo? —exclamó Lori, mirando a su marido. Lo cierto era que no habían contemplado tal posibilidad.

—Padre —dijo, acercándose a Sebastian—. Vos sabéis cómo soy. Sabéis que no sería feliz, viéndome recluida en un castillo sin poder hacer todo aquello que amo. Necesito sentir la libertad del campo, saber que puedo salir a cazar y usar mis propias flechas. Deseo que quien se case conmigo, lo haga por cómo soy y no por asegurarse un heredero o, lo que es peor, una dote que sostenga su hogar. Padre, yo amo a Alex con todo mi ser y sé que a él le ocurre lo mismo. No podría vivir sin su cariño. Perdonadme por ir en contra de todo cuanto nos habéis enseñado pero ni puedo, ni quiero, volver a casa. A partir de ahora, mi hogar estará donde este él.

—Hija mía. Te entiendo y por ello vamos a aceptar tu petición. —Lori miraba asombrada a su marido. Ni siquiera le había consultado su opinión. Necesitaba que le explicara el porqué de esa respuesta—. Sé, desde hace mucho tiempo, que ambos os amáis, es por ello que os puse a trabajar juntos. Únicamente había dos salidas, acababais el uno con la vida del otro o terminabais enamorados. Celebro que haya sido la segunda opción. Quiero que sepas que me apena enormemente no tenerte a nuestro lado y verte crecer como mujer, casarte y tener hijos, pero… —dijo, tomando de la mano a Lori—. Tu madre y yo sabemos lo que es sufrir por un

distanciamiento innecesario y creo que obligarte a vivir el resto de tus días sin él, sería llevarte a la desdicha. Prefiero mil veces saberte feliz, aunque sea lejos de nuestros brazos, a verte deambular muerta en vida cada día.

—¡Oh padre! Muchas gracias —dijo la joven, rodeándolo con sus brazos.

—Déjame que te diga que también lamentaré perder a mi mejor arquera —bromeó, sacándole una bonita sonrisa a la muchacha–. Y tú Alex… ¿tienes algo que decirnos?

—Únicamente laird, diré que si la hubierais obligado a irse con vos de vuelta a su castillo, sentiría que me la habríais robado.

XXIV

DE VUELTA A LA TIERRA…
DE VUELTA AL HOGAR

Nunca le habían gustado a Lori las despedidas.

Aquel día menos que nunca. En tan solo cuatro meses, sus vidas habían dado un cambio dramático. ¿Cómo podía la vida dar tantas vueltas?

Debía despedirse de dos de sus hijos y volver a su hogar. No sabía cuándo volvería a verlos, ni qué sería de sus vidas.

Cierto era que ambos quedaban a buen recaudo. No había problemas en esos momentos entre los clanes y se habían realizado nuevas alianzas que esperaban poder ayudar a convertir aquella región, en las tierras de paz soñadas por el rey. Además, los dos vivirían con personas maravillosas que los amaban con toda su alma. No obstante, se le hacía muy duro dejar ir a sus pequeños.

Todavía tendría a su lado a Annabella, ella al menos viviría con ellos. Aun así, no podía dejar de llorar.

Meribeth partiría al alba hacia su nuevo hogar. Era un viaje largo y, aunque ya no estaba el bastardo de Laird McKenze merodeando, nunca se sabía qué podría pasar.

Afortunadamente, unos cuantos discípulos de Alex y de Meribeth habían decidido acompañarlos a sus nuevas tierras. Allí ya no tenían familia por quien vivir y todos deseaban empezar de cero. Entre los viajeros, se encontraban también tres mujeres. Alex les había dicho que allí no había dejado a nadie puesto que, por desgracia, los habían masacrado en el último ataque. El único que podría estar esperándolos, si no había fallecido del frío, sería Lonel que, tal y como él mismo deseaba, vivía errante por las tierras de Laird De Sunx y sus aliados, en busca de nuevas acciones que contar.

Tendrían mucho trabajo por delante. No era fácil levantar un pueblo, y ellos debían construir todo un clan. Iban a ser tiempos muy duros.

Sebastian y Lori insistieron en que antes de partir hacía su nuevo hogar, debían casarse. Era pecado que vivieran juntos bajo el mismo techo sin haber pasado por las manos de un sacerdote primero.

El Padre Thomas rio muchísimo ante esa insistencia. Los jóvenes podrían desposarse en sus tierras, sin duda por allí vagarían

también más sacerdotes que les allanarían el camino.

Una nueva lucha verbal estalló entre el señor de las tierras y ese pequeño y avispado sacerdote.

Meribeth acabó por decirle a su padre que el improvisar una boda en esos momentos no solo no era factible sino que los retrasaría mucho. Y era necesario salir hacia el norte cuanto antes o las graves tormentas y la nieve les sorprendieran por el camino.

A regañadientes, Sebastian y Lori cedieron. Lo único que importaba en esos momentos era que llegaran sanos y salvos a su destino y que ambos jóvenes fueran felices.

Como Allen y Gabriel ya no eran necesarios, salieron cada uno a sus respectivos hogares. Lori se despidió de ellos como otras muchas veces había hecho, aunque sabía que no tardaría en verlos. De alguna manera conseguiría que Sebastian la llevara a ver a Elisse y a Nora. Hacía años que no las veía.

Sebastian también quería salir de inmediato y llegar a sus tierras. Desde la llegada de los hermanos de Lori y Devlan, no había tenido más noticias. Estaba claro que, de haber sucedido algo, Owen habría mandado a alguien pero aún así necesitaba verlo con sus propios ojos.

Lori, por el contrario, insistió en posponerlo un par de días al menos para ver casar a su hijo mayor. Algún momento de alegría debía darle a su mujer después de tantos nervios y tantas penurias acontecidas.

Eran bastantes menos personas en el clan que a partir de esos momentos lideraría Kendrick, por lo tanto no hizo falta preparar grandes cantidades de viandas. Una sencilla e improvisada boda en la sala familiar a la luz de la lumbre, sellaría a ambos contrayentes con todo el amor que se tenían. La culminación a ello sería un festejo corto.

Poca cosa tenía que decirle a Kendrick que el joven no supiera ya.

El viaje hacia las tierras de su padre no era demasiado largo, así pues, ante cualquier eventualidad o problema por pequeño que fuera solo tendría que mandar a buscarlo y volvería con todo su ejército si era preciso. Kendrick rio ante el comentario de su padre y, a pesar de decirle que sí lo haría, ambos eran completamente conscientes de que esa misiva no llegaría nunca. Kendrick era ahora el guerrero y, como tal, debía madurar como persona y hacer que su clan prosperase.

Si Sebastian lo había conseguido a la temprana edad de dieciséis años, él también podría hacerlo. Lori lloró sobre el hombro

de su querido hijo y llenó de besos a Iona, rogándole que lo cuidara como merecía.

La primera orden que daría Kendrick estaba clara. Enviaría a sus muchachos a las caballerizas para que trajeran de inmediato a los cuatro magníficos caballos que Annabella había sanado con mucho cuidado. Ese sería su regalo de bodas para ella y para Devlan. Sin duda el mejor que podía hacerle a su querida hermana.

Annabella, también lloró en el brazo de su hermano mientras este reía a mandíbula abierta. Tras su marcha habría de subir a su alcoba a cambiarse de ropa. Las mujeres de su familia lo habían dejado completamente empapado. Había realizado el comentario en voz alta y por eso se ganó un buen pellizco de su hermana menor.

Llevarían en la misma carroza que habían traído, casi cuatro meses atrás, algunas viandas para el viaje y más pieles pues el tiempo había cambiado considerablemente desde su llegada.

A la hora de salir, Lori no quiso mirar atrás. No quería ver el rostro de su hijo. Sabedora como era de los años que pasarían antes de poder volver a verlo, prefería recordarlo con su maravillosa sonrisa instalada en los labios.

Las mujeres subieron apesadumbradas y se taparon con las pieles, acomodándose en el interior de la carroza. Los hombres, que cargarían de nuevo con el honor de guiarlas sanas a su casa, emprendieron la marcha.

Dos escasos días los mantendrían alejados de las tierras O ´Neill en Inglaterra. No mantendrían una cabalgada muy fuerte, no querían que el cansancio los sobrecargara. Pasarían la noche alrededor de una hoguera y al día siguiente llegarían de nuevo a su hogar.

Meribeth empezaba a sufrir las consecuencias del frío. Parecía que, por muchas pieles que se pusiera sobre los hombros, el aire la calaba y se instalaba en sus huesos. Alex le había dicho que iba a ser muy duro pero no esperaba que ya en el camino fuera a pasarlo tan mal. El hombre hacía numerosas paradas no solo para que las mujeres estuvieran cómodas y calientes sino también por los jóvenes y niños que llevaba consigo y, ¿cómo no…? por los animales. A ellos también les costaba respirar por el aire frío y también merecían un mínimo descanso.

Cuando amanecía el último día de su viaje, pasaron por una pequeña aldea en la que podían apreciarse restos de lo que habría sido una contienda. Habían perdido sin duda, pues quedaban solo

un par de casas en pie y todo lo demás estaba quemado. Meribeth y Alex se miraron a los ojos. Rápidamente desmontaron y se adentraron en las casas a ver si había alguien viviendo todavía.

Alex no encontró a nadie en la primera y se dirigió a los establos. Tal vez allí estarían a mejor recaudo. Entró despacio y con su espada en la mano por si todavía estaban por allí los saqueadores. Desgraciadamente, por aquellas tierras siempre había gente dispuesta a aprovecharse de los demás. Se trataba de clanes que no sabían sobrevivir y se dedicaban a quitarles a otros más pequeños o débiles todo aquello que conseguían gracias a su trabajo.

Llegando a la mitad del establo escuchó sonidos que provenían del final del mismo y se acercó presuroso hacia ellos.

La imagen que vio en ese momento le partió el corazón. Se trataba de tres niños pequeños, que se agazapaban en el suelo, asustados y junto a un cachorrillo. Sin duda necesitaban auxilio pues desconocía si los padres de esos niños estarían con vida. Se acercó a ellos despacio y les indicó que no les tuviera miedo, no iba a hacerles daño. El mayor no contaría más de cinco años y, todos ellos, temblaban de miedo.

—No temáis. He venido a ayudaros —dijo, acuclillándose ante de ellos—. ¿Donde están vuestros padres? —Ninguno dijo una sola palabra—. ¿Hace mucho que estáis aquí? ¿Cómo os habéis alimentado? —Tampoco emitieron sonido alguno pero Alex podía escuchar el martillear de sus dientes. Era miedo y frío. Debía hacer algo para llegar hasta ellos.

Se le ocurrió que si el pequeño cachorro confiaba en él, tal vez los niños también lo hicieran. Llamó al can en varias ocasiones hasta que al fin se acercó a sus manos. Lo acarició y el animal lo lamió. Enseguida los pequeños mostraron un poco mas de interés en el hombre.

—Nuestros padres han muerto —dijo el que parecía mayor.

—¿Hace cuanto que estáis aquí en el establo? —quiso saber.

—Desde que se fueron aquellos hombres, hará un par de días, no hemos comido nada y hemos dormido la mayor parte del tiempo.

—Bien, no os preocupéis, nosotros os ayudaremos. Venid conmigo y os presentaré a mi mujer.

Los tres pequeños salieron con Alex y entonces pudo ver perfectamente que entre ellos había una pequeña niña que no tendría más de dos años. Se chupaba el dedo nerviosamente y tenía la cara sucia por las lágrimas que sin duda había derramado.

Meribeth entró en la segunda casa con su arco preparado con una flecha para no ser sorprendida y allí encontró a cuatro jóvenes. Tres chicas que estaban alrededor de un cuarto que parecía herido. Todos temblaban de miedo y de inmediato la joven guardó su flecha en el carcaj y colgó el arco sobre su hombro.

—¿Está herido? ¿Dónde? ¿Qué le ha sucedido? —Ya estaba manos a la obra, descubriendo su pierna cuando aún no había acabado de formular la pregunta—. Bien, parece que es una herida leve. Por lo que veo, se la habéis limpiado a conciencia.

—Sí. Fui yo —dijo una joven que tímidamente había levantado la voz.

—Has hecho un buen trabajo. —La joven sonrió. Al fin y al cabo estaban reconociéndole su labor—. Lo más importante es una buena limpieza para evitar infecciones. ¿Estáis solos?

—Nos atacaron ayer por la tarde. Nosotros somos los únicos que quedamos vivos.

—Meribeth —gritó Alex desde fuera—. ¿Dónde estás?

La joven salió de la casa donde se encontraba y, tras ella, las tres chicas que cuidaban al herido. Quedó estupefacta al ver a Alex con una pequeña en brazos y otros dos que se escondían tras sus piernas.

—Al parecer, no sois los únicos que quedáis —dijo a las tres muchachas—. Alex, debemos llevarlos con nosotros. No pueden quedarse aquí. Hay un joven dentro que está herido pero sanará pronto.

—Lo mejor será que coman y que revisen entre sus pertenencias si quieren llevarse algo. En un rato volveremos a ponernos en marcha.

Poca cosa era lo que recogerían. En cuanto lo hubieron hecho, subieron al herido a un caballo y a los pequeños con su cachorro a una improvisada camilla que sería arrastrada por otro.

Sebastian avisó a Lori, ya llegaban a su hogar. Esta respiró complacida por ello. Pronto volverían a estar seguros en su fortaleza.

Cuando atravesaron la muralla exterior, se escuchó una gran algarabía. Todos estaban eufóricos al ver a sus señores de nuevo en el castillo.

Owen salió de inmediato para ver qué sucedía y estalló en gritos de alegría cuando vio a su hija y al marido de ésta, caminando por el paso hacia el castillo. Lori corrió hacia su padre y lo abrazó. De nuevo estalló en llantos. Mary salió a ver qué ocurría y tomó a su hija entre sus brazos. A esas alturas de la vida, sus

padres sabían cómo reaccionar ante sus pequeños ataques de pena. No entendían nada de lo que les contaba, pues corría demasiado al hablar, así pues, decidieron acompañarlos hasta el castillo para sentarse plácidamente y escuchar. Nina salió por la parte de la cocina, se lanzó a los brazos de su marido y lo besó en repetidas ocasiones. Lo había echado en falta todos los días que había estado fuera.

Después de una breve explicación de lo sucedido y de explicar porqué faltaban miembros de la familia, todos decidieron que lo mejor sería comer algo de caliente.

—Y bien. ¿Cómo han ido las cosas por aquí? —preguntó Sebastian.

—Todo muy tranquilo —sonrió Owen—. Estamos de celebraciones.

—¿Y que celebramos?

—Por fin llegan tiempos de paz a las tierras de Inglaterra. Al parecer Maud se retira. Vuelve a casa. —Maud era como se conocía a Matilde, duquesa de Normandía—. De todos es sabido que allí tiene buenos aliados y al ser suyo el Ducado, tiene muchas compensaciones y beneficios a tener en cuenta.

—Pero esa es una muy buena noticia. —Sebastian mostró su alegría—. Ya eran demasiados los años de lucha contra su primo, nuestro rey. Todos merecemos descansar y tener paz en nuestra vida.

Después de entablar alguna que otra discusión acerca de la política del momento, la noche les sorprendió. Necesitaban retirarse y descansar, sin embargo, Lori sufría al pensar en Meribeth y en si habría llegado bien a su destino. No tenían forma de saberlo. Sebastian intentó convencerla de hacerse a la idea, no podían pasar así toda la vida. Ella estaría bien al lado de Alex De Sunx.

LA TIERRA…

DONDE ESTAR CONTIGO

Con cada paso que daban, inevitablemente quedaba un poco menos para llegar a su nuevo hogar y Meribeth sentía miedos y dudas al respecto.

¿Habría hecho bien al dejarlo todo por Alex? ¿Sería su vida aburrida y monótona como en su anterior hogar? ¿Lograrían formar el clan y la familia tan ansiada por ambos? ¿Seguirían amándose como hasta ahora y para siempre?

Eran muchas las preguntas que rondaban su cabeza y Meribeth temía pronunciarlas en voz alta pues no sabía cómo podría responderle Alex.

Atardecía ya cuando la joven decidió que lo mejor sería salir a cazar un par de aves o quizás alguna liebre. De este modo tendrían comida no solo para la noche sino también para la mañana siguiente. Además, las pieles de los animales, que serían secadas y tratadas adecuadamente, servirían de abrigo a cualquiera de los niños que ahora tenían bajo su amparo.

Cazando se le pasaba demasiado rápido el tiempo y no se había dado cuenta de cuánto había estado fuera hasta que oyó la voz de Alex que la llamaba.

La caza había sido fortuita y tendrían suficientes alimentos hasta llegar a su nuevo hogar. Le había dado vueltas a todo aquello que le rondaba y finalmente había llegado a una conclusión. Ella amaba con todo su ser a Alex y haría cuanto fuera necesario para que todo saliera adelante.

—Meribeth, te estábamos buscando. Has estado fuera del campamento demasiado tiempo. Los niños estaban preocupados.

—Lo sé, lo siento. Estaba cazando y me despisté, perdí la noción del tiempo. —La joven dio unos pasos para colocarse al lado del muchacho.

—Está bien. Ya veo que has conseguido cazar unos pocos animales —dijo, riéndose y viendo en el suelo tres aves y cuatro liebres.

—Sí. Alex… he de serte sincera y decirte que también he estado pensando en muchas cosas, en nosotros, en nuestro futuro…

—No sabía que tuvieras dudas al respecto —expuso él

seriamente.

—Pues sí, las tenía y no sabía cómo decírtelo. —Meribeth tomó las manos del joven y las apretó.

—Has dicho, tenía. ¿He de suponer que ya no las tienes?

—Alex, lo que quiero decirte es que te amo con todo mi ser. Que no me arrepiento de haberme alejado de mi familia ni de compartir mi vida contigo porque, aunque sé que va a ser un comienzo muy duro, vamos a estar juntos para siempre. Ya tenemos a mucha gente a nuestro cargo que espera de nosotros una vida mejor y no me gustaría defraudarlos.

—Amor, yo siento exactamente lo mismo. Hay veces que me asusto al verme tan reflejado en ti. Las mismas convicciones, las mismas ideas… Yo también te amo.

—Pues demuéstramelo —inquirió la joven.

—¿Que te lo demuestre aquí? ¿Ahora?

—Quiero sentirme tuya. Ahora y siempre —dijo la joven, besando al joven laird.

Meribeth no quiso darle tiempo a pensar en más cosas o acabaría por llevarla de nuevo al campamento. Deseaba a Alex más de lo que jamás hubiera imaginado. Siendo franca consigo misma, lo había deseado en el mismo momento en que lo vio en las mazmorras. Ya había pasado demasiado tiempo y el fuego de su interior la estaba consumiendo. En esos momentos no le importaba que estuvieran en mitad de un bosque a la luz de la luna, o que pudieran morirse de frío por las bajas temperaturas. En esos momentos los cuerpos calientes de ambos jóvenes podían más que todo aquello, así pues, la joven lo abrazó con toda su fuerza y lo besó, primero despacio y con ternura y luego más dura y con posesión. El joven que no quería quedar atrás en ese juego, tomó de las nalgas a tan linda muchacha y la ayudó a poner sus largas piernas alrededor de su cintura. No era la mejor manera de iniciar una relación íntima, sabía que podría causarle daño y no estaba seguro de si esa postura sería la más adecuada para ella. Él llevaba soñando con ese momento desde que la vio por primera vez estando malherido, por tanto, habiendo tomado ella el control de la situación, acabarían sellando su compromiso aquella misma noche.

Hacía mucho frío para quitarse la ropa de forma que la joven soltó un poco las cuerdas que ataban su veste y su camisola, ayudando así a que pudiera tocar su delicado cuerpo. Sus pechos se pusieron tensos al contacto con sus manos y el cuerpo de la joven se estremeció ante aquel primer contacto. Meribeth aprovechó que se encontraba osada para deslizar sus manos por debajo de las pieles

de su amante y poder tocar su torso como él estaba haciendo. Recorrió su cuerpo y al hacerlo notó una rígida protuberancia en la parte baja de sus pantalones. Acariciándolo por encima de la ropa y escuchando el leve gemido que escapaba de sus labios, levantó su mirada para perderse en esos maravillosos ojos grises. En ellos pudo ver el mismo placer que ella recibía de su ahora amante. La osadía de la joven creció un poco más y tuvo a bien tocar tan dulce piel. Alex gimió por segunda vez y en voz baja, pidió a la joven que no lo repitiera por tercera vez pues temía dejarse llevar demasiado pronto. Antes siquiera de que la joven pudiera entender de qué estaba hablando, una mano acarició su parte más intima haciéndola pegar un brinco. Alex rió en su oído y le susurró que solamente estaba devolviéndole con la misma moneda. Así pues, la joven entendió al fin qué era el placer, el más puro y antiguo de los placeres mundanos. El amor se apoyaba en ellos y hacía correr por sus venas todo el calor que necesitaban en ese momento para no congelarse por el frío. Alex, sabedor de la situación en la que se encontraban, jugó un poco más con esa zona de la joven muchacha. Necesitaba sentirla caliente y húmeda para él. Necesitaba sentirla suya. Quería deshacer todo el hielo que hasta ese momento albergaba su joven corazón. A partir de entonces, Meribeth sería suya para siempre.

Cuando la joven ya comenzaba a removerse demasiado, extasiada con tan bendito placer, Alex quiso entrar en ella lentamente. Era magnífica. Estaba hecha para él, no le cabía duda. Ambos se amoldaban a la perfección y Meribeth solo sintió un gran placer al sentirlo dentro de ella. Algo le obligaba a moverse. Por mucho que Alex le pedía que por el momento estuviera quieta pues no quería hacerle daño, ella no podía permanecer impasible. Todo su cuerpo gritaba una y mil veces sentir ese hormigueo que le llegaba al alma y calentaba su corazón. Al poco, percibió que ambos estaban cabalgando hacia el mismo cielo. Ambos iban en una misma dirección. Alex repetía una y otra vez lo mucho que la amaba y lo perfecta que era para él pero la joven solo escuchaba el latir de su corazón y el bombeo de su sangre. Jamás habría pensado que un acto tan íntimo entre dos personas pudiera depararle tantísimo placer. Cuando la joven estaba a punto de llegar al éxtasis, no pudo sino arquear su espalda y apretarse más al muchacho, que atrayéndola más hacia sí, bombeó con fuerza hasta alcanzar él su propio clímax. Sin darse cuenta, la joven había clavado sus uñas en los brazos de Alex. Como buena sanadora que era, le dijo que en cuanto pudiera recuperar su respiración habitual

le limpiaría la herida, sin embargo, lo único que él deseaba en esos momentos era beber una y otra vez de sus labios. Había sido la mejor experiencia de su vida. Y a partir de ese momento seguro habría muchas más. Eso sí, cuando llegaran a su nuevo hogar y estuvieran en una buena alcoba caldeada por el fuego de la lumbre. Deseaba verla tendida entre sus brazos, desnuda con el fuego calentando e iluminando su blanca piel.

Dándose un respiro para acomodar sus ropas y sus corazones, los jóvenes decidieron volver al campamento donde los esperaban. Los más pequeños ya se habían quedado dormidos, pero los mayores ayudaron gratamente a despellejar a los animales y desplumar a las aves para cocinarlas a fuego lento. La comida así duraría más tiempo. Cuando todo estuvo listo, se retiraron a dormir. Al día siguiente intentarían avanzar un poco más para llegar cuanto antes a su nuevo hogar. Los pequeños estaban bien arropados, aun así, temían que murieran congelados.

Ese día, al retomar la marcha, se toparon con un par de familias que ante la misma situación que los pequeños y los jóvenes que ya llevaban con ellos, habían abandonado lo poco que quedaba de sus hogares para salir en busca de un nuevo lugar de residencia. Alex les habló de sus tierras y los invitó a unirse a su clan. Juntos formarían una gran familia y se apoyarían los unos a los otros. Así pues el nuevo clan, creciendo como estaba, pasó a contar en ese momento con cincuenta personas. La alegría de los jóvenes amos del lugar era inmensa. Ya estaban construyendo algo más que sus propios destinos. Tenían a gente que influiría y los ayudaría a seguir con sus vidas.

Alex subió a una gran colina y espero a que Meribeth se reuniera con él arriba. Extendiendo su brazo, le indicó que desde allí se podía ver su nuevo hogar. La joven quedó anonadada al ver lo grande que era aquel dominio. Cuando Alex le hablaba de todo ello y le explicaba que eran un clan pobre y pequeño, ella suponía que se reduciría a unas cuantas casitas donde vivir. Pero ante ella se alzaba una verdadera fortaleza. Era cierto que parte de ella estaba derruida y que no había cabañas suficientes para todos en esos momentos. Pero Meribeth supo que Alex De Sunx sería un gran laird. Si eran capaces de levantar todo aquello, lograrían formar un gran clan.

—Cuando me decías que erais un clan pobre y de poca gente, jamás pensé que vería algo así —reconoció Meribeth.

—Ese castillo lo mandó construir mi abuelo antes de conocer a mi abuela. Nunca he pasado un solo día en él —explicó Alex con

serio semblante.

—Pues eso va a cambiar Alex. Ahora tenemos mucha gente que depende de nosotros y hasta que tengamos suficientes casas para todos ellos, adecuaremos ese castillo para vivir dentro todos los que podamos. Tenemos hombres y jóvenes fornidos entre nosotros y no dudo que en un par de semanas podamos disponer de albergue para todos.

—Será todo como tú quieras. Estoy aquí para serviros, mi señora.

Alex dio la voz a todos los que formaban parte de su clan para indicarles que al fin habían llegado a su destino. Su nuevo hogar se hallaba ante ellos. Debían alegrarse por ello y ser fuertes. Esa misma noche podrían comer un plato de comida caliente y dormir bajo un techo.

Al llegar a la entrada de la fortaleza, Meribeth observó que el puente de acceso estaba bajado y medio roto. Eso sería lo primero que debían reparar para poder levantarlo en caso de ataque, pensó para sí misma pues no había que dejar nada al azar.

Efectivamente, tal como ella había calculado, solo quedaban en pie tres cabañas. Los establos habían sido medio derribados y no tenían zona de almacenaje. Empezarían a construir ese mismo día pues todavía era temprano. Meribeth pidió a Alex que abriera la enorme puerta del castillo, ardía en deseos de ver la parte interior y cómo era la distribución del mismo. Se necesitó la ayuda de otros tres hombres más para poder proceder a su apertura. Se cerró cuando falleció su abuela y con tanto tiempo entre combates y viviendo fuera, las puertas habían quedado atascadas. Afortunadamente tenía fácil arreglo.

En el interior hacía casi más frío que fuera. Estaba demasiado sucio y polvoriento y la joven comenzó a dudar en la posibilidad de vivir allí.

Estaba ensimismada mirando todo con tanto detenimiento, que no se había dado cuenta hasta entonces… Todas las mujeres que habían ido con ella más las que se habían ido sumando por el camino, ya habían comenzado a pasar los pocos muebles de que disponían de un lado a otro y empezado a limpiar los suelos y los ventanales que daban justo al campo de entrenamiento. Rápidamente, se despojó de su carcaj y su arco y se puso a trabajar con ellas.

Alex comenzó a dar órdenes a todos cuantos estaban allí, había que calentar esa sala para todos, esa noche dormirían dentro al lado del calor del hogar.

Había sido un día agotador y Meribeth pensaba que la noche sería tranquila y que todos descansarían hasta el día siguiente. Nada más lejos de la realidad. Un rato después de su llegada al hogar, estaban siendo atacados.

Maldición, ¿es que no tenían derecho a descansar ni una sola noche? Todos estaban realmente agotados. Si se disponía ahora para la batalla los mataría a todos, uno tras otro, por las molestias causadas.

Alex salió a mirar a quiénes estaban invadiendo su territorio y comprobó que apenas llegaban a la decena y que la mitad era gente mayor. Esos serían los saqueadores que habían causado tanto daño días atrás.

—Deteneos quienes quiera que seáis —dijo Alex a voz en grito.

—¿Y quién lo va a impedir? —dijo una voz masculina, que se acercaba hacia el laird.

—Yo —dijo Meribeth después de haber lanzado la primera flecha y haber acertado de lleno en el cuello de ese osado que alzaba la espada justo ante su esposo. Los demás pararon en seco. Desde luego no esperaban algo así—. Por lo que veo, son ahora mismo seis. Como alguno de ustedes se mueva, serán cinco los que queden con vida.

—Hacedle caso. Esta muy cansada y enfadada. Y tiene demasiada buena puntería —dijo Alex

—¿Una mujer va a decirme qué he de hacer? —se mofó el que parecía líder de todos ellos.

—Una mujer, no. Esta mujer —dijo lanzando la siguiente flecha y dando de lleno en su hombro izquierdo. Al no tener buena protección la flecha se había clavado muy cerca del corazón y el desangrado fue inmediato—. Os recomiendo que sigáis sus instrucciones —dijo la joven, señalando con una leve sonrisa a Alex.

—Son sencillas. Habéis entrado en mis tierras sin ser invitados. Estamos muy cansados del viaje y queremos pasar buena noche. Os invito a marcharos por las buenas.

—Mi señor… —dijo un hombre al fondo—. Yo no quiero seguirlos más. No quiero ser un proscrito. Yo no entiendo de peleas ni de armas, solo se cuidar caballos. Podéis ver que no llevo ningun arma conmigo —dijo levantando ambos brazos—. Podría por favor quedarme con vos y ser su más humilde súbdito. Soy muy viejo ya para ir de aquí para allá. Cuando me sorprenda la muerte quiero estar a buen recaudo.

—Venid aquí —dijo Alex para comprobar que realmente no

llevaba arma alguna. Había dicho la verdad. No llevaba siquiera una pequeña daga para cazar o para comer. No entendía cómo podría haber sobrevivido a tanto ataque sin nada con lo que defenderse—. Pasad dentro, ahora me reuniré con vos. ¿Alguno más que quiera unirse a nosotros? No puedo aseguraros riquezas pero sí un techo bajo el que dormir y comida caliente todos los días.

—Mi señor. Yo sí quiero. Tampoco voy armado. A decir verdad vuestra mujer ha matado a los únicos que quedaban con armas. Nosotros no somos más que leñadores o herreros que, tras perder a nuestras familias siendo atacados por malhechores, tuvimos que irnos a andar por los caminos y sobrevivir de alguna manera. Si confiáis en nosotros, os serviremos de ayuda en todo cuanto podamos. —Alex miró de reojo a Meribeth que, habiendo escuchado lo que decían, guardó la flecha y colgó su arco.

—Está bien, vosotros cuatro. Acercaos aquí para que pueda veros. —Cuando estuvo seguro de la certeza de sus palabras, les dio la primera orden directa—. Vosotros seréis los encargados de sacar esos dos cuerpos fuera y quemarlos. No me gustaría que ya en nuestros inicios, lucháramos contra enfermedades. Tendremos suficiente con la llegada de las nieves.

Sin perder un instante, los hombres procedieron a hacer lo que se les había ordenado, mostrando así su obediencia. El resto se dispersó y acudió a sus quehaceres.

Meribeth, exhausta como estaba en aquellos momentos, podría haberse dormido en sus brazos mientras su marido la tomaba de la cintura. Alex le dijo que entrara en el salón y se acomodara con los demás mientras él vigilaba que se cumpliera su orden. Esa noche haría la primera guardia en su nuevo hogar.

El mañana sería algo nuevo. Un nuevo comienzo con nuevas aventuras por correr. Como dijo en su momento Meribeth, palabras que resonaban una y otra vez en su mente, la suya sería la tierra... donde estar con ella.

EPÍLOGO

¿Qué sería de los hombres sin sus ancestros? La historia familiar era parte fundamental en la vida de cada niño. En los tiempos que corrían, cada guerrero debía tener en cuenta su sangre y su estirpe. La abuela, lady Lori, contaba cada noche a sus queridos nietos la historia de cómo nacieron los padres de sus padres, y explicaba la fuerza que necesita cada uno para vivir y salir adelante.

Nunca nada es como parece ser. Nunca nadie puede decir cómo debe alguien vivir la vida. Eran afortunados aquellos que habían nacido en el seno de una familia acaudalada. No debían preocuparse de realizar trabajos costosos.

Pero, ¿habría sido ese el caso de los De Sunx? ¿Fueron siempre la maravillosa familia de amantes ingleses que combatían y miraban por el bien de sus familias? ¿O había algo turbio que empañaba siempre el entorno en el que habían crecido?

Los pequeños mellizos, Gregory y Taylor, eran expertos en registrar palmo a palmo las habitaciones del castillo de sus abuelos, hasta encontrar un tesoro. Ese día habían encontrado un baúl gigante cerrado con dos candados. Seguramente escondería miles de secretos que ellos podrían descubrir, pero ¿dónde se encontraba la llave? Seguro que la abuela Lori podría ayudarles.

Los dos pequeños fueron prestos a pedírsela y la abuela les respondió con una pregunta ¿estaban seguros de querer abrir ese gran baúl? Una vez, su hermana y ella abrieron uno como ese y el caos se apoderó de su familia. Los niños, ávidos de información, respondieron que sí al unísono. Así pues… decidió que, junto a sus nietos, correría de nuevo su última aventura antes de dejar este mundo. ¿Quién sabe? Igual ella también descubría partes de la historia que hasta ese momento habían permanecido ocultas o quizá la forma en que había transcurrido el tiempo respecto a la tierra… de su legado.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradeceros a todos por vuestro apoyo en todo momento. Me habéis animado a seguir con mis escritos y a mirar hacia delante de forma positiva.

Quiero hacer una mención especial a tres personas que me han ayudado para que, todo cuanto narro, sea lo más verídico posible:

A mi hermana, Laura Pons, a la que agradeceré en cada libro su gran ayuda.

A mi tío Pablo Ruiz, por ayudarme a documentar cada arma y cada batalla de la novela.

A mi cuñado Antonio Guillen, por instruirme en el bello arte de la alfarería.

Muchas gracias por todo.